



es de
JORGE B.^{ro}V.^{le} PERE^{DA}
Y GIRADO

Natural de la Ciudad de
B. Aires y vecino de esta
Villa de Monte Grande





EL TESORO
DE
LAS NIÑAS
COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ESTRACTADOS
I TRADUCIDOS DE LOS MEJORES AUTORES, I PUBLICADA
PARA SERVIR DE TEXTO DE LECTURA EN LOS
COLEGIOS Y ESCUELAS

POR JOSÉ BERNARDO SUÁREZ,

*Aumentado i editado para las escuelas de la República
Arjentina, por V. García Aguilera.*

Obra compuesta expresamente para la educación de las niñas.

APROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE I POR EL ORDINARIO COMO TEXTO DE LECTURA, Y
ADOPTADA POR EL SUPREMO GOBIERNO I LAS MUNICIPALIDADES DE
SANTIAGO, VALPARAISO, TALCA, CONCEPCIÓN, LA
SERENA, ETC. PARA LA ENSEÑANZA
EN SUS ESCUELAS.

Contiene las mujeres célebres de Sur-América.

PRECIO: 10 $\frac{1}{2}$ m/c.

BUENOS-AIRES

IMPRENTA TIPOGRÁFICA DE PABLO E. CONI, PERÚ 107.

1869



EL TESORO
DE
L A S N I Ñ A S

COLECCION DE ARTÍCULOS ESTRACTADOS
I TRADUCIDOS DE LOS MEJORES AUTORES, I PUBLICADA
PARA SERVIR DE TEXTO DE LECTURA EN LOS
COLEGIOS Y ESCUELAS

POR JOSÉ BERNARDO SUÁREZ,

**Aumentado i editado para las escuelas de la República
Argentina, por V. García Aguilera.**

Obra compuesta expresamente para la educación de las niñas.

APROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE I POR EL ORDINARIO COMO TEXTO DE LECTURA, I
ADOPTADA POR EL SUPREMO GOBIERNO I LAS MUNICIPALIDADES DE
SANTIAGO, VALPARAISO, TALCA, CONCEPCIÓN, LA
SERENA, ETC. PARA LA ENSEÑANZA
EN SUS ESCUELAS.

Contiene las mujeres célebres de Sur-América

PRECIO: 10 $\frac{8}{10}$ m/c.



BUENOS-AIRES.

IMPRENTA TIPOGRÁFICA DE PABLO E. COMI, PERÚ 107.

1868

Luis Sosa Nelson
Feminaria
comercio de bibliotecas
976

Este opúsculo es propiedad del editor.

UNIVERSIDAD DE CHILE

Santiago, Octubre 3 de 1859.

Conforme a lo acordado por el Consejo en sesión del 1º del que rige, a virtud del procedente informe, se aprueba para texto de lectura en las escuelas primarias el opúsculo titulado *El Tesoro de las niñas*, redactado por don José Bernardo Suárez.

Anótese.

ANDRES BELLO.

Miguel Luis Amunátegui.
Secretario jeneral interino.

APROBACION DEL ORDINARIO

Santiago, Mayo 6 de 1861.

Con lo expuesto por el examinador nombrado i mérito de las correcciones hechas, concedemos licencia a don José B. Suárez para que pueda imprimir i publicar el opúsculo titulado *El Tesoro de las niñas*.

VÁRGAS,
Vicario jeneral.

Olea.
Pro-secretario.

ADOPCION DEL SUPREMO GOBIERNO

Santiago, Julio 22 de 1864.

Vista la solicitud que precede, decretó:

Adóptense como textos de lectura en las escuelas primarias de la República, los opúsculos titulados *Rasgos biográficos de niños célebres* i *Tesoro de las niñas*, por don José Bernardo Suárez.

Anótese y comuníquese.

PÉREZ.

Miguel M. Güemez.

ADVERTENCIA A LAS NIÑAS.

La lectura instructiva a la par que agradable del presente libro, compuesto expresamente para vosotras, tambien será muy útil a las adultas que deseen aprovecharse de los sanos consejos i bellos ejemplos que contiene. El asunto de sus artículos puede resumirse en estas dos palabras: **VIRTUD I TRABAJO**.

El *trabajo*, amables niñas, es el progreso; sin él todo se paraliza. La vida de las flores, como la del hombre, termina por la inacción. El trabajo mantiene el vigor de las fuerzas del cuerpo como las del alma, i la salud misma no se conserva sino por medio del trabajo.

La *virtud* es el cumplimiento de nuestros deberes. El hombre tiene deberes que cumplir para con Dios, para consigo mismo i para con sus semejantes. * La virtud consiste en el cumplimiento de estos deberes. El trabajo es estéril i la ciencia humo sin la virtud. **

La palabra de Dios es la que mejor nos enseña las virtudes que debemos practicar. Esta palabra la hemos de recibir con un corazón bueno, sincero, esto es, con respeto i atención, con amor i conocimiento, i con deseo vivísimo de aprovecharnos de ella. Si así lo hiciereis, amables niñas, la virtud se arraigará en vuestros corazones; estareis ante Dios en este mundo, i

* *Tus deberes llenarás
Con Dios, contigo i demás.*

** *Sin virtud la ciencia humana
Es caña frágil i vana.*

gozareis de su presencia en el cielo. Para conseguirlo, tomad por guia la RELIJION; pues del mismo modo que la naturaleza nos enseña el trabajo i el estudio la ciencia, solo la religion de Dios Salvador, que es la verdadera, puede enseñarnos la virtud.

La religion verdadera
Es la de Dios Salvador,
Que murió porque no muera
El rebelde pecador.

Esta religion divina
Por Jesus fué establecida,
Cuando reparó la ruina
De nuestra fatal caida.

Religion tan escelente
Consiste en la santidad,
I en un celo mui ardiente
Por Jesus i la verdad.

Religion tan admirable
Que nos dió un Dios Redentor,
Ha sido siempre invariable,
Como su bondad i amor.

El que la cree i profesa
Con corazon sincero,
Jesus lo pondrá a su mesa
En el gran dia postrero.

Quiera, pues, el cielo, amables niñas, que os aprovecheis de los saludables consejos i nobles ejemplos que encierra el pequeño libro que, estimulado por el deseo de ser útil a mi país, he compuesto para vosotras i que tengo el gusto de ofreceros.

J. B. S.



EL TESORO DE LAS NIÑAS

PARTE PRIMERA.

LECTURA EN PROSA.

ARTÍCULOS VARIOS.

I.

Dios.

Cuando al levantaros por la mañana, despues de un sueño apacible i sosegado, recibis el primer beso de vuestros padres, os calentais á los rayos del sol, aspirais el olor de las flores i ois los cantos de las aves, ¿no es verdad, niñas mias, que sentis elevarse i regocijarse vuestro corazon, i que parece que reconoceis en todas las maravillas que os rodean la existencia de un Dios infinitamente poderoso que debió criar todo cuanto existe? ¿No es verdad que veis como escrito su nombre santo en la brillantez del rei de los astros, en la fragancia de las flores, en las nacaradas plumas de las aves i hasta en el mismo cariño que os tienen vuestros padres?

Que vuestros mas puros sentimientos al levantaros, durante el dia i al acostaros, sean para ese Ser todopoderoso, que os ha criado para que creais en él i le adoreis, i os dió padres que os educasen e idolatrasen, i el sol i las estrellas, las flores i las aves para embellecer vuestra existencia.

Somos demasiado pequeños mientras vivimos para conocer a Dios sino por sus obras. Sabemos que existe porque existe el universo i porque este no pudo criarse a si mismo, ni pudieron ser hijas de la casualidad las maravillas que encierra.

¿Quién puso límites al mar cuando este amenazaba traspasar sus orillas? ¿Quién abrió paso a las lluvias impetuosas? ¿Quién trazó las sendas del rayo? ¿Quién hace caer sobre la tierra el agua i el rocío? ¿Quién, en fin, crió el hombre i el sol, i la luna, i las estrellas sino Dios, ese Rei cuya morada es el cielo? Bástenos por ahora saber que existe i que debéis amarle i adorarle. Los siguientes versos servirán para robustecer en vuestros infantiles corazones la fe i el amor a ese Ser Supremo :

En los labios de mi padre
Tu nombre, oh Dios, aprendí ;
Nombre dulce para mí
Cual los besos de mi madre.

Por ellos supe, oh Dios mío,
Que del cielo, las estrellas,
Las aves i flores bellas
Formasteis para mí vos.

Despues os vi, Rei del cielo,
Del sol en los resplandores,
Del clavel en los olores,
De las aves en el vuelo.

Os vi en la brisa que pasa,
En el mar que el viento riza,
I el vapor que se desliza,
Cual nevado chat de gasa.

Do quiera os vi i os amé ;
Que es imposible, Señor,

Siendo cual sois todo amor,
No amaros teniendo sé.

II.

Vestidos i adornos.

Una niña mira con desprecio a cualquiera que no tiene un vestido tan rico como el suyo. ¡Qué motivo de gloria! Una persona mui presumida en sus adornos, i que pone mucha atencion en sus vestidos o en los de las demás, da lugar a sospechar que no tiene otro mayor mérito, o que ella misma no conoce otro. Los magnificos adornos, dando a los pequeños ingenios altaneria, soberbia, desden i un corto tono de suficiencia, quitan al carácter i al entendimiento lo que añaden al cuerpo i a la figura. Si esto es así, ¿no se puede decir que ellos hacen perder en lugar de dar, i que se hacen por consiguiente mas dignos de desprecio que de estimacion?

Dirigiéndose a un rico desdenoso, un poeta le dice:

Abora que has adquirido grande hacienda,
Si me dices adios es con desprecio.
Cuando uno llega a ser mas rico que otro,
¿Tiene derecho para ser mas necio?

Nunca, niña, te guies
Por apariencias;
Huye del que hace necio,
De su grandeza
Pomposo alarde,
Que siempre es orgulloso
Quien menos vale.

3 No vanidad tu alma cobre
Si caudal tu casa ostenta;
Que será doble la afrenta
Si desciendes a ser pobre.

III.

Buenas compañías.

Un poeta persa, Saadi, expresa por el siguiente apólogo cuál es la influencia de las buenas compañías.

«Estando paseando, dice, vi a mis piés una hoja medio seca, que exhalaba mui suave olor. La tomo i respiro su aroma con delicia. Tú que exhalas tan dulce perfume, le dije, ¿eres la rosa? Nô, me respondió, no soi la rosa; pero he vivido algun tiempo con ella; de esto proviene el dulce perfume que exhalo.»

Otro poeta ha dicho, hablando de las buenas compañías :

Acompañarte procura,
Con niñas de honra i de punto.
Que, aunque seas tú quien fueres,
Como las otras te juzgo.

IV.

Las solteras.

Una mujer, aunque no se case, puede ser mui útil en el mundo; sus necesidades son menores, i no tiene que cuidar a un marido ni a los hijos. Libre de las penas inherentes al matrimonio, puede consagrarse enteramente a los cuidados que debe a la ancianidad i a las enfermedades de los que le dieron el ser; puede, si tiene luces, instruir a la juventud pobre, i guiarla en el ejercicio de las virtudes. Una joven apreciable por su ánimo piadoso, sensible i caritativo, es un consuelo que reserva la Providencia para los seres que padecen. Para desempeñar tan noble tarea no hai necesidad de que sea rica. El oro prodigado al infortunio por la mano de una fria piedad, ¿puede valer tanto como la bondad compasiva que consuela i abre a la esperanza los corazones abatidos por la desgracia?

Si durante muchos años sentis vuestra alma inclinada a huir

del mundo i a consagrar vuestros días al servicio de Dios, * el homenaje mas puro que podeis ofrecerle es entregaros a una de esas órdenes fundadas para alivio de la desgracia. ¿Qué empleo mejor para una alma piadosa, que abrazar un estado en el cual os constituis a la vez hija de los ancianos sin asilo, enfermera de los pobres, i madre de los huérfanos?

Mas, para seguir un impulso tan laudable, guardaos de dejar a vuestros padres sumidos en el dolor i el abandono. La naturaleza i la religión están de acuerdo para mandaros preferir los deberes de hija tierna i virtuosa, a aquellos mismos cuyo cumplimiento seria tan dulce a vuestra piedad.

V.

Hortensia.

Yo conozco una señora que tiene una hija, llamada Hortensia, la mejor del mundo, pues jamas ha hecho mal a nadie, ni aun a los animales*. Vió un dia, estando de paseo, que unos muchachos iban a echar al río un perrito que llevaban atado con una soga; i aunque era feo i estaba cubierto de lodo, sin embargo, Hortensia tuvo compasión de él, i dió una moneda a los muchachos para que le diesen el perro. Preguntóle entonces su criada: «¿Para qué quiere Ud. ese perro tan despreciable?—Así es, dijo Hortensia; pero también es desdichado, i si lo abandono yo, nadie tendrá compasión de él.» Mandólo lavar, i metiéndolo al coche, lo llevó a su casa. Bolióbanla todos con el perro; mas esto no impidió que Hortensia conservase el pobre animalito. Habrá ocho días que, estando en su cama ya medio dormida, saltó a ella el perro, i a toda prisa

*El estado religioso
Con vocación es dichoso.

**Quien maltrata a un animal
No muestra buen natural.

le tiraba la manga, ladrando tan fuerte que la obligó a despertar. Tenía en su cuarto una lamparilla a cuya luz pudo observar que el perro, cuando ladraba, miraba hacia debajo de su cama. Llena de miedo, Hortensia se levantó al punto, i abriendo la puerta dió voces a los criados, que por fortuna no estaban todavía dormidos. Acudieron pronto, i encontraron debajo de la cama un ladrón con un puñal, el cual confesó que su intención era matar a esta señorita tarde de la noche i robarle sus halajas. De esta manera la compasión a su perro agradecido le salvó la vida. Sin embargo, esto no debe ser un motivo para que os ocupéis tanto de ese animal, que lo paseis frecuentemente con él; i puedo aseguraros que es bien desagradable para la generalidad de los hombres el ver a ciertas niñas con esos *quiltros* en las faldas, besándolos i esponiéndose a que les transmitan sus enfermedades. Esto revela falta de educación i poco juicio en una mujer.

VI.

La señorita Farge.

En 1804, hallándose llenas las cárceles de Chartres, en Francia, fué necesario poner una turba de bandidos en el subterráneo de una iglesia, donde no tardó en declararse una enfermedad contagiosa i mortal. A ella sucumbieron varios presos, sin que nadie osase penetrar en aquel abismo de muerte. La señorita Farge tuvo valor para bajar allí sola, pues nadie había querido acompañarla. Se vió, pues, en la precisión de inducir a algunos de aquellos criminales a que la secundasen en los cuidados que ella prodigaba a sus compañeros enfermos.

A pesar de su asidua solicitud en aquel subterráneo infecto, consagraba también parte de su tiempo al servicio de las otras prisiones. Ella dirigía los trabajos de la cocina, de la ropería;

vijilaba en la enfermería, en la botica; su caridad, su actividad, bastaban para cuidar a mas de doscientos de aquellos infelices enfermos.

He aquí, amables niñas, un bello ejemplo de abnegacion i de caridad. Esta sublime virtud no se practica, pues, solo con los buenos, sino que tambien estiende su mano a toda clase de personas, sin distinguir religion, edad ni sexo.

VII.

Elvira.

Una niña llamada Elvira, no solo incurria mui a menudo en un exceso de curiosidad, sino que tenia el vicio de tocar, revolver i escudriñar todo lo que veía capaz de escitar sus curiosos deseos. Ya habia conocido por su propia experientia cuán peligrosa podia ser en algun caso esta mala costumbre, i mas de una vez habia llevado un fuerte coscorron en la cabeza, al abrirse de improviso una puerta, detras de la que ella se hallaba escuchando o atisbando por la cerradura.

Todavia peor fué lo que le sucedió un dia, en que, habiendo encontrado abierta la puerta de un pequeño gabinete, donde su padre tenia reunidas sus colecciones de objetos de historia natural, a cuyo estudio era sumamente aficionado, se puso a revolverlo i manosearlo todo. Aconteció, pues, que encima de la mesa habia una cajita cerrada i Elvira se acercó a ella i la abrió sin precaucion alguna. Inmediatamente salió una linda mariposa que, desplegando sus matizadas alas, empezó a revolotear por el jardin. Absorta se quedó la niña al ver una mariposa tan bonita; pero, conociendo al instante la indiscrecion que había

No procureis informaros
De los negocios ajenos;
Sin parecer misteriosa
Disimulad bien los vuestros.

cometido, trató de pillarla para volverla a la caja. Lo que logró con esto fué espantar a la mariposa, que se fué del jardín. Llorosa la niña y sintiendo su falta, tuvo el buen pensamiento de ir en el acto a confesársela al papá, i solo esa franca declaración con visos de arrepentimiento, pudo librirla del castigo, porque su padre sentía mucho la pérdida de la mariposa, que era de una especie mui rara i preciosa.

La curiosidad es la falta
Que en la mujer mas resalta.

VIII.

Clorinda.

Hace días que a eso de las seis de la tarde, al pasar por la plaza de la Victoria una niña de ocho años llamada Clorinda, le salió al encuentro otra niña de su edad, diciendo con voz llorosa:

—Señorita, ¿me dá Ud. un pedacito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre.

—Dios mio! respondió Clorinda, toma, que casualmente traigo un bollo que me ha comprado mamá; pero ¡qué pálida estás! ¡cómo lloras!

—Es que hace mucho tiempo que estoy aquí, replicó la niña devorando el bollo; tenía miedo, mas aguardaba a que pasase una niña como Ud.

—¿No tienes mamá que te cuide?

—Mi madre murió hace un mes, i mi padre me trajo aquí esta mañana; pero me dijo que le esperara, no ha parecido; sin duda me ha abandonado, porque ayer dijo a una vecina que se iba de Buenos Aires.

—Mira, dijo Clorinda, yo tengo un papá mui bueno i una buena mamá: ven a mi casa i ellos te cuidarán; luego que te vistan como yo, irémos juntas al colejio, i serás mi hermanita, ¿no es verdad?

Y la encantadora niña tomó de la mano a la pobre abandonada, encaminándose a su casa en compañía de una sirvienta que no había hecho mas que oír i callar. Luego que vió a su madre, le dijo:

—Mamá, te traigo una niña a quien su padre ha abandonado de intento; ¿quieres que se quede en casa? Tú eres mui buena para conmigo, i ya ves, con lo que me dán todos los días habrá lo suficiente para las dos.

Los deseos de la jenerosa niña han sido satisfechos, como debían serlo, por su padre i su madre, horrados artesanos a quienes el trabajo i la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va a ser enviada al colejo; i a juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el honrado matrimonio que la ha recojido no tendrá que arrepentirse de su jenerosidad.

IX.

Eduvijes.

No hay cosa que tanto guste en las niñas, ni que tanto prevenga en su favor como el esmero que algunas ponen en manifestarse corteses i bien educadas. * A este desvelo debía la niña Eduvijes el estar bien quieta en todas las visitas, tertulias o concurrencias aun de personas mayores, i el ser citada como modelo a las otras niñas de la misma edad. Por supuesto, siempre se presentaba con el vestido aseado, la cara i las manos limpias, conociéndose el cuidado que en esto ponía, cuando iba por la calle o se sentaba en alguna visita. ** En ninguna parte se co-

* La instrucción i cortesía
Son prendas de gran valía.

—
** En sitios de concurrencia
Presentase con decencia.

noce tanto la urbanidad i finura de una persona como en la mesa, i por esta razon, callando otras recomendables prendas de Eduvijes, referiré solo lo que hizo un dia que la convidaron a comer fuera de su casa.

Al verse en medio de una reunion de elegantes convidados, redobló su atencion, procurando observar cuanto ejecutasesen. No se fué a encaramar en el asiento que mas le gustaba, sino que esperó a que, colocados todos los sujetos en sus respectivos asientos, le designase el suyo el dueño de casa. Bien colocada en su silla, desdobló su servilleta, puso a la derecha el tenedor i la cuchara i empezó a servirse de ellos, sin manosear ni hacer ruido.

Comía con delicadeza, sin atascarse la boca ni mascar a dos carrillos, sin manifestar ansia ni mirar los platos ajenos. Cuando tenia que beber, tragaba primero la comida i se limpiaba la boca, tomando el vaso con una sola mano, aunque con precaucion.

Así llegó con toda felicidad hasta los postres, creyendo que nadie la observaba, mas no sucedió así; porque el dueño de casa, que hacia los honores de la mesa, había estado, al disimulo, observando sus movimientos, i notando entonces que Eduvijes dirijía ojeadas de complacencia hacia la fruta que había sacado, sin atreverse a tomar ni a pedir nada, a pesar de la tentacion, escogió una pera esquisita que, mondada i partida por él, sirvió en un plato a la niña, haciendo con motivo de este obsequio un elogio público de las prendas de Eduvijes.

Buen porte i nobles modales
Abren puertas principales.

La niña bien educada
Por do quiera es estimada.

En la mesa i en el juego
La educación se ve luego.

X.

b.

-i-ns.

El lujo.

sup.

Si es permitido a ciertas familias el llevar vestidos ricos i magnificos, es mas digno de estimacion el quedarse un poco inferior a su posicion social. La modestia i la honestez, queridas niñas, serán siempre para las mujeres el mas bello i mas noble adorno. Este era el de la virtuosa espresa del rei de Francia Enrique III. En medio del lujo mas desenfrenado de la corte, no se distinguia sino por la sencillez de sus vestidos.

Pasando un dia por la calle de San Dionisio, entró en la tienda de un mercader de sedas. Encontró allí a la mujer de un presidente de los tribunales vestida magnificamente, i mui preocupada en la elección de telas riquísimas; la reina la observó algun rato en esta ocupacion; i viendo que no atendia que ella estaba en la tienda, se acercó a la dama, i le preguntó quién era. La presidenta, que se veia sin comparacion mucho mejor vestida que la reina, i que tenía todos sus sentidos ocupados en considerar la belleza de las telas que tenía delante de los ojos, le contestó ásperamente que se llamaba la presidenta tal. Entonces sonriéndose, la reina le dijo: «Presidenta tal, estais mui engalanada para una mujer de vuestra calidad.» La presidenta, sin apartar la vista de las telas, replicó: «Pero no es a vuestra cesta, madama» Uno del séquito de la reina advirtió a la presidenta que respetase a quien hablaba.

Entonces levantó los ojos al rostro de la reina, i habiéndola reconocido, se arrojó a sus piés pidiéndole perdón. Se apresuró a levantarla la reina, despues le hizo con dulzura una corta amonestacion sobre las consecuencias del lujo, i le dió testimonios de su benevolencia.

La causa mas comun de la ruina de muchas familias es que

* En cualquier rango i edad
Viste con honestidad.

arreglan sus gastos segun su vanidad, i no segun sus medios; segun su ambicion i no segun su riqueza. El lujo, amables niñas, es hijo de la presuncion, conduce a la pobreza por caminos brillantes i agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen.

Sendero de precipicios
Es el lujo en la mujer,
Por donde va a perecer
En la llama de los vicios.

S-a tu porte adecuado
A tu haber, clase i estado.

El lujo, gula i pereza
Conducen a la pobreza.

XI.

El adorno de las mujeres.

Madama Dacier era una mujer mui instruida i célebre por sus obras. Un sabio aleman que las habia leido i que las apreciaba en mucho, fué a visitarla a Paris, i le presentó un album, rogándole tuviera la bondad de escribir en él alguna cosa. Al ver en el album las firmas de los mas célebres literatos de Europa, dijo madama Dacier que no se atrevia a poner el suyo entre tantos nombres ilustres. No se desanimó el aleman, i cuanta mas resistencia se le ponía, mas instaba. En fin, cediendo la señora a tantas instancias, tomó la pluma i escribió su nombre con la siguiente sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Un célebre poeta, expresando el mismo pensamiento de madama Dacier, ha dicho:

Un profundo silencio siempre ha sido
De las mujeres el mas bello adorno.

La oracion.

Cornelia era la alegría i el orgullo de sus padres. El talle de la joven era bello como un rayo de luz, i sus mejillas frescas i sonrosadas como un capullo de rosa que se abre por primera vez al rocio de la mañana; pero, sobre todo, su alma era tan pura como una mañana de primavera que anuncia a los floridos valles un hermoso dia.

Cornelia no había experimentado aun las amarguras i aflicciones de la vida, i los días de su juventud eran tranquilos i serenos. Pero, por desgracia, se enfermó su madre de sobreparto, i tuvo que guardar cama por largo tiempo, pues la fiebre era tan intensa que trastornaba su razon. La joven velaba por la noche al lado de la enferma, a quien prodigaba los mas esquisitos cuidados, poseida de la mayor angustia. El séptimo dia de la enfermedad, la calentura era mucho mas intensa, i todo era silencio, i todos lloraban a escondidas persuadidos de que se acercaba el último momento de la pobre madre.

Mas por la noche vino un sueño reparador, que con el reposo devolvió la vida a aquel cuerpo desfallecido. Cornelia, sentada en la cama al lado de la madre, escuchaba en silencio la respiracion de la enferma con el corazon lleno de angustia i de esperanza. Al amanecer abrió la madre los ojos i dijo: «estoi bien, i espero restablecerme.» Tomó algun alimento, bebió un poco i se quedó dormida de nuevo. Entonces se inundó el alma de Cornelia de indecible alegría, i la joven sale del cuarto, atraviesa los campos i sube a la colina cuando aun duraba el crepúsculo de la mañana. Ajitada de los encontrados sentimientos de temor i de esperanza, vino la aurora a teñir con su calor sonrosado el rostro de la joven, que permaneció un momento reflexionando acerca de la animacion recobrada por su madre despues del sueño reparador, i de las angustias que había espe-

rimentado. Pero, siéndole imposible contener por mas tiempo encerrados en su corazon estos sentimientos, dobló las rodillas sobre las flores de la colina, inclinó la cabeza i mezcló sus lágrimas con el rocío del cielo.

Despues de un momento de religiosa contemplacion, levantó su cabeza i volvió a la habitacion de su madre: i entonces estaba Cornelia mas bella i hermosa que nunca porque había hablado con Dios.

En cualquier tribulacion
Alza a Dios tu corazon.

XIII.

El juego de los colores.

Un padre, temeroso de Dios, tenia cuatro hijos, buenos i dignos de aprecio, los cuales constituan su alegría i sus delicias.

Cuando el padre regresaba a casa, fatigado por el trabajo i el calor del dia, salian gozosos a recibirle, le secaban el sudor que corría por su frente i le referían con singular amor lo que habian aprendido durante el dia, o lo que habian hablado, i el padre se complacía en escuchar la narracion de sus inocentes juegos e ingeniosos pensamientos.

—Padre, hoy hemos hecho el juego de los colores, le decian una tarde cuando salieron a recibirle i le habian conducido a la entrañada del jardín.

—¿I qué colores habeis elegido? preguntó el padre, cuando se hubieron sentado.

—Yo, dijo Alberto, el mayor de los hermanos, he elegido el encarnado; pues este color es el del amor de la caridad.

—Bien, pues, contestó el padre; i con la caridad, es decir, el amor a Dios i a los hombres, la vida seria dulce, pues no faltan

a la tierra belleza i magnificencia para recrearnos, sino la injenuidad i el amor reciproco de los hombres.

—I yo, dijo Guillermo, he elegido el azul, que, como la clara bóveda del cielo despejada de nubes, es el color de la serenidad.

—Bien, querido Guillermo; pues no hai cosa mas agradable para nosotros que el hombre de alma apacible.

—Yo, dijo Juanita la hermana, he elegido el verde; pues nuestro Padre celestial ha vestido de verde la esperanza de los aldeanos, el jérmen de los frutos del campo.

—Buéno, hija mia, por eso es tambien verde el color de la esperanza; i queán infeliz seria el hombre sin esperanza!

—I yo, dijo Federico, el menor de los hermanos, he preferido el blanco: pues el blanco es el color de la pureza, i la pureza i la virtud son el ornato de la infancia.

—Vuestra elección, queridos hijos, añadió el padre, ha sido acertada. Doi, sin embargo, la preferencia a la de Federico; porque el blanco es el fundamento i la suma de los demás colores, i la inocencia es la fuente de todas las virtudes i de la dicha.

Conservad, pues, hijas mias, la inocencia del corazon i la serenidad: al hombre inocente siempre le sonrie la dulce esperanza i brilla en sus ojos la calma i el amor de Dios.

XIV.

Adela.

Adela Callet, nacida en Besanzon, era hija de un militar sin fortuna. En su infancia la educó con esmero la señora Ducormier, maestra de costura blanca en Paris, quien le enseñó su oficio.

Habiendo llegado Adela, gracias a su bienhechora, a ser una excelente obrera, se estableció en su ciudad natal, donde ganaba honrosamente su vida.

Supo que la señora Ducormier acababa de caer enferma. Todo lo abandonó por acudir a donde ella estaba. Desde aquel momento fué decayendo cada día la salud de la enferma. Sufrió un violento ataque al pecho que le hacia experimentar frecuentes sofocaciones, en términos que se inhabilitó para trabajar i entregarse a ninguna ocupación seria.

El peso del establecimiento i los quehaceres de casa recayó sobre Adela, que, en su viva i afectuosa gratitud hacia la enferma, le prestó los servicios que exijía su situación.

Como la enfermedad se prolongó por mucho tiempo, llegó un día en que la señora Ducormier no tuvo como satisfacer sus necesidades; vióse obligada a vender casi todos los efectos unos tras otros. Todos los objetos de comodidad de la casa desaparecieron, i todo presentó luego el aspecto de la desnudez i de la miseria.

Adela proveyó a todo; no se desanimó ni con los sacrificios que estaba obligada a imponerse diariamente; no abandonaba el trabajo sino para cuidar a la enferma, i se levantaba mui a menudo de noche para procurarle el alivio que exijía su situación.

A veces la enferma, sintiéndose mejor, quería ponerse de nuevo a trabajar; pero el mal estado de su vista era la causa de que Adela se viese forzada a deshacer lo que su maestra había hecho i a empezarlo de nuevo. Verdad es que para esto se ocultaba de ella aguardando a que se quedase dormida para no causarle pesar.

La pobre enferma, durante los ocho meses que precedieron a su muerte, no dejó un momento su lecho. Adela no quiso consentir que la llevaran al hospicio, agotó sus propios recursos i empeñó sus muebles para subvenir a los gastos necesarios.

Lo que hace admirable esta abnegación es que no duró algunas semanas, algunos meses, sino doce años consecutivos sin que el celo de aquella virtuosa joven hubiese desmayado un solo instante.

XV.

La señorita Detrimont.

Podiera decirse de la señorita Detrimont lo que se dijo de aquellas santas hermanas:

El enjugar el llanto
Es en la tierra su única esperanza,
I no quiere mas gloria
Si los dolores mitigar alcanza.

A principios del año último, en el pueblo de San Remijio Borecourt, en Francia, una enfermedad epidémica con todos los caractéres del tifus, se había declarado, sin saber como, en una casa que habitaba una pobre familia compuesta de once personas. En seis dias la abuela i seis de sus nietos habian sucumbido. Un mes despues murió la madre; i otros dos de sus hijos le sobrevivieron con siete a ocho dias de intervalo. Jaime Vasselin, jefe de esta familia desgraciada, quedaba solo con cuatro hijos, i todos cinco estaban atacados del mal que habia ya sacrificado seis victimas a sus propios ojos.

Aterrados con tantas muertes i tan súbitas, i que tan rápidamente se habian sucedido, los parentes, los amigos, los vecinos, no osaban acercarse a Vasselin i a sus hijos: abandonados de todos, parecian los infelices condenados a padecer sin esperanza de socorro. «No queremos nosotros ir a buscar la muerte» era la respuesta de todos cuantos la autoridad local hablaba para que llevasen algun alivio, i cuidasen de aquellos desgraciados. La señorita Celestina Detrimont habitaba en un pueblo vecino, e informada de tales sucesos por la voz pública, fué a ofrecerse al alcalde de San Remijio para dar a los restos de esta desdichada familia los socorros que de todas partes se le negaban. El alcalde acepta enternecido este ofrecimiento; pero cree de su deber no ocultarle el peligro que va a correr. «Ya sé a lo que me espongo, respondió ella; pero no puedo dejar que perezcan cinco in-

felices: cuando se sirve a Dios o a sus pobres, no debe temerse la muerte; i despues de haber dificilmente consentido en preaverse con algunos preservativos, fué a encerrarse en una casa infestada, en donde yacian amontonados Vasselin i sus cuatro hijos. Uno de estos murió. La señorita Detrimont le amortajó con sus propias manos, i le llevó al patio de la casa, único lugar a donde las jentes se atrevian a acercarse. Por fin, sus activos i constantes cuidados secundaron la eficacia de los medicamentos que se le enviaron, i tuvo la dicha de arrancar de una muerte segura a Vasselin i a los tres hijos que le quedaron.

Esta accion tan bella como generosa no es el único hecho de esta clase en la vida de la señorita Detrimont. Gran número de acciones semejantes, conocidas tan solo del cielo i de los desgraciados a quienes ella socorria, acaban de ser sacadas de la oscuridad en que gustaba ocultarlas. Veinte i seis años hace que se consagra de este modo al alivio de los desgraciados.

XVI.

Aseo i amor al orden.

La mujer ha sido principalmente criada para vivir dentro del círculo de su familia i para llevar el gobierno interior de la casa, i esta es la razon porque es mas estimada i respetada la que mejor cumple con los deberes domésticos. De la misma manera que las buenas obras previenen en favor del que las hace, el aseo en los vestidos i el buen orden de una casa dan una idea altamente favorable de la mujer que la dirige.

Si a un hombre le diesen a escojer entre dos jóvenes, la una instruida en el canto, en el baile i hasta en las bellas letras, pero desaseada i poco cuidadosa, i la otra que, no teniendo mas cono-

Toda mujer bienvenida
Es una joya preciosa.

cimiento que el de sus deberes, se presentase siempre con aseo i esmerada en el arreglo de su casa, no vacilaria un momento, a menos de ser un fatuo, en inclinarse a favor de la ultima.

Bueno es que las jóvenes brillen tambien por sus conocimientos, cuando su edad i su educacion les permitan ya entrar en la sociedad; pero es preferible que estimen mas que los vanos inciensos del mundo la tranquilidad doméstica, i cuanto pueda contribuir a que sean el orgullo de sus padres, la gloria i la prosperidad de sus familias.

Hai muchas niñas que se creen aseadas porque a la hora de recibir visitas o cuando salen a la calle se presentan limpias i bien compuestas, aunque en la casa anden desascadas, sin peinarse i hasta sin haberse lavado a veces. Esas tales se engañan a si mismas mas bien que a los demás, pues el desaliño i el desorden se convierte en ellas en costumbre, i tarde o temprano descubrirán este feo defecto a los mismos a quienes quisieron ocultarlo con mas esmero.

El poco aseo i amor al orden arguye en las niñas, o poco aprecio de si mismas u holgazanería, i ¡ai de aquellas en quienes pasen a ser un hábito estos dos vicios!

No creais que os sirva de excusa para no asearos i peinaros inmediatamente que os levanteis, el decir que teneis que entregaros a los quehaceres domésticos, pues, aun prescindiendo de que las ocupaciones de vuestro sexo, como son principalmente el coser, bordar i zurcir la ropa, no echan a perder los vestidos, ¿qué cuesta ponerse uno malo cuando tengais que dirigir o ayudar por vosotras mismas a limpiar la casa, i quitárselo, lavarse i vestirse de nuevo luego despues de quedar todo limpio i arreglado?

Si el aseo i el amor al orden asientan tan bien a las niñas de padres ricos, ¿cuánto mas no brillarán en las de condición humilde? Nunca debeis olvidar que vuestros padres, cualquiera que sea su posición, no pueden ni deben comprárros nuevos trajes i adornos todos los días, que tienen obligaciones mas premio-

sas a que acudir i de cuyo exacto cumplimiento depende a veces su reputacion i credito, i que la niña que por dejacion les obliga con frecuencia a nuevos gastos, al paso que mina sordamente su poca o mucha fortuna, * se atrae su aborrecimiento i hasta el desprecio de los extraños a quienes creyo deslumbrar con la riqueza de sus vestidos i por el modo de presentarse en el mundo.

No cabe duda, hijas mias, en que todos los estremos son viciosos i deben por lo mismo evitarse; pero si debieseis pecar por estremadamente descuidadas o por nimias i estremadas en el aseo, preferiria que fuese lo ultimo, pues los males que de esto nacen son nada en comparacion de los muchos i perniciosos efectos de la negligencia i desaseo.

No debeis, sin embargo, entender por compostura i aseo el pintarse los carrillos, como jeneralmente lo hacen las mujeres de vida relajada; ni tampoco el ensolimanarse o ponerse en el rostro otras aguas que tan mal asientan a las morenas como a las blancas. El color no entra para nada en el bien parecer ni en la hermosura, la cual consiste en las facciones i en la expresion de éstas. Una morena puede ser tan agradable i tan hermosa como una blanca, sobre todo si es instruida i virtuosa. Ademas, ese *soliman* o *crema* que acosumbran ponerse ciertas mujeres, es la causa de los dolores de muelas de que padecen i de la perdida de la dentadura que tanta falta hace i que tanto debe cuidarse i asearse.

Esta ridicula costumbre mujeril, nacida en los tiempos de ignorancia del bello sexo, va ya desapareciendo mediante la educacion e instruccion que recibe hoy la mujer, la cual comprende mui bien que con tales aliños, mui lejos de agradar, se atrae el ridiculo i el desprecio de los hombres sensatos i de mundo.

Andar aseado i limpio
Conviene, pero no sea

* Mujer que gasta sin tasa
Es la ruina de su casa.

Tanto que en estremo toque:
Huye de influencias nuevas,
En el vestir lo mas llano
Es lo que mejor asienta,
Que quien se engalanó mucho
Nunca fué hombre de prendas;
El aseo i compostura
En juventud i en vejez,
Al hombre dan robustez
Salud, despejo, hermosura.

XVII.

La madre.

Nada iguala al cariño de una madre; i cuando ésta es instruida i virtuosa, sus hijos han conseguido la herencia mas apetecible. Esta singular felicidad habia cabido a la linda Emilia, niña de unos nueve años, i a Carlos i Roberto, sus hermanitos. Todas las tardes la madre de estas afortunadas criaturas se complacia en enseñarles alguna cosa útil. Mientras los dos niños leían un cuentecito moral que les había señalado su solicita mamá, ésta daba a su hija una lección mas seria.

—Hija mía, le decía, habrás observado que hoy he reprendido a tu primo Anselmo por la crueldad que ha demostrado dando muerte a aquel lindo pajarito.

—Pues Roberto ha tomado el otro dia un nido que se hallaba oculto bajo el follaje que hai cerca de la pared de la huerta.

—Roberto hizo mal. Los animales que no son perjudiciales al hombre no deben matarse. Esto prueba por lo menos un mal corazon. Los pajaritos no sufren menos las penas físicas que nosotros, i es una crueldad causárselas sin motivo. El niño cruel con los animales está mui propenso a serlo con sus semejantes.

—Yo le dije, replicó Emilia, lo mal que hacia en privar de la vida a aquellos lindos pajaritos. No padecian ellos, sino sus

padres, que eran otros pajaritos. No puede Ud. figurarse, mamá querida, cuánta fastidio me daba verlos volar de rama en rama, indicando sobradamente con su arpada lengua lo mucho que sentían por verse privados de sus hijitos.

— I tienes razon, Emilia; ya ves cuán sensible me sería a mí el perderlos. Pues bien, los animales no sienten menos a sus hijos.

En esto los dos niños dejaron la lectura, e interrumpieron a su mamá de esta manera:

— ¿Con qué Ud. no quiere que tomemos nidos?

— Yo no quiero os ejerciteis en la escuela de la crueldad. El que se hace insensible con tales costumbres, va adquiriendo un hábito pernicioso, que tal vez le allana la senda del crimen.

Los niños prometieron entonces a su mamá no volver a causar el menor daño a los animales inocentes, i la linda Emilia continuó leyendo la poesía de Villegas que diera oríjen a esta digresión, i que dice así:

Yo vi sobre un temillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile mui congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;

Ya cansado callaba,
I al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía:
Ya circular volaba,
Ya rastreero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
I asaltando en la grama
Parece que decía:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
I que le respondía
El rústico: no quiero.

XVIII.

La leona agradecida.

Cuando los españoles fundaban la ciudad de Buenos Aires en

1535. Llegaron a carecer absolutamente de alimentos, porque los que se atrevían a buscarlos fuera de la población, perecían a manos de los indios. Esta circunstancia obligó al gobernador a prohibir, bajo pena de muerte, que se traspasasen los límites desemolidos de la nueva colonia.

Una mujer apellidada Maldonado, a quien los crueles rigores del hambre le parecieron menos soportables que el tratamiento de los bárbaros, burló la vigilancia de los centinelas i se salió de la ciudad. Buscando albergue, la noche misma de la fuga entró desprevenida en una caverna que le deparó su destino. Apenas hubo dado el primer paso, cuando descubrió una leona formidable. El pavor i la admiración se apoderaron de su alma: aquel infundido de un miedo natural, i ésta de sus halagos inesperados. Sufrió el animal los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fea condición: toda temblando i en ademán de pedir socorro, se acercó a la mujer i despidió en su idioma unos jemidos capaces de estremecerla.

La Maldonado ayudó a la naturaleza en esos momentos dolorosos en que no parece sino que, a pesar suyo, echó a luz un ser, a quien generosamente da la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus días, trayendo a la caverna una presa, que dividía entre sus hijos i su beneficiaria. Duró este cuidado lo que tardó la naturaleza en dar a sus cachorros la fuerza necesaria para buscarse por sí mismos el sustento. Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro en busca de alimento; pero no tardó mucho en caer en manos de los indios.

Corriendo el tiempo, la rescataron los españoles i la llevaron a Buenos Aires. Gobernaba todavía el tirano Galán, cuya crudeldad no se daba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la naturaleza que respetaron los bárbaros i fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos i aflicciones, la condenó a que, atada a un árbol fuera de la ciudad, muriese a los rigores del hambre, o fuese pasto de animales devoradores.

radores. A los cuatro días siguientes fueron varios españoles a saber el destino de esta víctima. ¡Cuál sería su sorpresa cuando encontraron a sus piés una leona i dos leoncillos que cuidaban de su vida! Eran éstos esa familia deudora de sus beneficios, i con quienes había pasado en tan grata compañía. Retirada la leona, dió bien a conocer en su aire de mansedumbre la seguridad con que podían los españoles acercarse a desatarla. Así lo hicieron, llevándose a la Maldonado i una lección con que los brutos enseñaban a los hombres a ser clementes i agradecidos. La leona i sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva, dando aquellos las señales de ternura que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados resirieron fielmente al gobernador todo lo sucedido. Avergonzado éste de ser inferior a las bestias, dejó con vida a una mujer a quien el cielo tan visiblemente protejía.

Hé aquí, niñas mías, el bello ejemplo que nos da el bruto más feroz que existe sobre la tierra. Si un león es tan reconocido a los beneficios que se le dispensan, ¿con cuánta más razon no debemos serlo nosotros que poseemos virtudes morales i un alma racional?

No temo exagerar, hijas mías, al asentar que la ingratitud es un crimen. Los pueblos más sabios de la antigüedad, como los persas, los lacedemonios, los atenienses, admitían demanda en juicio contra los ingratos.

Huid, pues, niñas mías, de este vicio degradante a la especie humana, i procurad que la gratitud, esa noble virtud, pose siempre en vuestros infantiles corazones.

Se aprecia al reconocido,
I se odia la ingratitud;
Que agradecer es virtud
I vicio el ingrato olvido.

Gratitud siempre al favor,
Es un deber justo i grato;
I por eso el hombre ingrato
Es un monstruo que da horror.

No olvides nunca un favor,
Ni recuerdes los agravios
La gratitud es de sabios,
De ignorantes el rencor.

XIX.

Honrarás a tu padre i a tu madre.

En el conocimiento perfecto de nuestra santa religion encontrareis todas las bases de la virtud, esto es, el amor de Dios, el respeto a los padres, a la autoridad soberana, a las leyes de nuestro pais, a la propiedad del proximo. Ella os enseñará que la caridad cristiana nos manda amar i tratar bien a nuestros semejantes, socorrer a los pobres en sus necesidades, respetar i consolar a los ancianos i cuidar a los desvalidos i a los enfermos. Tambien os enseñaré cuanto importa huir de la pereza, de la habladuría i de la inmurmuracion, que es su consecuencia; sabreis el odio que debemos tener a la calumnia i con cuanto ahinco debe evitarse una jóven modesta los pasatiempos que la separan del cumplimiento de sus obligaciones.

Seguid, pues, aprendiendo lo que enseña la religion; i al paso que estudiéis la historia del antiguo i nuevo testamento, grabad en vuestro corazon, tanto como en vuestra memoria, las palabras del Evangelio, cumpliendo exactamente con los deberes que nos impone nuestra santa madre la iglesia. Las sabias instrucciones que se os han dado acerca de este punto tan importante al enseñaros el catecismo, os proporcionau todos los medios neccesarios para trabajar en bien de nuestra alma, siguiendo el camino de una vida tranquila i feliz, porque la felicidad es siempre la recompensa de la virtud.

‘ Es en la tierra el anciano
Viva imájen del Señor;
Por eso quien le venera
Al venerarle ama a Dios.

No debemos respetar a nuestros padres en la niñez i juventud solamente, sino durante toda la vida. Cuanto mayor sea nuestra edad tanto mas sagrado es este deber, porque tiene mayor influencia nuestro ejemplo.

No hai dignidad ni posicion social, por brillante que sea, que pueda dispensarnos de este deber.

Miéntras vivimos al lado de nuestros padres, debe manifestarse este respeto por una continua atencion en agradarles, por una deferencia sin límites, i por los mas asiduos cuidados.

Si vivimos lejos de ellos, es menester escribirles con frecuencia, informarnos de su salud, darles parte de todo, no hacer nada importante sin consultarlos i visitarlos con la frecuencia posible.

No basta que los honremos nosotras mismas; debemos hacer que nuestros hijos i nuestros criados les tengan el mayor respeto; debemos hacer que nuestros hijos los honren tanto como nosotras mismas.

Si somos mas instruidas que nuestros padres, no por eso debemos enorgullecernos i creernos superiores a ellos. Valdia mas ser completamente ignorantes que adquirir una instruccion que corrompiese nuestro corazon, haciéndonos hijas desnaturalizadas e ingratas.

Sucede a veces que una joven, por un enlace ventajoso o por un favor especial de la providencia, se eleva por su condicion; llega a ser rica, poderosa. Entonces debe tener la mas grata satisfaccion en poder participar a sus padres de las ventajas que disfruta: este deber ha de ser para ella un placer i el mas puro, el mas delicioso de todos los placeres.

Dicose que algunas hijas desnaturalizadas que llegan a ser ricas se avergüenzan de los vestidos groseros i de la pobreza de sus padres. No creo en la existencia de tales monstruos, o si existiesen, serian en bien corto numero, i causarian a las personas bonradas desprecio i horror.

Razonamiento de una madre.

El matrimonio, hija mia, es un estado de cuidados i sacrificios; i sin el sentimiento que todo lo hace llevadero i facil, es mui dificil cumplir sus deberes juntamente con los de la virtud. Las obligaciones son sin duda reciprocas; pero las mujeres somos llamadas a cuidados particulares. Habiéndonos dado la naturaleza mas gracia, mas amabilidad i mas delicadeza que a los hombres, nos enseña que toca a nosotras poner las atenciones, las complacencias i los respetos en este comercio, del cual sacamos en cambio los frutos de la proteccion i de los trabajos mas importantes de los hombres. La fortaleza es su herencia; la dulzura es la nuestra; i la fuerza no resiste a la dulzura. Obedezcamos para reinar, i sujetémosnos a las pequeñas cosas para gozar de las grandes. Quehaceres muy serios nos ocupan. El cuidado de agradar, que se cumple con las atenciones delicadas, debe ser nuestro primer objeto

Desde el dia en que vas a casarte, cesa mi autoridad. No te aflijas, hija mia: tu madre no será mas que tu amiga; pero una amiga tierna, consoladora i talvez útil.

Es una dicha para ti el que yo conozca los límites de mi poder. Si yo pretendiese exigir de ti una cosa contraria a la voluntad de tu marido, no vaciles, porque a él es a quien deberás obedecer, a menos que el honor i la virtud te lo prohibiesen.

Acostúmbrate, hija mia, a esta idea de obediencia, pues sostiene el alma en las ocasiones en que un marido se enoja. El que tú has elegido tiene mucho entendimiento, mucha cortesia, mucha estimacion i aficion a ti para tomar jamas el tono imperioso de señor; pero deberás tener presente este tratamiento, que es un motivo mayor para tu cariñosa gratitud.

Lo que es opuesto al honor
Debe inspirarnos horror.

Rasgo sublime de patriotismo.

En un pueblo de la jurisdicción de Pataz, sobre la ribera oriental del Marañón, departamento de Trujillo, llegó, en 1821, una proclama del jeneral San Martín a manos de una anciana al parecer helada ya por el tiempo. Mas, ¡cuánto engañan las apariencias! Hallándose esta respetable matrona en un territorio dominado por las armas españolas, a trescientas leguas de los libertadores, no vacila en poner al jeneral San Martín una carta, en que, después de desahogar su pecho del vivo amor patrio en que se abrazaba, le dice: «Sé que te faltan hombres i cabalgaduras: tengo un hijo único i cinco caballos; con éstos i su trabajo me procuraba la subsistencia: en adelante, mientras tú libertas a mi país de sus opresores, la buscaré yo. Ya va a emprender el viaje, para ponerlos, con su persona, a tu disposición. Esta es la órden que lleva, i va resuelto a no descansar hasta no encontrarte. Admitelos, pues; emplealos en el servicio de la patria, que es a cuanto aspiro.»

A los diez i siete días de camino, por sendas escusadas i frágiles, logró el joven comisionado presentarse en el cuartel jeneral, que estaba entonces en Supe, pueblo situado treinta leguas al norte de Lima. San Martín le recibió con su acostumbrada afabilidad; mas cuando supo el objeto de su venida se enterneció, le abrazó, le colmó de favores i pudo persuadirle a que regresase a consolar a su anciana madre. La persona que nos ha comunicado este rasgo sublime, ha leído la carta, i presenció la entrevista del joven con el jeneral patriota, que no se insertó entonces en los boletines del ejército por no comprometerla con los españoles, que la habrían hecho sufrir infaliblemente.

¹ Las lenguas aborígenes, usadas por un gran número de los habitantes del Perú, tienen del equivalente de *usted*.

XXII.

Una buena hija.

En 1806 había en Buenos Aires un caballero inglés que conoció a una esclava, a quien cobró aprecio, tanto por su inteligencia en el servicio, como por sus buenos sentimientos, más superiores a los que en general poseían esas miserias víctimas de nuestra codicia en otro tiempo. Por último, le ofreció los quinientos pesos en que estaba tasada para que se libertase. Ella le dió las gracias, i le manifestó que no podía hacer uso del dinero en su favor; mas insistiendo aquél en que aceptase su oferta, i estrechándola a que declarase el motivo de su resistencia, le dijo, bañada en lágrimas: «¿Podré yo gozar de los beneficios de la libertad, mientras mi madre sea esclava?»—«Haz, pues, uso de este dinero para libertar a tu madre», le contestó sorprendido el extranjero: «tómalo i cumplé tan sagrado deber.» Entonces admitió los quinientos pesos, i, enajenada de gozo, voló a ponerlos a disposición de su ama. En consecuencia quedó libre la madre i esclava la hija, no por falta de jenerosidad de parte de su señora, sino porque estimaba tanto sus buenas cualidades que a ningún precio quería perderla; i así era tratada en la casa, no como criada, sino como compañera.

XXIII.

La mentira.

En esta lección os hablaré de la mentira, vil esclava de todos los crímenes: i sino mirad lo que hace un ladrón cuando quizá lleva consigo el objeto robado: grita i protesta *mintiendo* que no ha cometido el robo. ¿Qué dice el más execrable asesino manchado aun con la sangre que ha derramado? Si ha tenido tiempo de arrojar el arma homicida, grita i protesta *mintiendo* que no ha sido él quien ha hecho la muerte.

No hai severidad que pueda llamarse excesiva cuando se trata de correjir en las niñas el defecto de la mentira; pues la verdad se acompaña siempre con las virtudes morales i cristianas, al paso que la mentira es la compañera de los crímenes mas detestables. Si a causa de vuestra poca edad cometéis faltas, confessadlos luego con injenuidad i franqueza, pues vuestra confesión será un testimonio seguro del deseo que teneis de enmendaros. No hagáis como aquellas niñas que mintiendo ocultan su falta, no ya por el temor de ser castigadas, sino con la dañada intención de hacer nuevas travesuras. Los padres que son tan buenos como los vuestros, están siempre dispuestos a perdonar a sus hijos cualquier falta espontáneamente confesada; pero cuanto mas atoñen los padres a sus hijos, tanto mas deben ser severos e inflexibles en castigar á los que pretenden ocultar una falta cometiendo otra.

El vicio infame de la mentira, de que se sirven las niñas para ocultar al principio sus defectos, se convierte luego en la perniciosa manía de inventar historietas enteras. Así es como se hacen impostoras, a las cuales castigan las leyes con todo rigor porque frecuentemente turban la paz de la sociedad. Los padres i preceptoras deben, pues, castigar con tauta severidad a las niñas que forjan cuentos, por inocentes o entretenidos que sean, como a las que dicen mentiras con la intención de disculparse¹.

En los primeros años de la vida es cuando pueden desarraigarse los vicios capaces de acarrearnos las mayores desgracias, i no hai la menor duda de que en esta edad se conseguirá arraigar profundamente la virtud en el corazon de las niñas, procurando inculcarles los preceptos de nuestra santa religión, i dándoles al mismo tiempo las advertencias i castigos que no deben descuidar los buenos padres.

¹ Carece de probidad
La que falta a la verdad.

La que miente aun en chanza,
Solo inspira desconfianza.

Los vicios son de todo punto comparables a la mala yerba que pulula en el terreno mas bien cultivado. ¿No habeis visto a vuestro abuelito, que varias veces escarda las amelgas de su huerta? I ¿sabeis por qué se toma tan a menudo este trabajo? porque le es muy fácil arrancar la mala yerba cuando brota; pero si vuestro abuelito aguardase a quitarla cuando estuviese crecida, acaso deberia valerse del azadon para desprenderla de los guijarros i piedras en que se hubiesen enredado sus largas raices. Acude a quitar la mala yerba cuando es tierna, la arranca entonces sin mas instrumento que sus manos, i la echa a un lado: lo mismo sucede con los vicios, que en los primeros años pueden arrancarse con mucha facilidad del corazon de las niñas; i desgraciadas de aquellas en quienes se dejan crecer por largo tiempo!

Es la lengua mentirosa
Como flecha venenosa,
Ya del arco desprendida,
Aspid en el labio asida
I escondida entre la rosa.

—
En no mentir pon cuidado,
Que el que miente es despreciado.

—
En la boca mentirosa
La verdad es sospechosa.

XXIV.

Los chismes.

Los chismes, niñas mias, son una especie de enfermedad que ataca especialmente a vuestro sexo, i sobre todo a las mujeres de limitado talento o que han recibido una educacion poco estimada, i que obliga a los hombres a tratarlas con desconfianza.

Por lo comun se empieza a ser chismosa desde niña i sobre defectos ajenos que se creen de poca monta. ¿Qué mal puede haber, preguntáis, en que se diga esto o aquello? ¿Por ventura no lo sabe todo el mundo? Mas yo os contestaré: ¿qué bien os resulta de publicarlo? Si no lo sabian las personas con quien habláis, i por qué decirlo? i si lo sabian, ¿por qué gastar el tiempo en palabras ociosas? Una vez que os hayáis acostumbrado a murmurar de cosas leves, no sabréis absteneros de hacerlo en otras graves; no tendréis ninguna conversacion en que no lastiméis la reputacion de alguna ausente,¹ i sereis semejantes a esos muchachos sin educacion que no saben jugar sin aporrearse o tirarse piedras. No se queje la que ha llegado a contraer este horrible defecto si no tiene amigas; pues ¿quién querrá serlo de la que a nadie perdona? ¿quién irá a fiarse en la que se divierte en publicar las faltas de otros?

Por Dios, hijas mias, que nunca se diga de vosotras que teneis semejante vicio; ántes al contrario, si alguna vez os hallareis en conversacion en que se hable mal de otro, se repitan palabras que un tercero dijo de vosotras, defended a la persona a quien se acusa, aunque no la conociereis, o despreciad los chismes que os den.

En cierta ocasion presentaron los judios a Jesus una mujer acusándola de un pecado mui grave, por el cual, segun la lei, debia morir apedreada; mas él se entretenia en escribir con el dedo en la arena sin hacer caso de lo que le decian. Insistieron aquellos en su acusacion, i el Señor les respondió: «El que de vosotras se halle sin pecado tire contra ella el primero la piedra.» Entónces los que acusaban a aquella pobre mujer se fueron cada uno por su lado, llenos de confusión, dejándola sola con Jesucristo. Ved en este ejemplo como debeis portaros vosotras cuando, con razon o sin ella, se hable mal de otra persona en vuestra presencia.

¹ No adulés a los presentes,
Ni hables mal de los ausentes.

Evitad, pues, los chismes, sino por su scaldad, al ménos por vuestro propio interés; i no olvideis jamas la siguiente sentencia del Espíritu Santo, en que se compara el chismoso con la leña, pues es bien cierto que así como ésta aumenta el fuego, así en la casa de aquél nunca faltan contiendas: «Así como faltando la leña se estingue el fuego, así tambien apartando al chismoso cesarán las contiendas.»

Jamas imprudente labio
Consegue honor por hablar:
Saber, oír i callar
Es el camino del sabio.

Los chismes i la mentira
De Dios provocan la ira.

XXXV.

Obligacion de las niñas para con sus hermanos.

Despues de vuestros padres no hallareis, hijas mias, amigos mejores que vuestros hermanos o hermanas: amadlos, pues, i el Señor llenará de bendiciones vuestros primeros años.

Nadie siente mas lo dulce que es tener hermanos, que la niña que tiene la desgracia de carecer de ellos. ¡Es tan triste, hijas mias, no encontrar cerca de si en el seno mismo de la familia un corazon de nuestra edad con quien unir el nuestro!

El amor fraternal embellece los juegos infantiles i hasta aumenta el cariño que debemos a nuestros padres. ¿Cuál de vosotras, al divertirse persiguiendo a una mariposa, no experimentaría doble placer si le ayudase a tomarla su hermanita? ¿Cuál, si tiene que arreglar un ramito para su mamá, no se complacerá en que un hermano le ayude á elejir las flores?

Cuando al sentir el frío las golondrinas emigran de un país en busca de climas mas templados, tienen que atravesar a veces

largos espacios de mar donde les es imposible pararse, a no ser que encuentren alguna embarcacion en el camino. Entonces las mayores sostienen en su vuelo a las mas pequeñas, que a no tener quien las auxiliase, caerian cansadas en el agua. Imitad en esto a las golondrinas, amandoos, sosteniéndoos i ayudandos unas a otras.

Sed indulgentes con vuestros hermanos si cometan alguna falta, mucho mas que lo seriais con los estraños; i en ningun caso vayais a decir a vuestros padres, si no os lo preguntan: «mi hermanito ha hecho esto o aquello:» ántes al contrario, disculpadle en cuanto sepais. El delatar las faltas de un hermano prueba mal corazon, i en vez de cautivaros de esta manera el aprecio de los que os dieron el ser, os hareis odiosas a sus ojos.

La que sea mayor entre vosotras procure servir de ejemplo a las demas, tanto en el amor i obediencia a los que le dieron el ser, como en la aplicacion i demas virtudes; i la que sea menor cuide de imitar a la que sabe mas i es mas buena que ella, no apartandose nunca de sus consejos.

Si uno de vuestros hermanos o hermanas es mejor que vosotras i por consiguiente mas amado de vuestros padres, en vez de mirarle con envidia i de aborrecerle por esto, como lo hacen algunas niñas de mal corazon, procurad ser buenas como él; i vuestros padres, que tienen amor para todos sus hijos, os premiarán lo mismo que a aquel con sus caricias. De lo contrario, la envidia os haria aborrecibles, como el gusano venenoso que muere con gusto con tal que pueda marchitar la rosa que le daba sombra.

Las débiles cañas se burlan de la fuerza del viento miéntras están al abrigo de un árbol; pero puede faltarles éste, i ;ai de ellos entonces si no están unidas! Aprended, hijas mias, de este ejemplo. Amaos mutuamente miéntras vivis a la sombra de vuestros padres, a fin de que, si por desgracia os llegasen

éstos a faltar, po lais, unidas por el amor fraternal, resistir mejor a las desgracias que os sobrevengan.

Bello grupo de hermosas estrellas
Siendo tallo de un mismo rosal,
Son las niñas que nunca en querellas
Ultrajaron su amor paternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo
Que derrama el cariño de hermano!
¡Es tan dulce en áspero suelo
Estrechar en la nuestra una mano!

Escuchar este nombre de hermana
Que tan grato resuena al oido,
Que disipa la angustia tirana,
Que mitiga el doliente jemido!

El decir sangre tuya es la mía,
Nuestro ser al ser mismo debemos,
Una mano en el mundo nos guía,
El amor de una madre tenemos!

Respetad ese lazo sagrado
Con que Dios al nacer nos unió:
¡Ai del niño que el nombre injuriado
Del que padre a su padre llamó!

XXVI.

Una madre es la fortuna de su hija.

En 1859 la oficina de las mensajerías nacionales del Rosario presentaba un espectáculo interesante, a lo que dió lugar lo siguiente. Una niña, hija de una pobre mujer que ejercía el oficio de lavandera, volvía de Córdoba al Rosario con una pariente suya, a quien la había confiado su madre.

En la diligencia conoció a un caballero rico, que, encantado de la hermosura, la gracia i amabilidad de la niña, recibió un placer en hablar con ella durante todo el camino. María (este era su

nombre) gustaba a nuestro viajero tanto mas cuanto que era el fiel retrato i la viva imájen de un hijo que había perdido hacia algunos años.

I en efecto, la seínejanza era notable, tenía la misma fisonomía expresiva, las mismas facciones finas i regulares, el mismo modo de mirar dulce i lleno de intelijencia.

Entre tanto el coche había llegado a la oficina; los viajeros saltaron a tierra, i la primera persona que divisó María fué su madre, a quien no había visto hacia seis meses. Correr hacia ella, arrojarse a su cuello i colinarla de caricias, todo esto fué obra de un instante. En cuanto al caballero que durante todo el camino había llenado de atenciones a la niña, se hallaba totalmente olvidado; pero éste no había perdido de vista a aquella, i únicamente se mantuvo a cierta distancia para que pudiese dar libre curso a su ternura filial. Luego, cuando el ardor de sus mutuos abrazos se hubo calmado, acercóse a la madre, i, despues de cumplimentarla por tener una hija tan intelijente, le dijo:

« Señora, he formado el proyecto de hacer dichosas á Ud. i a María, i de asegurar a ambas una posición brillante para el resto de sus días. Poseo un buen caudal; pero ¿qué son las riquezas cuando ningún afecto viene a embellecer la vida? Privado hace mucho tiempo de una esposa a quien adoraba, de un niño que era mi esperanza mas querida, estoi solo, aislado, i arrastro una existencia triste i desgraciada Necesito una persona que se interese por mí, un apoyo para mi vejez, i este apoyo lo encontraré en María: sus preciosas cualidades, la bondad de su corazón i la amabilidad de su carácter no me dejan duda alguna acerca de esto. Permitame Ud., señora, que adopte a su hija; que yo mismo cuide de su educación i que me ocupe de su porvenir. Ya le tengo el afecto de un padre: i si me trasmite Ud. el derecho i autoridad de tal, le aseguro que no tendrá de que arrepentirse: un donativo de seis mil pesos que voi a hacerle inmediatamente, i ademas la seguridad de que

Maria será mi heredera muerto yo, pueden hacer a Uds. mas di-
chosas que lo que son hoy.»

Estas promesas eran muy seductoras para una pobre mujer
que hasta entonces había vivido con escasez, i sin embargo titu-
leaba: porque nunca consiente una madre en separarse de su
hija sin una lucha dolorosa Llorando i no sabiendo
qué partido tomar, interrogaba con la vista a su pariente: ésta
le aconsejaba que admitiese las proposiciones del jeneroso ca-
ballero, i los curiosos que había atraído aquella interesante escena,
unian sus instancias a las suyas, repitiéndole que iba a labrar la
felicidad de su hija.

Conmovida con las súplicas de su pariente i las personas que
le instaban a que aceptase, talvez iba a ceder la madre, cuando
la niña puso fin a su incertidumbre arrojándose a sus brazos,
asidiéndose a ella i no queriendo dejarla, como si su intencion
fuese decirle: «Lejos de ti ¿qué me importan las riquezas?
¡Una madre es la fortuna de su hija!»

Una madre en la vida
Es el emblema
Del amor de los cielos,
Su providencia;
Cáliz bendito,
Que recoje tu llanto,
Llora contigo.

El caballero, vivamente conmovido, fué el primero en retirar
su proposicion; pero queriendo dejar a la amable niña pruebas
de su munificencia, le aseguró una pension por toda su vida de
quinientos pesos anuales, con la cual podrán pasar ella i su ma-
dre dias mas felices i tranquilos.

XXVII.

Carlota.

Carlota, hija del coronel N , era una niña bonita, ama-
ble i cariñosa. Apénas contaba doce años i las gracias de que

la naturaleza la había dotado eran el encanto de sus padres; pero un defecto terrible oscurecía todas sus buenas cualidades. Este defecto era *la indiscrecion*. Apénas oia o veia alguna cosa, al instante la contaba a todos sin reparar a quién, dónde i cuándo hablaba. Así era que todos le temían en la casa, huían de ella, i cuando estaban hablando alguna cosa i la veian acercarse, decian: «*silencio, que hai moros en la costa.*» Carlota se desesperaba i por lo mismo no se corrijo jamas. Sería mui largo el contarnos, queridas mias, todos los disgustos que esperimentó esta niña curiosa e indiscreta; será suficiente que sepais el mas terrible de todos para demostraros cuantas degradias acarrea un defecto que, a primera vista, parece de poca importancia.

El año de 1840 fué para Buenos Aires una época de terror i de sangre. El tirano Rosas que se había hecho Dictador del pais, enviaba al destierro i al suplicio a todos los que suponia sus enemigos. El coronel unitario N., padre de Carlota, fué uno de los proscriptos. Condenado últimamente al cadalso, tuvo tiempo de huir i se escindió en la casa de un jeneroso amigo. Si Carlota hubiese sido discreta, habría podido gozar la satisfaccion de estar al lado de su padre; pero éste, que conocia lo lijera de lengua que era su hija, se privó del placer de estrecharla contra su corazon; i hé aquí, hijas mias, el primer resultado de la indiscrecion, hacer sufrir a un padre.

El coronel N. no quiso tampoco que su hija supiera el sitio en que se hallaba escondido, i esta misma ignorancia despertó en Carlota el deseo de saberlo, no tanto por amor como por satisfacer su maldada curiosidad.

Un dia llegó a su casa un hombre con una carta para su mamá, i Carlota sospechó que era de su padre. Atenta i curiosa, observó que aquel hombre se encerró en el gabinete de su mamá, i corrió a escuchar lo que pasaba adentro.

Con el oido pegado a la cerradura, conteniendo la respiración i sin perder una silaba del emisario, oyó distintamente que su padre se hallaba en casa del jeneral T.

Satisfecha su curiosidad, estaba loca de alegría; pero, incapaz de callar nada, corrió a contárselo a otra niña, hija del jardinero de la casa, haciéndole prometer que no lo diría a nadie.

¡Ai, hijas mías, qué error cometió Carlota! no fieis a nadie vuestros secretos, sino a vuestros padres i a vuestro confesor. *Acordaos de que secreto entre tres no lo es. El secreto es Dios i dos.* ¿Quieres que tu secreto esté bien guardado? Empieza por guardarlo tú misma.

Si Carlota hubiese tenido presente estas máximas, no habría confiado su secreto. La niña del jardinero se lo contó al hijo de un vecino, éste a otro, i de boca en boca llegó a los oídos de un espía que lo puso en conocimiento de la terrible *Sociedad popular Restauradora*.

El coronel fué preso la siguiente noche por una partida de asesinos al mando del famoso Cuiliño.

Carlota se arrepintió de su indiscrecion al contemplar el funesto resultado de su falta, pero ya era tarde.—Su padre fué fusilado en la plaza del Retiro.

Carlota, huérfana, atormentada incesantemente de remordimientos, murió a los tres años consumida por la ictericia; i pocos momentos ántes de espirar, pronunció con voz débil estas amargas palabras: «El mas verdadero arrepentimiento no puede remediar el mal irreparable que he causado ¡funesta curiosidad! funesta indiscrecion! »

Así, queridas mías, recordad siempre la historia de la desgraciada Carlota; tened presente que dicha una vez una palabra, querer recogerla es lo mismo que pretender recobrar en medio de

“Al que descubre un secreto
No lo encuentra tan culpado
Como aquel que siendo suyo
No ha sabido reservarlo.

—
Si tuviéseses encerrado
Tu secreto i en tu pecho,
Por sabio serás juzgado,
Pues has contigo acabado
Hecho que pocos han hecho.

su carrera una bala que ha salido de un fusil. Sed prudentes, hijas mias; no sorprendais jamas conversaciones ajenas, porque muchas veces el que escucha su mal oye.

Recordad esta sabia máxima: *Antes de hablar piensa. Despues atiende a quién, dónde i cuándo hablas.*

Quien quiera bien acertar,
Hablar debe con mesura,
Despues de considerar
Persona, tiempo i lugar,
i materia i coyuntura.

La niña que no ponga
Freno a la lengua,
No temá las desgracias
Que le sucedan:
Pues las palabras
No pueden recojerse
Ya pronunciadas.

XXVIII.

Patriotismo de una señora argentina.

En 1810, habiendo llegado el primer ejército auxiliar de Buenos Aires a un punto de las inmediaciones de Córdoba, en que debía mudar caballos para pasar adelante, se presentó al jeneral en jefe, don Antonio Balearee, con el número suficiente de estos animales, la viuda del maestro de posta, i le dijo: « Señor jeneral, acepte U.S. estos caballos para el servicio de la patria. » Aquel jefe, sabiendo que ellos constituián todo su patrimonio, etojo su desinteres; pero al mismo tiempo le hizo ver que las circunstancias no exijan semejante sacrificio, i dió orden al comisario para que le pagase. « Pues bien, replicó, ya que U.S. no los necesita por ahora, considérelos siempre como propiedad pública; disponga de ellos cuando la salud del país lo exija; yo

los cuidaré mucho con este objeto. Llévelos U.S. hasta donde guste; pero le ruego que no me confunda con la gente mercenaria, i no me agravie ofreciéndome dinero. »

Asombrado de este rasgo de patriotismo, quiso el jeneral persuadirla que sus deberes de madre de familia merecían la preferencia sobre todos los demás. « No, le contestó, *mis bienes, mis hijos, mi persona, todo pertenece a la patria: todo lo debo a ella, i todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad i por su gloria.* » A esta elocuente exposicion de sus bellos sentimientos no había respuesta que dar; se le concedió lo que solicitaba; i al frente de sus peones tuvo ella la satisfaccion de trasportar el ejército gratuitamente hasta la segunda posta. Un testigo de vista, persona de todo crédito, que nos ha favorecido con la relacion de este pasaje, no ha podido, por desgracia, acordarse ni del lugar de residencia, ni del nombre de aquella buena patriota.

XXIX.

La hija de Milton.

Milton, el sublime poeta inglés, ya viejo y ciego, se veía reducido a la mayor indijencia; pero en medio de sus infortunios le quedaban su esposa todavía joven, i tres hijas hermosas como ángeles, que con sus cuidados i sus caricias hacían olvidar su desgracia al ilustre poeta. Jenny, que era la mayor, proveía a las necesidades de la casa, i a fuerza de trabajo i actividad no carecían sus padres de algunas comodidades.

Jenny tocaba divinamente el clavicordio,⁷ talento muy raro en una época en que la música había hecho muy pocos progresos en Inglaterra. Además, se hallaba dotada de cuantas ven-

⁷ Instrumento de cuerdas de alambre.

tajas pueden dar mérito a una jóven: quince años, mucha gracia, lindo rostro, carácter excelente, notable inteligencia, tales eran los dotes de la hija de Milton, a quien sus preciosas cualidades i su extraordinaria habilidad como tocadora de clavicordio habían excitado el interés de algunos miembros de la aristocracia inglesa.

Dos o tres familias de las mas ilustres de Lóndres, le habían confiado la educación musical de sus hijas, entre las cuales se contaba la del duque de Rochester. Heredero este señor de uno de los nombres mas bellos i de una de las mejores fortunas de la Gran Bretaña, parecía que su protección debía ofrecer muchas ventajas a Jenny; pero con todo, la mezquina retribución que le daba el duque no pasaba de dos guineas al mes.

¡Por dos guineas ser esclava todos los días, durante numerosas horas, de las exigencias de dos niñas caprichosas, mui vanas i mui orgullosas; condenarse á empezar veinte veces el mismo fragmento, sin poder obtener algunos minutos de silencio i atención de sus petulantes discípulas! Sin duda convendréis en que es una existencia mui poco digna de envidia.

Iba, pues, todos los meses a recibir de manos del mayordomo del duque de Rochester su corto salario, i lo llevaba a su familia alegre i satisfecha.

Un día el mayordomo, ya viejo i que algunas veces era mui distraído, puso tres guineas en la mano de la jóven, en lugar de las dos que se le debían con arreglo al ajuste que se había hecho.

Ya estaba Jenny en la calle, cuando conoció semejante equivocación. ¿Debía volver atrás, dar parte de aquel error al mayordomo del duque, i devolver lo que había percibido indebidamente?

«¡Por un duro mas o menos, decía la jóven, el duque no será al mas rico ni mas pobre, al paso que mi familia recibirá mucho bien con este pequeño aumento!»

I pensaba con alegría en el placer que podía proporcionar a su padre i a sus hermanitas.

Pero bien pronto tomaron sus reflexiones un giro mas grave i serio : acordóse de los principios de honor y probidad en que había sido educada, i se avergonzó de haber concebido el pensamiento de apropiarse lo que no le pertenecía.

En seguida, los sofismas con que ántes procuró paliar una conducta poco delicada, se presentaron a su mente i permaneció indecisa entre las sujestedes del amor filial i la rectitud de la conciencia. Larga i porfiada fué la lucha; pero al fin salió triunfante la conciencia.

Jenny tomó, pues, el camino del palacio del duque, i aunque saltándosele las lágrimas, puso en la mesa una guinea, diciendo al mayordomo :

« Se ha equivocado vd. dándome tres guineas en vez de dos. » Hecho este gran sacrificio, la jóven se sintió descargada de un peso enorme, i volvió á su casa alegre como de costumbre.

Esta lealtad, esta delicadeza de una jóven de quince años que resiste á las sujestedes de la miseria i tal vez del hambre; que resiste á las inspiraciones mucho mas poderosas de la ternura filial, i solo escucha la voz de su conciencia; esta conducta revela un corazon noble, i nos alegramos de hallar semejante rasgo en la familia de uno de los genios mas brillantes de la Inglaterra.

XXX.

Maria.

Maria nació en Teruel de Francia, i era hija de un jornalero, hombre honrado i laborioso, que cuidaba especialmente de la educación de su familia.

La jóven servía de criada en una casa inmediata, donde tenía algunas gratificaciones.

Supo que su madre, de cincuenta años de adad, se había enfermado, i no podía andar sino con el auxilio de una muleta. Entonces renunció la posición ventajosa que ocupaba, i volvió al lado de su madre para no abandonarla jamás. « *Quiero estar al lado de vd., dijo; servir por servir*, ¿no vale más servir a mi madre que a personas extrañas?

Pronto se enfermó cruelmente el padre i quedó poco menos que ciego. María cuidó de él como había cuidado de la madre; sacrificó sus economías i vendió un terreno pequeño, que con la casita que habitaban, eran su única propiedad. Las personas caritativas socorrian a esta excelente joven cuyo amor filial admiraba a todo el mundo.

El padre murió al cabo de diez años, i María le lloraba amargamente. Un vecino le dijo con este motivo: « Esto ha sido un bien para él i para ti. ¡Sufria tanto! I tú tendrás del mal el menos! »

— Esos que así me hablan, contestó María, creen consolarme, i me causan un gran dolor ¡no saben cuánto amaba yo a mi padre!..... En fin, Dios le ha dado su recompensa, i a mí no me olvidará. »

María quedó sola con su madre; hilaba, hacia otros trabajos i consagraba la mayor parte del tiempo al cuidado de la pobre enferma.

La madre, que hasta entonces podía arrastrarse con el auxilio de la muleta, quedó completamente ciega, i sin que la parálisis le permitiese movimiento alguno: era menester levantarla, sentarla i acostarla. Durante veinte años, María no pasó una sola noche sin levantarse de la cama. Parece cosa increíble los cuidados que prestaba a su madre.

Esta mujer era muy piadosa; así es que pasaba el día entero con el rosario en la mano. La víspera de la Asunción dijo á su hija: « Mañana es día de la Virgen de Agosto, quisiera ir á la iglesia. »

En mejor posición i con mejores medios de transporte, otros

hijos, aun de los mas afectos a sus padres, hubieran objetado la dificultad de llevar a la iglesia una persona tan enferma. Pero María respondió con prontitud: « *¿Quiere Ud. ir a la iglesia? Bien, madre mía, irémos; si, yo acompañaré a Ud.; puede Ud. estar tranquila.* » I tomado su mano, se la besó; porque siempre le hablaba con dulces caricias i las mas tiernas atenciones.

Al dia siguiente, colocó a su madre en una silla i la llevó asi hasta la iglesia, a fuerza de tiempo i de trabajo. La joven tardó en llegar al templo tres cuartos de hora, cuando no distaba de su casa sino minutos.

A la vuelta, que tuvo lugar de la misma manera, María, llena de alegría, dijo: « *Ha rogado Ud. a Dios, madre mía? ¿Está Ud. contenta? ¿No se ha cansado Ud.? ¿no es verdad?* »

Este penoso paseo se repitió despues, siempre que la buena mujer lo deseaba.

María guardaba para si el pan negro que recojía, i compraba pan blanco para su madre, así como leche i otros alimentos. La joven no comía mas que papas.

Un dia le dieron una torta, i al cabo de cierto tiempo aun tenía parte de ella en casa.

Preguntándose la persona que se la dió, cómo no había concluido la torta, contestó:

— *La conservo para mi madre: le doy un pedacito a cada comida, porque le gusta mucho.* »

— ¿I tú no has comido de ella?

— *Sería una maldad quitar una racion a mi pobre madre, a quien le gusta mucho. justo es que haga yo en su obsequio cuanto pueda.*

En medio de la enfermedad, la pobre mujer está tan aseada, se le asiste tan bien, i se le cuida con tal solicitud, que causa admiracion.

Algunas veces se impacienta i se pone de mal humor, de modo

que es difícil complacerla; pero la dulzura i la amabilidad de María no se desmienten nunca. A los que la visitan les dice:

« ¡Ah, si la hubieran conocido Uds. en otro tiempo! ¡era tan buena mujer! ¡ha trabajado tanto para educar a su familia en tiempos tan difíciles! ¡era tan bondadosa y tan buena! ¡Si ahora está de mal humor, despues de tantos años de enfermedad no es culpa suya, sino del sufrimiento! ¡Ah! ¡Dios la recompensará!»

Tambien será grande ante Dios la recompensa de esta buena i escelente hija, tan digna de citarse como modelo.

Del cielo con bien colmado
La bendicion obtendrás,
Si honor y sustento das
A quien la vida te ha dado.

XXXI.

La nietecita Lazarillo.

En los arrabales de Buenos Aires se veia sentada al pie de un árbol una vieja ciega, i a su lado una nietecita que nunca se separaba de ella mas de dos o tres pasos para acercarse a recojer el centavo o 2 reales papel que ofrecía la caridad del transeunte. Yo había visto mas de una vez a estas pobres criaturas sin poner mucha atencion, cuando cierto dia paseándome por aquel sitio con una señora i sus dos hijos, notamos que la vieja ciega tenía a la nietecita entre sus dos brazos, i parecía enseñarle una lección que la niñita repetía con docilidad. Esta lección era interrumpida de cuando en cuando por un beso de la vieja, o por una caricia de la niña. Interesónos este cuadro i nos acercamos.

Buena mujer, preguntó la señora con quien yo iba, ¿es tuya acaso esa niña?

—Es mi nieta, respondió la pobre ciega, es la hermana de

otros cinco niños, el mas pequeño de los cuales solo tiene seis meses.

—¿I qué hacen su padre i su madre?

—Su padre es soldado. la madre da de mamar a su último hijo, i trabaja con la aguja; mas es tan poco lo que gana para una familia tan numerosa. Yo, la vieja abuela, que he perdido la vista hace treinta años, i que ya para nada sirvo, pido limosna para no ser demasiado gravosa. Vea Ud. ahí a mi Luisita que me acompaña, i me guia hace quince meses, aunque todavía no ha cumplido cinco años.

Me parece bien, dijo la señora; mas, ¿cómo puedes ir segura con una niñita tan poco experimentada?

—Mi querida señora, ella cuida de mí mui bien, sin separarse un momento, i jamas, yendo con ella, me ha sucedido novedad alguna. No me he visto en el caso de reprenderla en lo mas mínimo. Cuando la llamo algunas veces, porque creo que se ha apartado de mí, la siento a mi lado que me responde abrazándome.

—¡Pobrecita! mas, ¿sabes que tiene una cara preciosa que anuncia mucha inteligencia?

—Así me han dicho, querida señora mía; pero ai! nunca he visto ni a ella ni a su madre!... Al pronunciar estas dos últimas palabras, dos gruesas lágrimas corrieron de los ojos cerrados de la vieja.

—No la hacías repetir una lección hace poco? instó la señora.

—Sí, la enseñaba a rezar; es todo lo que puedo enseñarle. Pero el año que viene procuraré pasarme sin ella a fin de que pueda ir a la escuela: i en verdad que será esto para mí un gran sacrificio.

Durante esta conversación, los dos niños de mi amiga habían permanecido mudos i los ojos fijos en la nietecita, que nos miraba con buen semblante, risueña i satisfecha. La hija de la señora, toda conmovida, se acercó a su mamá i le dijo al oído mui ba-

jito: mira el vestido roto i los piés descalzos de esa pobre niñita! Si lo permitieseis, con uno de mis trajes de algodón podria hacerle su madre uno mas bueno.

—Lo apruebo, i mañana se lo traerémos con un par de zapatos.

La amable niña saltó de contento i se dió prisa a anunciar esta buena noticia a la nieta de la vieja. Mientras tanto, su hermano había sacado de su bolsillo algunos centavos destinados para comprar juguetes, i se oyeron caer en el vacillo de hojalata de la vieja. Estos beneficios inesperados hicieron que la cara de la nietecita despidiese rayos de alegría, i que se pusiese a recitar sus oraciones con las manos levantadas al cielo como un anjelito.

Nos retiramos, i tomando yo la mano de los dos hijos de mi amiga, les dije:—¿Qué pensais, amigos mios, de lo que acabais de ver? ;Qué existencia la de esta pobre nietecita! ¡Casi desnuda, mantenida con pan duro, privada de todas las dulzuras de la vida, ve frecuentemente en las manos de los niños que pasan por delante de ella, o golosinas, o juguetes que podian escitar sus deseos, que juegan juntos, corren libremente, en tanto que ella no puede separarse de su abuela ciega! Pues, sin embargo, tan niña todavia, se somete a todas esas privaciones, llena todos esos deberes con constancia, con resignacion, con contento, sin que nunca haya que hacerle reconvencion alguna; i lejos de quejarse, de llorar, de impacientarse, al menor beneficio que se le promete, su primer pensamiento es dar gracias a Dios. ;Oh! mis buenos amigos, no olvideis nunca a esta nietecita, i pensad en ella siempre que os veais tentados de formar deseos indiscretos, o de faltar a algunos de vuestros deberes, cuando estais colmados de todos aquellos bienes de que carece esa pobre niña!

XXXII.

Los zapatos de Hortensia, madre de Napoleon III.

Retirada la emperatriz Josefina, esposa de Napoleon I, al palacio de Malmaison, trataba a cuantos se acercaban a ella con tal dulzura i bondad, que sus damas, como jóvenes i curiosas, le rogaron un dia les señalase sus diamantes, de que se hablaba mucho en toda la Francia. Acojiendo la emperatriz con complacencia semejante deseo infantil, mandó pusiesen en medio de la cámara una gran mesa, sobre la cual estendió todas las joyas que contenian sus cofresitos.

Los camaristas abrieron tantos ojos deslumbrados con tantos brillantes i piedras preciosas como realzaban tan ricos adornos; pero la emperatriz, luego que se divirtió un rato con la admiración de las jóvenes, les dijo con seriedad.

—No envidieis este lujo, que en manera alguna constituye la felicidad. Yo aprecio mas un par de zapatos viejos que tengo guardados, que cuantos diamantes encierran mis cofres.

Al oír esto, las camaristas no pudieron disimular la risa, porque creyeron que era una broma. Entonces Josefina repuso:

—No hai que reírse, pues lo repito, el regalo que me ha causado mas placer en toda mi vida es un par de zapatos de cuero, i voi a deciros por qué.

Cuando dejé la Martinica con mi hija Hortensia para venir a Francia, estaba mui lejos de ser rica: el pasaje en el buque que nos trasportaba había consumido la mayor parte de mis recursos, i apénas pude comprar lo indispensable para un viaje tan largo.

Hortensia, vivaracha, alegre, que sabia mui bien las danzas de los negros, i cantaba imitando perfectamente sus cadencias i sus jestos, divertía mucho a los marinos, los cuales no la dejaban, conversando con ella a todas horas. Luego que yo me

dormia, la niña subia al puente, i allí era objeto de la admiracion jeneral, repisiendo sus habilidades con gran satisfaccion de los marinos.

Un contramaestre ya viejo la queria muchísimo, i cuando sus ocupaciones se lo permitian, se solazaba con su amiguita, la cual lo amaba hasta rayar en locura.

A fuerza de correr, bailar i saltar, los zapatos de mi hija se rompieron enteramente; i sabiendo que no tenia otros, a la par que temiendo no la dejara yo subir al puente, me ocultó esta corta desgracia; de suerte que un dia la vi venir con los piés ensangrentados, i le pregunté asustada si estaba herida.

Ella no me respondió.

—¿I esa sangre?

—No es nada mamá, yo te lo aseguro.

Entónces traté de reconocer el mal i descubrí que los zapatos estaban hechos pedazos, i que se había destrozado un pié con un clavo.

Nos hallábamos a la mitad de la travesia, i hasta llegar a Francia no había medio de procurarse un par de zapatos nuevos. Aflijida yo profundamente al considerar el sentimiento que iba a causar a mi pobre Hortensia, obligándola a permanecer en nuestra mezquina habitacion o camarote, no hacia mas que llorar sin encontrar remedio a mi dolor.

En aquel momento llegó nuestro amigo el contramaestre, i se informó con franqueza algo brusca de la causa de nuestros lloriqueos. Hortensia sollozando apresuróse a decirle que no podía subir al puente porque había roto los zapatos, i yo no tenía otros que darle.

—¡Bah! dijo el marino, ¿no es mas que eso? Yo tengo en mi baúl un par, i ahora mismo voi a traerlos. Ud. los arreglará a la forma de los piés de la niña, i yo coseré la cosa la mejor que pueda. Pardiez! navegando es preciso acomodarse a todo, porque los regalos son buenos para tierra. Con tal que haya lo necesario a bordo, lo demas es pedir cotufas.

Sin darnos tiempo a responderle, fué a buscar los zapatos, i nos los presentó con aire de triunfo; habiéndolos aceptado Hortensia con grandes demostraciones de alegría.

Nos pusimos a trabajar, yo cortando i él cosiendo con ardor, i ántes de concluirse la tarde, ya mi hija podia entregarse de nuevo al placer de saltar, bailar i divertir a toda la tripulacion.

Aquel momento fué tan dulce para mí que nunca lo he olvidado. Mi reconocimiento hacia el viejo marino era sincero, i muchas veces me he acusado a mí misma por no haber preguntado el nombre de familia del contramaestre, conocido a bordo únicamente con el nombre de Santiago. Hubiera sido para mí altamente satisfactorio hacer alguna cosa por él luego que la fortuna me fué favorable. »

Este relato, hecho con encantadora modestia i admirable sencillez por una emperatriz, interesó vivamente a sus camaristas quienes se alegraron mucho del deseo que habian tenido de ver los ricos diamantes de Josefina.

XXXIII.

Docilidad, trabajo, conducta en el colejo.

El deber en que estamos de obedecer a nuestros padres, nos impone el de ser dóciles i trabajar i estudiar con celo.

Nuestros padres nos envian al colejo tan pronto como nos hallamos en estado de recibir alguna instruccion, i esto lo hacen por nuestro bien; porque sin instruccion nadie puede prometerse buen éxito en sus empresas: la instruccion por si sola nos prepara para ocupar útil i agradablemente nuestros ratos de ocio, i nos preserva por fin de los malos hábitos a que nos pondria la ociosidad en los días de descanso. La instruccion

es casi tan necesaria como el alimento que nutre i el aire que se respira.

Para que disfrutemos de este beneficio, nos envian nuestros padres al colejo.

A él debemos concurrir con satisfaccion i alegría, porque la niña, aunque joven para comprender las ventajas de la instrucion, sabe que debe hacer la voluntad de sus padres. Esto debe ser motivo suficiente para hacerle inspirar aficion al colejo.

¿Qué debe hacer la niña, que quiera portarse en él de manera que satisfaga los deseos de sus padres?—Hélo aquí.

Debe ir al colejo por el camino mas corto, sin desviarse ni entretenerse. Procurará llegar un poco ántes de la hora señalada, completamente aseada en su persona i vestidos.

Estará en la clase con aire modesto i tranquilo, sin correr ni precipitarse; tomará asiento en su lugar, evitando que sus movimientos desordenen a sus compañeras.

Durante las horas de clase, no debe ocuparse mas que de su instrucion, ni pensar en otra cosa. Escuchará atentamente las esplicaciones de su profesora, procurando sacar provecho de ellas.

Desempeñará, sin distraerse, la tarea que se le señale, i estudiará las lecciones con gusto i fervor.

No debe reírse ni charlar con sus vecinas i ménos permitirse juegos ni burla alguna.

Del mismo modo debe conducirse cuando está léjos de la profesora, como cuando ésta se halle a su vista.

Luego que haya terminado la clase, volverá a casa de sus padres sin separarse del camino que se le ha mandado seguir.

La buena discípula es modesta, pero tiene una confianza noble en su directora. Sino comprende alguna cosa, pide permiso para hablar, i una vez conseguido, espone aquello que le ofrece duda.

No tiene vanidad ni orgullo, porque conoce que son vicios detestables; no se burla de aquellas condiscípulas que no ade-

lantan lo que ella; no se cree superior a ellas, ni habla de los triunfos que consigue.*

Tiene emulacion ** i desea hacer tanto o mas que las otras; pero no es envidiosa: ** cuando ve que sus compañeras le llevan alguna ventaja, no siente las amarguras de la envidia, sino que redobla sus esfuerzos para llegar a igualarlas, cuando no a excederlas.

Es benévolas con sus condiscípulas i no pierde ocasión de darles gusto en todo lo que es honroso i lícito. No habla fuera de clase de las faltas que hayan cometido en ella, de las expresiones que han merecido, ni de los castigos en que incurriesen. Tampoco habla en la clase de lo que han hecho fuera de ella o en la casa paterna: no es murmuradora ni chismosa.

Evita todo motivo de riñas de palabra o de obra. Se divierte i juega amistosamente con todas, cuando ha llegado la hora de hacerlo: mas evita las malas compañías, *** i no contrae amistad

• Nunca delante de muchas
Parecer mas sabia quieras,
Que el hablar con majisterio
Hace a las otras ofensa
I aunque sepas mas que todas,
Será menester que entiendas
Que de ello no has de hacer caso,
Para que bien quista seas;
Que no es sabio el que presume,
Porque yo ser mas quisiera
Con humildad ignorante.
Que entendida con soberbia.

“ Una recta emulacion
Nos guia a la perfección,
Si seguimos con prudencia
Del bien la sagrada ciencia.

“ Es la envidia un roedor,
Que destruye silencioso
La complacencia i reposo
Hasta en la dicha mayor.

*** De las malas compañías
Los halagos seductores

particular sino con las mas virtuosas: huye con cuidado de las niñas malas i aun de las aturdidas, porque el aturdimiento i la irreflección pueden conducir á la desobediencia i a todos los vicios que de ella se originan.

Da buen ejemplo a todas i especialmente a sus amigas: delante de ellas nada dice ni hace que no pueda ser referido a sus respectivos padres.

Respetá i ama a su profesora; recibe con docilidad sus preceptos i consejos, i se muestra reconocida a sus cuidados.

Jamas murmura de su severidad i no pone en duda su imparcialidad i justicia; i si oye que se habla desfavorablemente de ella, la defiende con el celo de una hija i el calor de una amiga.

Observando esta conducta, la niña aprovecha las lecciones de su profesora i es la gloria i alegría de sus padres.

XXXIV.

Emilia.

Emilia era hija de un honrado artesano de París, i ya desde sus primeros años había anunciado una viva inteligencia i una sensibilidad profunda. Una sonrisa de Emilia consolaba a su madre de todas sus penas, i reanimaba el valor abatido de su padre. Fué una época tremenda en la que nació esta niña; la guerra, después de la revolución, continuaba más encarnizada i sangrienta que nunca.

El Consulado comenzaba, i Napoleón pidió al instante su juventud a la Francia. Mientras que los padres estrechaban á los

Venenos son que empónezan
Los más puros corazones.

Detén el paso no sigas
Aquellas que se desbordan,
Sepárate pronto de ellas,
¡No sea que te corrompan!

hijos con dolosos abrazos, ellos se lanzaban contentos para ir contra el enemigo i llenos de ambiciosas esperanzas. La muerte hacia tanto estrago en sus filas, que cada dia eran necesarios nuevos enganches, i llegò el momento en que ni el título de padre i esposo podia esceptuar a nadie del comun destino: en este dia la Francia entera lanzó un jemido de dolor.

El padre de familia, bañando con sus lágrimas el rostro de su hija, la entregó con amarga sonrisa a los cuidados de su esposa querida.

«Adios, adios para siempre», esclamó al partir; i esta despedida le costó la vida a su esposa, porque a poco meses Emilia ya no tenía madre.

En los primeros días, algunos amigos de familia se habían encargado de ella, hasta que cierto dia un coche había parado delante de la casa de sus nuevos padres, una señora se había presentado, les había dicho unas pocas palabras, i se la había llevado al colegio de la *Legion de honor*, en San-Dionisio.

Ciertamente que si la igualdad debía reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas que todas recibían la misma educación, pudiendo todas considerarse como huérfanas, pues que la muerte les arrebataba cada dia, a la una un parente, a la otra un hermano adorado. Mas ¡ai! el necio orgullo con su séquito de distinciones sociales había sabido introducirse en aquel asilo, i la hija del jeneral acogía con desdenosa sonrisa o mirada de protección a la hija del coronel; mientras que ésta apenás se dignaba hablar a la hija del oficial, figurándose cada una de ellas que la modestia i humildad son virtudes buenas.....para los pobres no mas. Así, en las horas de recreo se formaban grupos de las señoritas de un mismo rango, i allí trataban hasta de batallas i conquistas, porque el furor hélico había tambien invadido aquella pacífica morada. Otras veces hablaban de su dinero, de su familia, i del brillante porvenir que les esperaba en el mundo.

Entre tanto la pobre Emilia se paseaba sola en los jardines del colegio, porque estaba sola, sin familia, sin rango que espe-

rar. Buscaba en el estudio una distraccion a sus penas, i gracias a un trabajo obstinado, conquistó entre sus compañeras un puesto que no debia ni a la casualidad del nacimiento, ni a ninguna cosa accidental. Numerosos premios la recompensaban cada año de su celo incansable. La directora del establecimiento la queria como hija propia, sintiendo interiormente la fatalidad que parecia perseguir a un ser tan débil i tan digno de una suerte feliz. Formáronse un dia grupos mas numerosos i mas animados que de costumbre; las conversaciones eran mas vivas, i todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexion penosa venia de vez en cuando a entristecer a algunas de aquellas jóvenes; pero era un relámpago que desaparecia pronto, seguido de locas esclamaciones i gritos de júbilo. Las pensionistas estaban entreteniéndose con los sucesos del dia, cuando una de ellas llegó corriendo mui azorada.

—«¿No sabies la noticia?» esclamó desde lejos, asi que la pudieron oír. «Un jeneral está en el locutorio; sí, un jeneral nombrado en el campo de batalla. Yo no he podido saber su nombre; pero viene comisionado para traer las banderas tomadas a los rusos, i ha pasado a ver a una de nosotras.» ¡Oh! ¡cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Esperaban todas que seria un parente o un amigo, i se acercaron con ansiedad hacia la puerta, para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Una sola se retiró mui triste, i ésta era Emilia. Volvió a abrir su libro para disipar la melancolia que la oprimia; mas en vano procuraba contrarrestar su atencion en la página abierta delante de sus ojos, porque su espíritu estaba lejos de allí, creia ver a su desdichado padre, oír de su boca aquella triste despedida: *Adios para siempre.....*«Verdad es, decia, su despedida debia ser eterna».....i esta idea casi la desesperaba.

En esto sintió pasos precipitados, i escuchó.....Es hacia su habitacion a donde se dirijen.

«Niña, preguntan por ti en el locutorio, dijo una voz.»

¡Por mí!.....Se levanta pálida y trémula, mas con la espe-

ranza en el fondo del corazon, vuela al locutorio; pero madama Campan, la directora de la casa, le sale al encuentro, i le dice profundamente conmovida: «Hija mia, si vuestro padre a quien creeis muerto, no lo estuviese.....Si viniera.....Si se hallase ahora en el.....

— ¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡Oh! por favor, señora, no me engañéis, yo me moria!..... ¡¿a dónde está mi padre? Yo quiero verle, abrazarle.....¡Hace tantos años que me falta este consuelo!.....Al decir estas palabras, se le presenta un oficial con un brillante uniforme de jeneral, i su pecho cubierto de cruces i medallas. Emilia retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose á creer en tanta dicha.

Este solo instante hizo olvidar á la hija del soldado quince años de dolores i de lágrimas.

La Providencia parece que quiso premiar la humildad de Emilia i la resignacion con que habia sufrido tanto tiempo el arrogante desden de sus compañeras, cuja soberbia i necio orgullo fueron bastante mortificados con tan inesperado suceso.

XXXV.

Obligaciones de las niñas para con sus profesoras.

Las personas que os enseñan son, niñas mias, como unos segundos padres que cuidan de alimentar vuestro espíritu, de perfeccionarlo i de embellecerlo, haciendoos útiles á vosotras mismas i a los demás. Honradlas por los muchos beneficios que en vosotras derraman.

A vuestra edad, el corazon es como un pedazo de blanda cera en que se puede grabar así lo bueno como lo malo, tanto lo hermoso como lo feo. Vuestras profesoras son las que imprimen en él los buenos sentimientos, las que, por decirlo así, engarzan en el mismo, como diamantes en un collar, las virtudes, las que

lo ennoblecen, las que lo purifican, las que lo vuelven hermoso. Ellas son las que graban en él esa belleza mas duradera que la del rostro i que hace estimar mas que ella. Ellas son las que al pasar por el borde de un precipicio cubierto de flores, os dan la mano para que no caigais en él. Ellas son, en fin, las que ponen en vuestras manos la antorcha que debe iluminaros cuando algun dia marcheis solas o tengais que guiar a otras por el sendero de la vida. Pensad, pues, si tantos i tan grandes favores merecen ser agradecidos i recompensados con el amor, la aplicacion i el respeto.

Los pajaritos que alimentais en vuestras casas cantan mas, i os acarician i festejan con mas ternura cuando los cuidais con mayor esmero. Aprended, pues, vosotras de los pajaritos.

Las rosas crecen mas lozanas i tienen mas perfumes para la mano que las cuida i riega. Imitad, pues, a las rosas.

En vuestra tierna edad en que no se conoce bien aun el motivo porque se obra con vosotras de esta o de aquella manera, se mira jeneralmente con cierto desaire a las personas que nos educan, porque se ven a veces en la triste precision de castigar. Este es un error en que no quisiera que incurrieseis vosotras, porque destruye en gran parte o cuando menos retarda los efectos de la educacion. No estimar a las profesoras porque os corrijen i contrarián en ciertos casos, es lo mismo que si una niña, estando enferma, aborreciese al medico porque se ve obligado a darle bebidas amargas para volverle la salud.*

Cuando seais mayores i os podais presentar en el mundo con la educacion ya terminada, conocereis mejor los buenos resultados de las reprensiones de vuestras directoras i las bendecireis por ellas. Entónces comprendereis cuánto os amaban i se

* El que tus faltas reprende
A tu bien futuro atiende.

—
Ama i presta tu atencion
Al que te diere instrucion.

interesaban por vosotras en el instante mismo en que os imponian algun castigo. Entonces conocereis con cuánto sentimiento lo hacian, i que padecian mas ellas por vuestras faltas que vosotras por tener que sufrir sus correcciones.

Jeneralmente os parece que querriais mas a vuestras profesoras si os tratasen con mas cariño o fuesen ménos severas; mas jai de vosotras si asi lo hiciesen! Entregadas entonces a vosotras mismas, como ciegos sin guías, i no reconociendo mas norma que vuestros caprichos, que renovariais a cada minuto, i que no podriais satisfacer las mas veces, os haríais insufribles a los demas, i os encontrariais al entrar en el mundo sin haber aprendido nada, con un carácter indócil i exigente, i siendo objeto de escarnio i de desprecio para las personas bien educadas.

Vuestras profesoras, especialmente si sois buenas i estudiadas, os aman como a hijas: amadlas vosotras como a madres.

¡Es tan poco lo que exijen de vosotras en comparacion de lo que os dan! Créense mas que recompensadas con un poco de amor, de respeto i sobre todo de aplicacion; i una vez que es tan fácil a vuestro tierno corazon amar, que os sienta tan bien el respeto i que la aplicacion produce tan buenos resultados i que os embellece tanto, ¿cuál de vosotras dejará de complacer a sus profesoras, de recompensarlas por el interés que se toman? No lo sospecho, niñas mías, de ninguna de vosotras, pues creo que posceis un buen corazon i que sabreis cumplir con vuestros deberes.

¡Que la lectura de la siguiente poesía sirva para conservar en vuestro tierno pecho los sentimientos que he procuraro inspiraros en esta lección!

El ave paga con cantos
I con juegos i caricias
Al que tierno la alimenta
I que la cuida i la mimá.
La flor con mas rico aroma
I con hojas mui mas lindas

Recompensa al jardinero
Sus desvelos i fatigas;
Así vosotras tambien,
Cual la flor i el ave, oh niñas,
Sed con vuestras profesoras
Dóciles i agradecidas.
Ellas son como una antorcha
Que en las tinieblas os guian;
Ellas os tienden la mano
Al caminar entre espinas,
I ai! de la que las desprecia
I no las respefa alliva,
Pues le faltará la antorcha
En el medio de la vía,
Ni tendrá quien la sostenga
Del precipicio en la orilla!
No permita Dios que nunca
Tales seaís, niñas mías;
Honrad vuestras profesoras,
Dóciles i agradecidas,
I cual el ave y la flor
Sereís belleza ricas,
I amadas sereís de todos
Cual la flor i el ave, oh niñas.

XXXVI.

Temor filial, sumision, obediencia.

Pues que amamos a nuestros padres, debemos temer disgustarlos, es decir, debemos temerlos.

Temer a nuestros padres es evitar con cuidado todo lo que puede causarles disgusto, es arreglar nuestras acciones i palabras de manera que sean siempre dignas de su aprobacion.

Así, el temor de la hija no es el temor de la esclava. La esclava teme el castigo que puede imponerle su señor; i la hija teme el descontento que puede causar a sus padres.

En esto consiste el temor filial: este temor no solo se concilia perfectamente con el amor i la ternura, sino que es inseparable de ellos, porque la que ama sinceramente a sus padres, tiembla afijirlos.

Si nuestros padres son demasiado indulgentes con nosotras, no debemos abusar de su induljencia; i si están dispuestos a dispensar nuestras faltas, no debemos por esto dejar de temerlos. Por el contrario, la demasiada induljencia, que proviene de su gran bondad, debe ser para nosotras un nuevo motivo para evitar todo lo que pueda causarles disgusto.

Es menester por tanto ser sumisas.

Ser sumisas a los padres es conformarse a su voluntad sin murmurar, ántes bien con placer.

La niña debe oír i sufrir con docilidad i ternura cuanto viene de sus padres: consejos, exhortaciones, advertencias, reprensiones i castigos.

La severidad de los padres para con sus hijas es una prueba de su amor, están encargados de dirijirlas por el buen camino: este es un deber i un derecho suyo. La naturaleza, la patria i la religión, les imponen ese deber; justo es, pues, someterse sin reserva a su voluntad.

Es preciso oír sus reprensiones con corazon dócil; no diré sin orgullo e insolencia, porque es evidente que la hija que se mostrase orgullosa e insolente para con sus padres, sería digna del mas profundo desprecio i del mas severo castigo.

No debe responderse a las reprensiones sino con la sincera promesa de no volver a merecerlas. Es menester en esta parte una resolución firme i duradera. No basta decir: «no lo haré mas», sino no hacerlo.

Los padres se ven frecuentemente obligados a castigar a sus hijas. Cuando las castigan lo hacen por su bien i por efecto de la ternura de que están animados. Si no emplean todos los medios que están en su poder para corregirlas, será una prueba que no las aman como deben. La niña, pues, a quien castigan sus

padres, no debe buscar medios como sustraerse del castigo; no debe irritarse contra ellos, ni dudar de su ternura, sino que debe ver en el castigo una nueva prueba de amor, i recibirlo con resignacion i con resolucion firme de no hacerse acreedora a él otra vez.

El castigo no debe aflijir a la niña por la pena que le causa, sino por el disgusto que ha producido a sus padres, i el dolor que experimentan cuando se ven precisados a castigarla.

Debe hacer todos los esfuerzos posibles por ahorrarles este dolor; i cuando por desgracia no lo ha conseguido, i los padres la castigan por su bien, debe dar las gracias como de un nuevo beneficio.

La niña que teme a sus padres i que les está siempre sumisa, ya es obediente, es decir, que ejecuta todo lo que sus padres le ordenan, i que evita todo lo que le prohíben.

No basta obedecer exactamente; es preciso obedecer con gusto, es decir, no basta someterse a los mandatos de los padres con repugnancia, sino que deben considerarse como buenos; justos i sabios, i conformarse a ellos con placer. Porque los padres en sus mandatos i prohibiciones obran por la ternura que nos profesan i por nuestro interés bien entendido.*

Como debemos tener una satisfacción en la obediencia a nuestros padres, debemos manifestar esta satisfacción por la prontitud i buena voluntad con que ejecutemos lo que se nos prescribe.

La niña que ejecuta lentamente lo que se le manda, que obliga a repetir dos o tres veces las órdenes que se le dan, i que manifiesta mal humor al cumplirlas, es un ser muy desagradable: da motivo a dudar que tiene buen corazón.

La obediencia debe ser completa, es decir, debe obedecer a los padres en todo i por todo, lo mismo en las cosas ligeras que

* Los mandatos de tus padres
Obedece con placer:
Su voluntad sea tu guía,
Pues solo anhelan tu bien.

en las importantes, excepto en lo que se opone á la lei de Dios. Porque, propiamente hablando, no hai desobediencia ligera. La desobediencia es un gran mal por si misma cuando es reflexiva, i siempre es culpable por poco importante que sea el objeto; solo tiene escusa cuando procede de olvido o descuido.

Pero el olvido i el descuido son una falta que debemos tambien evitar. La desobediencia acarrea á la niña consecuencias funestas. No puede juzgar bien de las cosas; no sabe lo que es bueno o malo, ni lo que es útil o peligroso; no sabe prever las consecuencias de sus acciones. Los padres, por el contrario, tienen prudencia i razon; saben lo que puede serles útil o nocivo en el presente i en el porvenir. Conocen las consecuencias buenas o malas de lo que hacen. A ellos toca dirijirlas constantemente; a ella someterse a sus órdenes sin reserva i sin pedir esplicaciones. Ellos no deben darle esta esplicacion, porque ella no la comprenderia.

Siempre que los padres ordenan o prohíben alguna cosa a sus hijas, lo hacen por el bien de éstas, que deben persuadirse que es un mal lo que se les prohíbe, aunque no lo comprendan, i deben abstenerse de ejecutarlo con religioso cuidado.

Hai niñas que sin desobedecer directamente inventan excusas para no conformarse a la voluntad de sus padres. Esto es lo que se llama *eludir* una orden o una prohibicion. Guardemosnos bien de estas indignas excusas, porque pueden acostumbrarnos al disimulo i a la hipocresia, que son vicios ociosos.

Obedezcamos siempre franca, completa i alegremente. Así quedará nuestra conciencia tranquila i evitarémos los innumerables males que trae consigo infaliblemente la desobediencia.

Sigamos constantemente
Los paternales consejos,
Sin querer en nuestro orgullo
Sobreponernos a ellos.

Los que nos han sustentado
Con tanto amor i desvelo,

¿No deberán, por ventura,
Correjir nuestros defectos?

¿Quién mejor podrá espliarnos
De la vida los tropiezos?
¿No es siempre el bien de los hijos
Su mas constante deseo?

XXXVII.

La primera comunión.

Era el dia 28 de Mayo: hacia un año dia por dia que la señora de C. había dejado su quinta; i los baúles, las maletas i las cajas obstruian el patio i anuncian el próximo regreso. Sin embargo, todo estaba en calma i tranquilo. ¡I por qué? por la hora avanzada en que esto sucedia.

Solo en la extremidad del patio brillaba una luz. ¿Quién velaba allí todavía? No era ciertamente el cuidador o la cuidadora, puesto que estaban en un profundo sueño, ni los criados de la señora C., ni la señora misma, puesto que no debia llegar hasta el dia siguiente. ¿Quién era, pues? Rosa, la joven Rosa que velaba sola en un cuarto bien separado de los demás. ¡I no tenia miedo i estaba tranquila, muy tranquila, hasta parecia contenta! ¡I por qué? porque se hallaba en paz con su conciencia; porque estaba segura que Dios velaba por ella; porque estaba próxima, en fin, a su primera comunión; i ocupada en este serio acto i en las dulces exhortaciones que un buen cura le hiciera, ningun otro pensamiento le asaltaba.

El dia siguiente era, pues, el gran dia para esta piadosa niña; dia que debia recordar toda su vida, dia de completa felicidad, dia único; i para participar de la alegría de su querida ahijada, la señora de C. debia llegar tambien en aquel dia.

Pero ¿qué hacia Rosa en una hora tan avanzada de la noche?

Oraba, sí, i sentada al lado de una mesa, con la cabeza apoyada en una de sus manos, miraba atentamente un papel. Dulces lágrimas corrían por sus mejillas; pero su fisonomía parecía serena i su aire revelaba felicidad. Sí, Rosa era verdaderamente feliz; las lágrimas que inundaban su rostro manifestaban esta misma felicidad, porque eran lágrimas de alegría. Talvez alguna de las niñas que esto leyeren experimentarán algun dia la misma emocion, i entonces juzgarán mejor la que experimentaba Rosa en el momento a que nos referimos.

En efecto, el papel que tenia en la mano era carta de su madrina, carta tierna, en la cual la señora de C. le daba todos los consejos de una buena madre, i la exhortaba a que conservase siempre aquella pureza de conciencia, aquella paz del alma que Dios solo puede dar. Decíale tambien cuán satisfecha se hallaba de su conducta hasta aquel dia, cuánto la amaba i cuán contenta estaba de ser su madrina. Rosa acababa de leer esta carta i por eso estaba tan commovida, por eso dulces lágrimas surcaban sus mejillas.

Pero en aquel momento dejó la mesa en que se hallaba i se propuso acostarse. Dejemos a esta dichosa niña dirijir aun al cielo la última plegaria; dejémosla dormir tranquilamente i no turbemos los suaves ensueños de una alma inocente hasta la mañana del próximo dia!.....;mañana, dia de gozo i de felicidad!.....;mañana, el dia mas feliz de su vida!

¡I cuán hermoso es en efecto el dia de la primera comunión! ¡Cuán feliz es la niña que por la vez primera ocupa un lugar en el banquete de los ángeles! ¡I qué noble altivez revela el rostro de la madre que conduce a su hija querida a tan delicioso banquete!

Ayer aun esta preciosa niña pasaba como desapercibida en la casa; hoy su presencia impone recogimiento i hasta respeto. Ayer, tímida niña, imploraba de rodillas la bendicion de sus padres; hoy virgen pura i radiante, parece les trae en cambio una porcion de las divinas gracias de que está inundada su alma.

Tocaba Rosa este momento de felicidad. El sonido de las campanas que anuncianaban la augusta solemnidad, habiale despertado mui de mañana. Prosternada, escuchaba con religioso silencio estos sonidos precursores de la augusta ceremonia que le esperaba.

Cuando la señora de C. entró para vestirla, la encontró aun en este suave recojimiento. Dejóse la niña adornar por su buena madrina, que la miraba con el orgullo de una madre. ¡Cuán hermosa parecía entonces Rosa! La serenidad de su alma reflejaba en su semblante, i hacia aun mas atractiva su amable fisonomía.

Concluido su tocado, i luego que sus parientes i amigas estuvieron reunidos a su alrededor, luego que hubo recibido su bendicion, i despues de levantar aun su alma a Dios, marchó acompañaba de cuanto le era caro en el mundo. La elegante sencillez de sus vestidos atraia todas sus miradas; la modestia de su continente, la calma i dulzura de su fisonomía le proporcionaban por todas partes sinceros elogios.

Rosa, sin embargo, que había separado su vista del espejo, temerosa de que un ligero sentimiento de orgullo viniese a alterar su inocencia, no oía tampoco estos elogios: el lenguaje de la tierra se le había hecho extraño, i solo comprendia el de los ángeles que residian en el cielo. Con tan bellas disposiciones llegó a la iglesia, i al arrodillarse delante del altar se creía aun en su cuartito. Solo cuando el *Veni Creator* resonó en sus oídos, i cuando todas sus compañeras la rodeaban, salió del éxtasis en que se hallaba. Pero el momento solemne había llegado: todas las virgenes con los ojos bajos, las manos juntas i el continente modesto, se dirijian con paso timido hacia la santa mesa donde iban a recibir a su Dios. Rosa marchaba la primera: la primera tomó parte en el banquete sagrado; la primera se vió iniciada en las alegrías celestes.

Un profundo silencio sucedió a este solemne acto, terminado el cual, santos cánticos se alzaron en el templo i anunciaron a

todos los asistentes que el Salvador del mundo había bajado aun otra vez a la tierra. Rosa acababa de recibir a su Dios.

Lo que entonces pasó por su alma no puede pintarse con el lenguaje de los hombres. Esta pura i dulce intimidad de la criatura con su Criador no se explica, se siente.

¡Todos debemos haber conocido esta sublime felicidad! ¡Desgraciado de aquel que no haya sabido comprenderla!

¡Qué consuelo, qué alegría,
Venir Dios a visitarme;
Venir en persona a honrarme
Por su amor i su bondad!

¡Ai, Jesus, mi dulce dueño!
Ven, mi amor i mi consuelo;
Ven, mi gloria, ven mi cielo;
Ven en mi alma a descansar!

Yo te adoro i te venero,
Rei augusto i soberano,
Que por un prodigio raro
Has venido en mi a habitar.

De mi corazon las llaves,
I de mi alma te presento;
Recibelas, dulce dueño,
Te juro fidelidad.

XXXVIII.

Primeras impresiones falsas de la niñez.

Las falsas nociones de las cosas, las preocupaciones germinan con estremada facilidad en el cerebro de las niñas, i las mas locas supersticiones, las opiniones mas absurdas se graban en ellas como en blanda cera, dejando tan duraderas i permanentes impresiones que no se borran sus huellas aun despues de haber entrado en la edad de la razon.

Entra en el plan que nos hemos propuesto en este opúsculo el establecer ideas exactas i verdaderas sobre todas las cosas, aun cuando parezca extraordinario el que queramos comunicarlas tales a lectoras niñas.

La mayor parte de estas vienen a los colegios con la cabeza atestada de cuentos con que sus amas, madres o abuelitas las entretenian para dormirlas, o con que criados ignorantes procuraban distraerlas.

Cuando la jóven perfectamente ilustrada por sábios consejos i buenos estudios llega a reirse con lástima i desprecio al recuerdo de las necesidades con que la dormian cuando niña, ya algunas veces ha contraido sin saberlo una especie de commocion nerviosa en su imajinacion, que debilita la rectitud de su juicio, atenúa su fuerza moral i le inspira, a pesar de su buen sentido, una especie de pusilanimidad, que le cuesta mucho vencer despues en la adolescencia.

¿Cuál es la niña en cuyos oídos no han resonado por primeros acentos las absurdas palabras de las amas i criados, asustando su tierna imajinacion con necios terrores i supersticiones?—El terror es el medio de que ordinariamente se valen con las inocentes criaturas aun ántes de que sus débiles miembros tengan fuerza para sostenerlas.....

¡Si haces eso, llamo al cuco i te llevará! ¡Los duendes, las brujas vienen!.....según la naturaleza de supersticion de moda en cada lugar. No es esto solo: apénas las niñas saben leer, les enseñan cuentos de brujos, de májicos, etc.

En fin, llega la niña a los diez o doce años, i como estas falsas impresiones se han fortificado por la edad, afirmándolas los menores accidentes, se hallan sujetas a infundados i continuos temores.

Así, vemos muchos niños de ambos sexos que por adelantada que se halle su razon, i a pesar de tener cerca de doce años no se atreven a acostarse solos en un cuarto apartado, ni acierran a dormirse sin luz, ni entrar en un cuarto a oscuras.

لهم إني أنت عبدي
أنت ملائكتي وملائكتك
أنت ملائكتي وملائكتك

la parte de afuera del castillo, se atreve a vivir cerca de él; porque adentro se aparecen por la noche fantasmas que maltratan a los vivos. El caballero, que no era miedoso, respondió al aldeano: yo no me espanto de duendes o fantasmas, soi mas malo que ellos, i para hacérte lo ver, quiero que mis sirvientes se queden en el lugar i dormir yo solo en el castillo. Su intencion era, sin embargo, no acostarse; porque había oido siempre hablar de apariciones de muertos i deseaba verlos. Mandó encender una buena lumbre; tomó pipa i tabaco i dos botellas de vino i puso sobre la mesa cuatro pistolas cargadas. A media noche oyó un gran ruido de cadenas i vió aparecer un hombre de una estatura mucho mas alla que la ordinaria, que le hacia señas para que fuese hacia él. El caballero se puso dos pistolas en el cinto, una en la faltriquera i, tomando la última en la mano derecha, asió la luz con la izquierda. En esta disposicion siguió al fantasma, que bajó por la escalera, atravesó el patio i se entró por un pasadizo; pero habiendo llegado el caballero a la estreñidad de él, le faltó de repente la tierra debajo de sus piés i cayó en un hoyo. Conoció entonces el desacuerdo que había cometido, pues por la hendidura del tabique desunido que lo separaba de una caverna, vió que había caido, no en poder de los espíritus, sino de una docena de hombres que a la sazon tenían sus conferencias sobre si le debían matar o no; i por sus razonamientos conoció que eran monederos falsos. El caballero, viéndose como ratón en trampa, levantó la voz i pidió a aquellos hombres licencia para hablar, i habiéndosela concedido les dijo: «Señores, el haber venido aquí os hace ver que soi intrépido; pero al mismo tiempo os manifiesto que soi hombre de honor, pues no ignorais que un picaro por lo regular es cobarde. Os doi palabra de guardar secreto este suceso i os lo prometo por mi honor: no cometáis un crimen matando a un hombre que jamas ha tenido la intencion de haceros mal. Por otra parte, considerad las consecuencias de mi muerte; yo llevo conmigo cartas de importancia que debo entregar al rei en mano propia, i tengo en ese

logarejo cuatro sirvientes: creed que se harán tantas diligencias para averiguar lo que ha sido de mí que al fin se descubrirá.» Estos hombres, habiéndole escuchado, decidieron que era forzoso fiarse de su palabra i le dejaron ir, despues de haberle hecho prometer con la mayor formalidad que contaría cosas asombrosas de aquel castillo. Efectivamente, al otro dia dijo que había visto en él cosas capaces de hacer morir de espanto a un hombre, i Uds. bien comprenden que no mentía. Hé aquí una historia de muertos aparecidos bien trámada, i de la que nadie osaría dudar despues de haberla confirmado, en cierto modo, un hombre de esta clase. Tales es el origen de esas maravillosas historias que causan tanto terror a las niñas, aun cuando parezcan las mas ciertas; pues si se examinan con atencion, se encontrará que la malicia o la debilidad de los hombres han fomentado estos cuentos.»

XXXIX.

Varios efectos de la buena o mala conducta.

El que ha vivido mucho, ha tenido mucho tiempo de observar; i me complazco en comunicar mis reflexiones a las jóvenes. Sé muy bien que la experiencia ajena muchas veces es insuficiente para guiar a las jóvenes que no tienen ninguna; con todo, frecuentemente el escuchar las lecciones de personas ancianas, hace evitar grandes faltas, ahorra desgracias, lágrimas, i muchas veces un tardio arrepentimiento.

Conoci dos jóvenes hermanas nacidas en un mismo pueblo, i que entraron a servir a un mismo tiempo: la suerte muy diferente de dos personas tan enteramente iguales por nacimiento, manifiesta los males que scarrea una mala conducta, i prueba que la virtud por sí sola puede conducir a la fortuna, sin necesidad de acontecimientos romancescos. La historieta verda-

dera que vais a leer, queridas niñas, pondrá fin á esta parte, escrita únicamente con el deseo de que os sea útil. Si los consejos que encierra pueden hacer que nazcan en vuestros corazones los principios de virtud, i prepararos una existencia feliz, mis afanes habrán recibido la mas agradable recompensa.

LA VIEJA DE LA CAPILLA.

Mui cerca de Versalles, en el paraje en que la montaña de Picardía se hace ménos rápida, había antes de la revolucion de Francia, una pequeña capilla de la Virjen, al cuidado de una vieja encargada de adornarla con flores i de encender los cirios, los cuales vendia tambien a las jóvenes piadosas que acudian á invocar el apoyo de su protectora, i recibia las limosnas en un pequeño vaso de lata que presentaba a los pasajeros. Muchas veces yo misma en mi feliz juventud puse algunas monedas en dicho vaso. Mi aya me hacia acompanar la limosna con una buena reverencia, porqne mi madre le había encargado mucho, no solo que me hiciese dar limosna a los pobres, sino que me acostumbrase a reverenciar a los ancianos.

Mi abuela pasaba el verano en su casa de campo de Ville-d'Avray, i nuestros paseos siempre iban a parar a la capilla de la Virjen, cuya vieja muchas veces me daba rosas i claveles a que era yo mui aficionada.

Un dia no la hallé en su puesto, la crei muerta, i las lágrimas asomaron a mis ojos. Pregunté por ella a la mujer que la había reemplazado, i me respondió: «No lloreis por la madre Fremont, hermosa señorita; vaya ella es mui feliz, i se ha marchado de aquí en elegante coche.....Pero es una historia tan larga, que no sabria contárosla. Mirad, dijo a mi aya, el señor cura va seguramente a casa de vuestros padres: él la sabe mui bien. Decidle que os la cuente.

De vuelta a casa, hallé al señor cura a punto de hacer su partida con mi abuela, pues ya estaba desenvolviendo la baraja. Co-

nocia yo cuán complaciente era conmigo, i así le rogué, lo mismo que a mi abuela, que dejases el juego para el otro dia, i que nos contase la historia de la vieja que habíamos echado ménos en la capilla, i que, segun decian, se habian marchado en un elegante coche.

—Con mucho gusto, me respondió el cura, pero id por vuestras hermanitas, i si madama lo permite, añadió dirigiéndose a mi abuela, haced que entren en el salon vuestra aya, la cocinera, i las dos hijas del jardinero, pues son parroquianas mias lo mismo que vos, i deseo que oigan la narracion de una historia que puede serles útil.

A tan laudable deseo, siguió la órden de mi abuela que obedeciese al señor cura, i al instante corri por toda la casa a reunir aquel pequeño auditorio, que se sentó formando un círculo al rededor del señor cura.

—La madre Fremont, dijo él, vivía hace veinte años en el pueblo de Chenet, junto a Versalles, donde era yo cura entonces. Viuda con dos hijas, gozaba de gran comodidad. Su casa era de las mas lindas del pueblo: un bello corral, seis vacas i muchas aves le daban el aspecto de una chacra. Todas las mañanas hacia vender la leche en Versalles, i su gran ganancia consistia en que la buena madre Fremont no tenia que gastar dinero en la compra de alfalfa, cebada i avena para las aves i gallinas, pues poseia mui cerca del pueblo tres fanegas de escelente tierra.

Aquella buena mujer tenia dos hijas: la una de diez años i la otra de once: eran sumamente bonitas, i es de advertir que la misma madre Fremont, a pesar de su edad avanzada, conservaba aun facciones mui agradables. Conoci, pues, a la buena vieja tan feliz como pudiera desear, i cuando por un resto de amor propio que yo le reprendia con mucha frecuencia, pero que perdonaba a la flaqueza humana, presentaba su vaso de lata diciendo: *Mi buen señor, mi buena señora, yo he vivido mejores días!*decía la verdad. Vais a oir cómo le sobrevinieron las desgracias.

Desde muchos años un cuñado de su marido pretendia que tres fanegas de los bienes de la viuda Fremont correspondian a su consorte por derecho de sucesion, fundado en una cláusula del testamento del abuelo que daba márgen a sotilezas, i que mui injustamente hizo perder a la pobre mujer la mitad de su hacienda. Para decidir la cuestión, se siguió un largo pleito, las costas fueron considerables, i el resto de las tierras de la viuda se vendió para pagar las deudas que se había visto precisada a contraer, con la esperanza de salvar el patrimonio de sus hijas.

Una de las vacas murió, ella vendió las otras, i poco después la casa, que no hubiera podido hacer reparar, i que cada día bajaba de valor. Una casa en el campo i sin tierras vale mui poco, i así fácilmente entendereis como la buena mujer se vió sumida en la miseria. Sus dos hijas venían con frecuencia a mis explicaciones del catecismo. La desgracia i virtudes de sus padres interesaban a todos los vecinos; yo les dedicaba cuidados especiales, pues su hermosura i su miseria me hacían temer que mas tarde cayesen en los lazos de los corruptores de la juventud. La mayor, a los trece años, hizo su primera comunión. Era morena, de ojos mui negros i tez brillante. La menor era rubia, i de un género de belleza distinto del de su hermana, pero que no llamaba menos la atención.

Mas ¡ai! cuánta diferencia había entre las dos niñas por lo tocante a disposiciones del alma i del corazón!

En aquella época tan importante de su primera comunión, estuve mui satisfecho de la mayor; pero la menor, que tenía un año menos, i a la cual creí, sin embargo, deber conceder al mismo tiempo la dicha de aquel gran día, fué el objeto de una edificación jeneral. Yo había observado durante mis explicaciones, que el ruido de que a veces tenía que quejarme, salía del lado en que se colocaba Juanita, la mayor de las dos hermanas, i que Teresa, la menor, se quedaba siempre lejos de su hermana junto a las niñas mas quietas i devotas.

Supe por informes de toda confianza, que todos los domingos, las dos hermanas, por efecto de la diferencia que habia en sus jénios e inclinaciones, pedian licencia a su madre, la una para ir con algunas compañeras devotas a visitar la capilla de la Virgen de Ville d'Avray, i la otra para ir con sus amigas al baile o a las fiestas de las oldeas vecinas. La buena madre Fremont no dejaba de reprender a Juanita por su afición a los placeres i por el poco interes que se tomaba en las desgracias de la familia ; i le citaba a la hermana como un ejemplo que debia seguir..... A los malos no les gusta las comparaciones en que no llevan ventaja, ni las personas que se les proponen por modelo ; i Juanita ya no veia a Teresa sino en los momentos de conmiseracion o de acostumbrarse.

Crecio la miseria de la pobre viuda i se vió precisada a desear que sus dos hijas entrasen a servir. Una rica propietaria vecina se encargó de Juanita ; i Teresa, conocida ya por su devocion, su dulzura i entendimiento, fué pedida á su madre por una dama mui rica que tenia una quinta magnifica cerca de Versalles, i que quiso á Teresa para aya del fruto que iba á dar á luz.

La señora encargada de Juanita se proponia tratarla como si fuese hija suya, pues no tenia ninguna, i toda su familia se reducia a tres niños ; i si Juanita hubiese sido buena, la señora, segun me lo aseguró muchas veces, la hubiera casado con el hijo segundo. Mas Juanita no fué de ninguna utilidad en la quinta, siempre queria ir al baile i á las fiestas ; i se juntó con malas personas que la sedujeron i la llevaron a Paris, donde pronto se relacionó con aquellas miserables criaturas que son la vergüenza de su sexo.

Comprometida en cierta aventura escandalosa, fué presa por la policia i encerrada con otras miserables como ella en la casa de corrección de Santa Pelajia.

Pasado algun tiempo, un sacerdote adicto a aquel establecimiento me escribió que una joven enferma de peligro reclamaba

mi asistencia, que hablaba de su pasado bienestar, de sus desgracias, i sobre todo de sus faltas ; que daba muestras de verdadero arrepentimiento, implorando sin cesar la misericordia de Dios, i pidiendo a su madre cuyo nombre me enviaba.

Creí que mi deber como antiguo pastor de aquella culpable joven, era correr al socorro de su alma atormentada i despedazada por los remordimientos : alquilé un carroaje i decidi a su pobre madre a que me acompañase. Entré el primero solo en aquel asilo de vergüenza, de dolor i de arrepentimiento. Juanita, al verme, prorrumpió en llanto, i me dijo : el sonido de vuestra voz, señor cura, calma todos mis dolores, me restituye a los días de mi inocencia, i me hace ver de nuevo el cielo al cual no osaba alzar los ojos....

Oí sus confesiones ; le anuncié aquella misericordia divina que perdona al verdadero arrepentido, i en seguida hice que entrara su madre desconsolada. Juanita estaba en sus últimos momentos, había reunido todas sus fuerzas para confesarse ; vió a su madre, hizo un último esfuerzo para arrojarse a su cuello, i espiró en sus brazos esclamando : ¡ Madre mia ! Madre mia !.....

Os ha enternecido, señoras, nos dijo el cura, la narración de tan pronto i terrible castigo del cielo, que no perdona los vicios sino en el punto de un arrepentimiento muchas veces tardio. Voi a consolaros contándoos los felices acontecimientos que recompensaron la virtud de la joven Teresa.

Esta amable niña, sumisa, solícita i cuidadosa, mereció el aprecio de sus patronos. Habíanla llevado consigo a Santo Domingo, donde tenían ricas posesiones. Encargada del cuidado de los niños, mientras se ocupaba en darles la primera instrucción que podía, aumentó la suya i se perfeccionó en la escritura i el cálculo ; estudió su lengua en los libros que le proporcionaba su buena señora, i se hizo una persona querida i estimada de todos.

El administrador de aquel establecimiento había reunido al-

gunos capitales, i queria retirarse, dejando en su lugar a su hijo único que habia hecho educar en Francia. Pidió á los patronos que aprobasen el casamiento de su hijo con Teresa, i no solo consintieron, sino que quisieron dotarla.

El jóven administrador, lleno de actividad i mui inteligente en las plantaciones del país, logró la confianza de un propietario cuyas posesiones lindaban con las de sus patronos, i gobernó mas de mil esclavos negros. Estimulado por el afecto que profesaba a su querida Teresa, aspiraba a una gran fortuna que pudiese hacerla completamente feliz, i la consiguió: diez años despues de su matrimonio, heredó de su padre, compró mas tierras, i en la actualidad se halla poseyendo una hermosa hacienda.

Por mas bienes que se disfruten lejos de la patria, no deja de pensarse en ella; i una hija virtuosa no siente los goces de su fortuna mientras sabe que su madre está en la miseria.

Así es que la buena Teresa no pensaba sino en su querida patria, i en su desgraciada madre. Ya le había enviado dinero, aumentando las remesas a proporcion que crecía su fortuna; pero la larga guerra entre Inglaterra i Francia impedía toda comunicación con las colonias, ninguna de las cantidades remitidas llegó a manos de la viuda Fremont, i Teresa no recibió de ésta contestación alguna. La buena hija esperaba la paz con la impaciencia de un corazón que funda en ella sus mas gratas esperanzas.

En este intermedio, la viuda Fremont, imposibilitada ya para trabajar, había venido a pedirme la plaza de guardiana de la capilla de la Virgen, que estaba vacante por muerte de la antecesora.

Nunca las mayores riquezas de la tierra han podido causar a los ambiciosos una alegría semejante a la que sintió la buena vieja cuando le concedí el triste privilegio de vivir de la piadosa caridad de los fieles en este asilo, objeto de la veneración de su

amada Teresa.—Señor cura, me decia, ved ahí el escalon de piedra en que se arrodillaba mi anjel, mi Teresa ; ved allá los jarros que guarnecia de rosas. ; Cuántas velas ha hecho arder en este candelero ! Yo la estoí viendo aquí, me parece que la oigo, se me figura que respiro su aliento. Si vive, aquí es donde pediré al cielo que derrame sobre esa piadosa hija todo el bien que ella merece ; i si ya no existe, rogaré a Dios para que su alma goce de las recompensas celestiales.

Seis años hacia que la madre Fremont cuidaba de la capilla, cuando la paz dió ocasion a Teresa para venir a Francia e informarse porsi misma de la situacion de su madre.

Dirijióse al pueblo de Chenet con sus dos hijas, que queria poner en un colejio de Paris, i allí supo las desgracias de su madre, i el lugar donde debia hallarla. Sin detenerse, volvió a subir al carruaje, i corrió a la capilla de la Virjen. La buena Fremont viendo parar un coche, se adelantaba con el vaso de lata en la mano para recojer algunas monedas de limosna, cuando un criado negro que iba a la trasera del carro fué vivamente llamado desde el interior por una voz que sonó en el corazon de la pobre limosnera.

Luego vió abrirse la portezuela i arrojarse a sus piés una dama i dos señoritas, gritando a un tiempo : ¡ Madre mia !Madre mia !Abuela mia !Esta sorpresa podria haber sido demasiado fuerte para la buena vieja ; pero los golpes de alegría rara vez son funestos.

Cosa de media hora pasó entre abrazos mezclados con dulces lágrimas de placer i expresiones del sentimiento que causaba a Teresa el estado en que se hallaba su madre, i la deplorable suerte de Juanita. Finalmente, Teresa, tomando de la mano a sus dos hijas, fué a postrarse con ellas delante del altar que tantas veces habia adornado con flores i dió gracias de todo corazon a la Virjen protectora, implorándola para sus hijas.

A tan interesante espectáculo se habia agolpado la jente. Tere-

sa encargó el vaso de lata a una pobre mujer que solia acompañar a la viuda Fremont, i despues, ayudada por su criado, colocó a la madre en el carroaje i mandó al cochero que tomase el camino de la parroquia. Allí me ha hecho depositario de una obligación de quinientos francos de renta para la conservacion de la Virjen, i me ha rogado que concediese la plaza de su madre a la vieja que le ayudaba a consolarse allí de sus desgracias ; es la misma que os ha hecho saber la marcha de la buena Fremont. Ya tenía intencion de contáros este interesante suceso, añadió el señor párroco, porque la historia de dos hermanas igualmente dedicadas á servir, i de las cuales la una halló en aquel estado suerte tan feliz, i la otra un fin tan deplorable, debe ser una provechosa i eficaz lección de moral para todas las personas de vuestra casa que se hallan aquí reunidas.

PARTE SEGUNDA.

LECTURA EN PROSA

MUJERES CÉLEBRES DE SUR-AMÉRICA.

I.

Doña Paula Jara Quemada de Martínez.

Hé aquí, amables niñas, la interesante narracion biográfica de una de nuestras distinguidas matronas. Leedla con atencion, porque en ella encontrareis virtudes que imitar, i os instruireis al mismo tiempo en algunos hechos relativos a la guerra de nuestra independencia, los cuales os podrán servir mas tarde para el conocimiento de la historia.

El 19 de marzo de 1818 sucedió en la República de Chile una de esas grandes desgracias que amenazan de tarde en tarde sepultar para siempre a las naciones. Era peor que una derrota, era como el incendio fortuito de un inmenso almacen de pólvora, accidente de que nadie tiene la culpa, i del que, sin embargo, son victimas poblaciones enteras. Un ejército de mas de ocho mil hombres, en cuyo equipo se había agotado la fortuna de Chile, mandado por jefes aguerridos i que inspiraban una confianza sin límites,

se disipa sin combate i se entrega a la fuga. Los valientes huían mas aprisa que los tímidos, i el desaliento nacional, al ver rotas i desbandadas aquellas lejiones que ántes eran sinónimos de victoria, se apodera de todos los corazones.

En ménos de veinte horas, el jeneral San Martín había recorrido, despues del desastre de Cancha-Rayada, el espacio que media entre Talca i Paine, en los límites del Llano de Maipo en que está situada Santiago. Quedaban en poder de los españoles artillería, tesoro, bagajes, trenes, i mas que todo el prestijio de invencible i la moralidad del ejército patriota. San Martín huía, no ya como un jefe desgraciado, ni como un militar cobarde, sino como un ente ridículo para quien la altanera seguridad de sus primeros pasos se convertía en fanfarronada e ineptitud. ¡Qué iba a responder ante el gobierno de su patria, ante la historia i ante Chile, sobre esta derrota de Cancha-Rayada? ¿En qué venían a terminar la expedicion de los Andes, la reconquista de Chile i las amenazas a los vireyes del Perú?

A la altura de Paine venia el camino del Sur, que conduce a Santiago, lleno de una multitud polvorosa, sedienta i deshecha; San Martín, rodeado de algunos jefes i edecanes, precedía aquel tumulto de caballos jadeando de cansancio i estenuacion; pero el San Martín que ahora venia no era el que la población de Santiago había visto triuntante, erguido i placentero por la victoria de Chacabuco; era un cadáver, un reo, sobre cuya frente se dibujaban los signos de la humillacion i de la vergüenza. Un grupo de paisanos obstruia, al parecer, el camino a cierta distancia; i los veteranos del ejército de los Andes temblaban ahora al divisar grupos de paisanos. El mayor O'Brien, edecan del jeneral fujitivo, fué destacado con algunos soldados para practicar un reconocimiento. San Martín aguardó el resultado enfrente de un bodegon, donde algunos soldados asistentes apagaban la sed. Luego volvió el mayor O'Brien seguido de los paisanos, i todos formaron un solo grupo.

La fisonomia de aquel cuadro era en extremo curiosa i significativa. En torno de San Martín veianse coroneles de diversos uniformes, cubiertos sus vestidos i charreteras de un manto de polvo: la sangre de las heridas de algunos, convertida en barro sangriento, daba solemnidad i tristeza al grupo que habian hecho risible jefes sin morriones, i negros del 8, montados en monturas sin estribos i en caballos flacos i estenuados de fatiga. Hacía esta masa inerte por la resistencia que los caballos oponian a toda tentativa de moverse, se avanzaba doña Paula Jara Quemada, seguida de sus hijos, domésticos, capataces e inquilinos en toda la pintorezca variedad de trajes de los campesinos chilenos. Montaba doña Paula Jara un hermoso caballo oscuro, que, ajitado por la presencia de tantos otros, caracoleaba con gracia al frente de ellos. Vestida como para una fiesta, acercóse al general San Martín, a quien habia conocido i admirado en días mas felices; i golpeándole afectuosamente el hombro, le dijo con el acento profundo del corazón: «Hemos sido desgraciados, jeneral; pero aun hai medios de defensa: vamos a triunfar.»

Omitiremos las palabras harto aliñadas que la tradicion ha puesto en la boca de la dama. El sentimiento no es mui cuidadoso del jiro i pulcritud de la frase. Pero doña Paula Jara hacia caracolear su caballo como una mariposa en torno de una luz: ofrecía a sus hijos, que la seguían, i enseñaba el denso grupo de servidores fieles que solo esperaban órdenes; hablando con calor i derramando de sus ojos negros, torrente de entusiasmo, moviendo siempre su brioso caballo, ya para saludar a un valiente del ejército de los Andes, que la máscara de polvo le impedía al principio reconocer; ya para dar órdenes a los suyos a fin de procurar refresco, caballo i carne a los fujitivos; ya, en fin, para reanimar el coraje abatido de todos, con chistes, sonrisas i gracias.

La fascinación ejercida por aquella inesperada aparición de mujer, su entusiasmo, su seguridad en el triunfo final i la abne-

gacion de que daba tan altas muestras, trajeron poco a poco la serenidad a los semblantes, la esperanza al corazon ; i, por una de aquellas revoluciones frecuentes en nuestro ánimo, la derrota fué olvidado, disipóse el estupor, i por primera vez, despues de veinte horas, rieron hombres que hasta entonces reian en medio de los combates.

La derrota de Cancha-Rayada puede decirse que terminó en Paine. San Martin se detuvo allí durante cuatro horas : los que le seguian se reposaron, i el jeneral en jefe, disipadas las sombrías preocupaciones de su espíritu, dató desde Paine las primeras órdenes que impartió para la reorganizacion del ejército. El hijo mayor de doña Paula Jara recibió allí mismo el título i empleo de capitán, no obstante ser apénas un adolescente ; i su madre ayudándole i dirigiéndolo todo, los guasos que le obedecian fueron organizados en escuadron de milicia, i cuales a recolectar caballos i ganados, cuales a cortar el valle estrecho para impedir las comunicaciones, aquella milicia improvisada hizo durante ocho dias el servicio mas activo, miéntras que la hacienda de doña Paula se había convertido en cuartel jeneral, almacen de viveres, hospital para heridos i punto de reunion, desde donde los grupos de dispersos eran remitidos en órden al campamento jeneral, i las armas reunidas en cargas, hasta que avanzando el ejército español, la heroina se replegó sobre Santiago, dejando en Maipo a manos mas fuertes que las suyas, ya que no a mas esforzados corazones, la gloriosa tarea por ella iniciada de volver la patria a la vida, despues de creérsela muerta i perdida para siempre.

En estos mismos dias i poco antes que doña Paula se replegase sobre Santiago, tuvo lugar otra escena que revela el temple de alma i el gran corazon de esta mujer estraordinaria. Hallábase sentada en los corredores de las casas de su hacienda, cuan-
de divisa de improviso una partida de soldados españoles que se dirijen hacia ella. La señora, patriota reconocida, madre de lin-

das hijas i propietaria acaudalada, se prepara para recibir a los terribles huéspedes. Era costumbre entonces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forrajes para la tropa, i ni la cantidad ni el título se discutían entre el que las exigía espada en mano i el que entregaba con la rabia en el corazón.

— Las llaves de la bodega, dijo el oficial por todo saludo al acercarse, y señalando un costado de los edificios.

— ¿ Necesita Ud. provisiones ? Las tendrá Ud. en abundancia.

— Las llaves pido.

— Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendía poner coto a su voluntad soberana. Pero la excitación había sido reciproca ; doña Paula, mientras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, había avanzado desde el dintel de la puerta, i casi tocando con su pedazo las carabinas téñidas ~~que~~ ^{que} el oficial, desconsentido i a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, i como si hubiese encontrado venganza i castigo sin mancha para él, « incendien la casa » gritó con voz estentórea i ademan que no admitía réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pie de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua para el mate, tan frecuentado entonces, i haciendo rodar brasas i brasero hasta los pies de los soldados atónitos, « hé ahí el fuego » replicó señalando a los que iban a buscarlo. Despues de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volvió la brida a su caballo, i fuése con los suyos dejando escapar un torrente de maldiciones.

Terminada la guerra de la independencia, en el seno de la paz o entre las agitaciones políticas, doña Paula Jara abandona la alta sociedad en que había aparecido un dia como un meteoro luminoso, i desciende a las miserias del pueblo, tan poco sentidas i atendidas entre nosotros. El terrorismo de la guerra se

convierte para ella en una opinion permanente de caridad, que, como una fuente, derrama, durante todo el resto de su vida, socorros, auxilios, consuelos i favores sobre las partes doloridas de la sociedad, las cárceles, los presidios, la casa de correccion, los hospitales, la muchedumbre menesterosa i los mendigos.

Entre los pocos papeles que ha dejado despues de su muerte, figuran en voluminoso catálogo cartas de presidarios de Juan Fernandez, de condenados a muerte que la imploran, i de centenares de aflijidos, en las cuales i en caractéres de presidio están los vestijios de muchos de esos dramas terribles de la vida humana, tan estremos i sorprendentes, que nuestra época ha apellidado *misterios* en las grandes ciudades; pero hai un documento público que resume la vida entera de esta mujer singular. Hasta poco tiempo ántes de su fallecimiento, estaba fijado en las alcaldías de las cárceles un decreto del Presidente de la República, ordenando que estuviesen sin *escepcion alguna* abiertos los calabozos a doña Paula Jara, i comunicados todos los reos; pues en esta triste i odiosa sección de la administracion pública, aquella mujer habia conquistado una posición intermedia entre el juez i el verdugo, que la lei hubo de sancionar.

Habiase apoderado de las cárceles i de todos los lugares de espiacion i de padecimiento. En la cárcel principal de Santiago tenia establecida una fiesta el 19 de cada mes, en la que, convirtiéndose en templo la mansión del crimen, se administraban auxilios a los reos, adoctrinándolos ella de antemano, y predicando con fervor i unción delante de aquella siniestra congregación. Celebraba el 19 la conmemoracion de San José, el santo de su devoción, i por una coincidencia que pudiera no ser mas que un mismo suceso, dia de la derrota de Cancha-Rayada, el recuerdo mas grato a su memoria, por cuanto habia sido el origen desgraciado de su glorioso renombre i podido servir a su patria aflijida. Los reos sentenciados a muerte quedaban desde ese momento entregados a ella, i sus cuidados, sus exhortacio-

nes i su piedad ilustrada les hacia prepararse al duro trance, si es que no podia apartar la cuchilla de la lei, pendiente sobre sus cabezas.

Entre muchos otros casos recuerdase la historia de la Caroca, mujer del pueblo, que, con detalles espantosos, habia asesinado a su marido; i condenada a muerte, se esperaba su desembarazo, pues estaba en cinta, para llevar a cabo la ejecucion. Cuando la mujer criminal se hubo restablecido de su enfermedad, doña Paula Jara interpuso apelacion o demanda de indulto; i tomando la criatura en sus brazos se presentó ante los jueces, cuya sensibilidad puso en tortura haciendo intencionalmente llorar al niño, mientras que sus sollozos verdaderos i espontáneos hacian imposible negar el perdón: eloquencia de madre, ardides femeniles, baterias asestadas al corazon, a las que nadie, sin ser un monstruo, puede resistir.

Avisáronle una vez que un preso blasfemaba, i como si la cárcel se incendiaria, corrió por las calles hasta llegar al calabozo donde tamaña desgracia ocurría. El infeliz maldecía, en efecto, dando alaridos espantosos, i negándose a oír ni exhortaciones ni consuelos. Apaciguado por doña Paula, supo, i pudo verlo con sus ojos, que los grillos le habian dividido la carne de los huesos i el carcelero, implacable, se negaba a poner remedio. Una orden de la autoridad competente vino bien pronto a suspender esta brutalidad que, deshonra la ejecucion de las leyes.

En la casa de corrección de mujeres habia introducido mejoras morales de igual género; i organizando entre las señoras de Santiago una suscripción de víveres, vestidos deshecho i otras limosnas, se habia hecho la administradora de socorros; a mas de la predicación i la doctrina de que por largos años se constituyó en sacerdotisa. Para entregarse con mas holgura al sentimiento de caridad cristiana que prevalecía en su ánimo, tuvo muchos años compañía con el señor Vicuña, después arzobispo de Santiago, hombre sencillo i piadoso, con quien dividia las tareas de

la administracion de ejercicios espirituales, sin escluir la prédica i la doctrina; en cuyas dos funciones sacerdotales habia doña Paula Jara adquirido talentos e instruccion que realzaban aun mas las emociones del corazon i la sensibilidad esquisita de mujer, que le envidiaban sus compañeros de trabajo.

Últimamente en sus viejos años, veiasele por las calles seguida de muchedumbre de pobres, dirijirse a la iglesia de la Merced, hacer allí coro en alta voz, volver á su casa rezando por la calle, i distribuir limosnas entre todas aquellas jentes a quienes habia reconciliado con Dios para merecerlas.

Las prácticas religiosas i la caridad dejeneraron en hábito maquinal en sus últimos años; pasaba el dia rezando el rosario, i a las visitas importunas para sus oraciones, sin distincion de personas, salvo aquellas por quienes conservaba afecto, les alargaba una moneda de limosna indicándoles que la dejasesen.

Esta abstraccion de todo sentimiento mundial no estorbaba que a la edad de ochenta i tres años se sentase por complacencia al piano i cantase con voz insegura, pero con sentimiento esquisito i rara fineza de tono, una de esas cancioncillas amorosas que caracterizan el jenio nacional de cada una de las secciones americanas.

Tales son, amables niñas, los principales rasgos de la vida de la señora doña Paula Jara Quemada de Martinez, mujer célebre por su acendrado patriotismo, caridad y demás preclaras virtudes que la adornaron. Despues de una penosa enfermedad, murió el dia 9 de setiembre de 1851, habiendo nacido, de familia noble i acaudalada, el año de 1768.

II.

Doña Agueda Monasterio de Lattapiat.

Cuando los pueblos se proponen ser libres e independientes, jamas dejarán de conseguirlo si hai entre ellos union, constancia i enerjía. Entónces se hacen animosos i valientes ; soportan con gusto los trabajos mas terribles ; vencen las dificultades mas insuperables i atropellan, por decirlo asi, todos los riesgos i peligros de la vida. Nada los detiene i nada los arredra. Entre las bayonetas, las espadas i los cañones, ellos se lanzan a la brecha, asaltan los castillos i acometen i triunfan de sus enemigos.

Ninguna de las historias nos ofrece pruebas mas convincentes de esta verdad que la de los naturales de nuestra patria. Ellos jamas rindieron la cerviz al pesado yugo de la servidumbre española ; sostuvieron cerca de dos siglos una constante lucha, queriendo antes morir a la espada i al fuego mortífero de los cañones que ser humildes esclavos. No importa que las aterrantes armas de los españoles fulmineu contra ellos rayos de fuego : hieran enhorabuena sus fusiles a grandes distancias los desnudos pechos de los indios : ellos sin mas armas que su valor, union i patriotismo, acometen, asaltan i vencen muchas veces a los mas aguerridos españoles.

Intrépidos i con el mayor denuedo se presentan a pecho descubierto en los mas inminentes peligros de la guerra ; i sin temor a las balas, ni a la metralla de la artilleria, avanzan hasta quitar al enemigo los cañones que les ofenden, como sucedió en la batalla de Marihuenu (1554), mandada por Villagra. Ellos, en fin, sin mas estímulo que la gloria de conservar su propia libertad, supieron sostener con suma constancia i heroismo, una guerra sangrienta i esterminadora por el largo espacio de ciento ochenta i cuatro años, hasta conseguir que los mismos españoles les propusiesen la paz bajo la condicion de no reconocer el menor homenaje ni tributo para su soberano monarca.

A imitacion, pues, de los valientes toquis i esforzados guerreiros araucanos del siglo diez i seis i diez i siete, nuestros padres, tambien chilenos, aunque descendientes de los españoles, quisieron mas bien morir que dejar de ser libres. Esta libertad ha costado a Chile muchas lágrimas i mucha sangre, e inocentes victimas se han sacrificado por ella en las aras de la patria. Una de esas victimas ilustres es doña Agueda Monasterio, de quien pasamos a ocuparnos.

Esta heroina chilena, mui digna de figurar al lado de la inmortal Policarpa Salavarrieta i con la cual justamente se la compara, nació en Santiago el año de 1772 ; siendo sus padres el señor don Ignacio Monasterio i la señora doña Antonia Silva, ambos de familias respetables i conocidas del reino. Su esposo, don Juan Lattapiat, descendiente de una noble familia de Francia, mui conocida en Tolon, se distinguió en la reconquista de Buenos-Aires contra los ingleses (1806) al lado del jeneral Liniers, oficial francés al servicio de España.

La señora Monasterio, como esposa de un patriota distinguido, no podía menos que inspirarse en esos mismos sentimientos de noble patriotismo. Así fué que tan luego que estalló la revolución, tomó una parte activa en favor de los patriotas ; i su casa, situada en el barrio de la Chimba, se convirtió mas tarde en asilo de los comisionados que mandaba San Martín a este lado de los Andes para cerciorarse del estado de los asuntos de Chile.

Sus hijos, entre los cuales figura el valiente coronel Lattapiat, uno de los héroes de la independencia americana i digno heredero de sus virtudes, siguiendo el ejemplo de tan ilustres progenitores, no solo han conservado con brillo el honor que les legaron aquellos, sino que han podido conquistar por si mismos un lugar distinguido en la historia de la independencia. Su otro hijo, el bravo i malogrado teniente primero del batallón núm. 4 del ejército libertador del Perú, murió en el campo de batalla, defendiendo heroicamente la libertad al frente del castillo de la

Independencia en el Callao ; i por cuyo hecho el baluarte de la Princesa que le hizo fuego, lleva desde entonces el nombre de *Lattapiat*.

Esta sola circunstancia, la de ser madre de dos héroes, habría hecho acreedora a la señora Monasterio a merecer bien de la patria, si sus padecimientos, su heroísmo i sus servicios prestados a la causa de los independientes no hubiesen hecho de ella una segunda Policarpa.

Doña Agueda Monasterio, ántes que divulgar el secreto de los patriotas comprometidos en la revolucion que se le quería arrancar a la fuerza, prefirió morir i ser martirizada. Estaba la horca puesta para ejecutarla i al pie del suplicio debieron cortar la mano derecha a su hija doña Juana, ántes de colgar a la madre en presencia suya. Así fué la sentencia del presidente Marcó, por haberle sorprendido una comunicacion que la señora dirigía a San Martin en Mendoza.

Su hija doña Juana fué convencida de haber escrito varias veces a aquel jeneral por órden de doña Agueda. La victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817) libró a estas dos victimas de ser inmoladas de un modo tan cruel i bárbaro ; pero no las libró de la muerte ; pues la señora Monasterio murió al poco tiempo a consecuencia de enfermedades contraídas en las prisiones. Don Felipe Monasterio, patriota ilustre i distinguido, fué llevado en una mula aparejada desde Santiago hasta los calabozos de Valparaíso con dos fuertes barras de grillos i esposas en las manos ; i tirado por los españoles como un fardo desde la cubierta hasta la bodega de un buque, i condenado al presidio de Juan Fernandez con otros ilustres patriotas.

Estas atrocidades cometidas por los españoles con seres tan caros al corazon de una mujer de distinguida posición social, no disminuian en lo mas mínimo las convicciones política i los sentimientos patrióticos de la señora Monasterio ; i Marcó, convencido de esta verdad i de que nada conseguiría del carácter firme

i enérjico de su ilustre víctima, procuró hacerla morir a pausas en los calabozos de Santiago.

Pero si la señora Monasterio era notable por su acendrado patriotismo, no le era ménos por su caridad i amor maternal. Inspirada por el tierno cariño que profesaba a sus hijos, corrió a la plaza de Armas tan luego que oyó las descargas del motín de Fígueroa (1º de abril de 1811), para cerciorarse de si había sucedido algo a su hijo Francisco de Paula, niño entonces i a quien creía encontrar entre los cadáveres que, en la acción, habían quedado tirados en medio de la plaza.

Desde esa época hasta su muerte, que tuvo lugar en 1817, pocos meses después de la entrada de San Martín a Chile, como quedaba dicho, datan los servicios prestados a su patria por esta mujer extraordinaria, por esta víctima ilustre, que habría preferido mil veces la muerte i que prefirió sufrir toda clase de tormentos ántes que descubrir los secretos que le confiaran i comprometer la causa santa de los independientes.

Los crímenes cometidos por los españoles con la señora Monasterio i su familia, esplican perfectamente el odio implacable de su hijo, el valiente coronel Lattapiat, para con aquellos. El triste recuerdo de la muerte de su idolatrada madre, causadas por ellos ; las tropelías i vejámenes cometidos con sus hermanos i tíos ; la muerte de su hermano en el campo de batalla, unido todo esto a su valor i a la santidad de la causa que defendía, hicieron de él un héroe, i mas de una vez le tuvieron próximo a precipitarse en la vía de las venganzas, como sucedió en la toma de los castillos de Valdivia (3 de febrero de 1820), donde estuvo a punto de hacer fusilar unos prisioneros de guerra, segun lo refiere Miller en el tomo 1º, páj. 298 de sus *Memorias*.

Su hijo, pues, ese brazo de fierro, ese león de los Andes chilenos, se encargó de vengar con su valiente espada la muerte de su querida madre i los atentados cometidos con su familia por los enemigos de su patria ; i a la verdad que su incansable acti-

vidad en las campañas de la guerra de la independencia, su arrojo i denuedo en los combates, unido a los esfuerzos constantes de sus bravos compañeros, nos dieron al fin la libertad de que gozamos.

Mas, ¿qué se ha hecho hasta hoy para honrar la memoria de esa heroína, de esa matrona chilena, que tal fortaleza manifestó en los trabajos i que tales hijos supo dar á la patria? ¿Cubren siquiera sus restos venerandos una modesta lápida, un monumento que recuerde a la posteridad su patriotismo i sus virtudes? I su hijo ¿ha recibido el galardon a que sus nobles hazañas le hacen justamente acreedor? ; Triste condicion de las cosas humanas! ; La madre yace olvidada, hasta el punto de habernos costado un triunfo el poder reunir unos pocos datos para formar con ellos estos breves apuntes biográficos; i el hijo, aunque respetado i venerado por todos los hombres de bien, habita una triste choza en un barrio apartado de la ciudad, pues su escasa renta no le da para mas!

III .

Doña Luisa Recabárren de Marín.

Doña Luisa Recabárren nació en la Serena, en 1777, i falleció en Santiago el 31 de mayo de 1839 a la edad de 61 años.

Fueron sus padres don Francisco de Paula Recabárren i Pardo de Figueroa, i doña Josefa Aguirre i Argandoña, descendiente por linea recta de don Francisco de Aguirre, conquistador de Cuyo.

Doña Luisa quedó huérfana a la edad de ocho a nueve años, pero felizmente bajo la guarda de sus afectuosos tíos don Estanislao Recabárren, dean de la catedral de Santiago, i de su hermana doña Juana, viuda joven de mérito distinguido i sin fami-

lia, quienes la hicieron venir pronto a su lado i la miraron siempre como a su hija mas querida.

Estaba recien llegada a Santiago cuando nació una esclavita en casa de sus tios. Llena de compasion por su suerte, la niña doña Luisa compró la libertad de esa criatura, empleando en tan noble obra cincuenta pesos, producto de unas figurillas de plata piña que el señor Subercassaux, padre del senador de este nombre, le había obsequiado al despedirse en Coquimbo como recuerdo del cariño que le dispensaba.

Una accion como ésta bastaria en cualquiera circunstancia para despertar la admiracion de la persona mas indiferente que la observara, pero para los tios abria de par en par el corazon de la niña. Doña Juana Recabárren se esmero desde entonces en completar la educacion de su sobrina, i en desarrollar el jérmen de la sensibilidad, virtudes i talentos que mas debian hacer la felicidad del circulo doméstico i brillar en una esfera mas ancha.

La sociedad que rodeaba al dean Recabárren, compuesta de los mas eminentes eclesiásticos i letrados de aquella época, entre quienes figuraban el mui agudo i ameno don Manuel Salas, el brujo don José Antonio Rojas (brujo, porque era tal vez el único que estaba iniciado en los secretos de la química i poseia algunos instrumentos para operar), don Juan Antonio Ovalle i don José Ignacio Campino ; esa sociedad, digo, no contribuyó poco á formar en doña Luisa aquel gusto por lo sólido i bello que jamas perdió, sin que por eso se advirtiera en ella el menor tinte de afectacion ni ostentacion de superioridad, ni mengua alguna de la dulzura de modales característica en las coquimbanas.

Aun cuando doña Luisa no hubiera reunido, como reunia, á su belleza i gracias un buen patrimonio, el hombre de mérito que le cupo en suerte habria sido su esposo ; porque un hombre de sensibilidad i entendimiento, no dominado por la ambicion de riquezas ajenas, i que se reconoce con energia para labrarse a si mismo una fortuna independiente, busca casi siempre para com-

pañera de los goces i penas de la vida un alma de su temple, o aquella en que advierte semillas fecundas de virtud i talentos que él se complacería en cultivar. A la edad de veinte i cuatro años el doctor don Gaspar Marín, galán apasionado, entusiasta, brillante por su jenio, i afiliado ya en la carrera de las leyes, única que en esos tiempos daba entrada a los pocos honores accesibles a los americanos, cuando quizá recibía los agasajos de muchas familias o hacia palpitarse el corazón de una bella sensible al mérito o a la conveniencia, tuvo la felicidad de descubrir en doña Luisa mucho más de lo que pudiera lisonjear sus aspiraciones, i la disposición de aprovechar una oportunidad que no todos hallan, por grande que sea la diligencia con que algunos la busquen. Doña Luisa le dió su mano a la edad de diez i nueve años, i llegó a ser para él, en épocas de conflictos i tribulaciones, el ángel guardian de su familia e intereses.

La educación de la familia bastaba para ocupar todas las horas del día en aquellos tiempos dichosos en que ni las reyertas pesadas i descomedidas de los diarios, ni los bruscos ataques a un clero de cuya mayoría debiéramos gloriarnos, ni los rumores de sediciones imaginarias i verdaderas, ni la ópera, ni la filarmónica, ni las exigencias del lujo, turbaban el reposo doméstico ni la paz pública. La señora Recabarren se consagraba al cumplimiento de este deber con la devoción de una madre que conoce su misión santa en la tierra, i, cual la buena madre de Lamartine, imbuiía en los corazones de sus hijos desde la más tierna infancia aquella instrucción sólida en la religión i piedad que, en el discurso de la vida, nos ahorra tantos errores i estravíos, nos libra de tantas amarguras i nos prodiga tan deliciosos consuelos. Su hijo Ventura tenía apenas seis años i ya comprendía i explicaba el catecismo de Fleuri, ya había estudiado el catecismo de la infancia, ya se entretenía con las *Veladas de la Quinta* i otros libros de sustanciosa instrucción, i a los nueve años meditaba el admirable discurso de Bossuet sobre la Historia Universal. Su

madre era la compañera de sus lecturas, ella la que le enseñó la historia antigua i cultivó esa memoria de bronce que hasta ahora admiramos en el hijo a pesar de las dolencias que ha experimentado ; i ella, en fin, la que sin haber recibido lección ninguna de nadie le enseñó geografía ántes de mandarle al colejo. ; Tales conocimientos eran entonces raros, mui raros ! Su hijo Ventura fué tambien el primero que introdujo en el Instituto Nacional, entre otros estudios de alta importancia, el de la geografía i cosmografía en el año 1828 o 29 ! ; Tan lenta ha sido nuestra infancia..... !

La señora Recabárren había leido mucho, aunque, segun ella decía, sin orden i solo por divertirse. Mas en su conversacion se advertía una vasta i sólida instrucción en materias religiosas, cuya discusion jamas esquivaba ; un buen conocimiento de la historia jeneral, i especialmente de la contemporánea de Europa, cuyos acontecimientos apreciaba con juicioso criterio ; i no le eran desconocidas las bellezas de la literatura francesa, cuya lengua aprendió en su juventud. Una inteligencia despejada, un jenio alegre i vivo, un excelente corazon, i la elevacion de sus ideas cuando la conversacion tomaba un carácter serio, daban a su sociedad un encanto siempre nuevo para los hombres de todas edades incapaces de envidiar la superioridad de una mujer.

Pero había un ramo (por desgracia descuidado por muchos hasta lo presente en Chile) en que la señora Recabárren era una especialidad : la historia de la revolucion de nuestra independencia. Desde fines del siglo pasado en que solo llegaba a Valparaiso cada tres o cuatro meses un pesado buque de Cádiz que apénas traía dos docenas de cartas particulares i media docena de gacetas, que bastaba para alimentar las tertulias hasta que llegase otro buque, los hombres ilustrados de aquella época se asociaban con mas frecuencia que sus egoistas sucesores, para comunicarse sus pensamientos. En esas amenas reuniones que andando el tiempo, aumentaron atractivo con los amigos colo-

boradores del señor Marín, como Vera, Camilo Henríquez, Argomedo, Mackenna i lo mas escojido de la sociedad de Santiago, se devoraban las noticias de Europa; se comentaban los progresos que la libertad hacia en los Estados Unidos, bajo las inspiraciones de Washington, Adams i Jefferson; se referian i calculaban las consecuencias de las gloriosas conquistas del jenio de la Francia, del gran Napoleon, que despues de haber extinguido la hoguera de la mas sangrienta de las revoluciones, se dedicaba con ardor a rejenerar la Europa entera i à engrandecer a espensas de ella a su país; se comparaba, en fin, el adelantamiento mas o menos rápido i prodijioso de casi todos los pueblos de Europa con el envilecimiento de nuestra metrópoli, víctima de la estupidez de sus monarcas o de la ambicion de sus ministros o favoritos corruptores, i con la humillacion en que se hallaban sus colonias. La señora Recabarren tomaba parte i gozaba de estas pláticas que prepararon los acontecimientos del 18 de setiembre de 1810 con todos sus resultados ya adversos ya dichosos, i su memoria feliz los conservaba frescos con todos sus pormenores i matices, que, hasta los últimos días de su vida, los narraba con particular gusto. Doña Luisa era un archivo viviente de nuestra revolucion.

La reconquista española verificada en octubre de 1814, obligó al señor Marín a emigrar al otro lado de los Andes, dejando sus negocios en bastante desorden por las agitaciones de la política i los azares de la guerra. Doña Luisa se sostuvo entre tanto a fuerza de economía, sin descuidar la educación de sus hijos i sin dejar de remitir a su esposo socorros oportunos, a pesar de las dificultades de la comunicacion i de la vijilancia incansante de los recelosos españoles. Durante esa ausencia tuvo tambien que sostener un pleito penosísimo para recobrar como parte de su dote (aunque sin carta dotal de que el desinteres prescindia las mas veces), los fondos que el señor Marín había entregado poco ántes de emigrar a un español para negociar con ellos, i

que el gobierno había confiscado como bienes del prófugo. Ella triunfó en ese pleito. El señor Marín le encargó desde entonces la ilimitada administración de los intereses de la familia, debiéndose en gran parte a su buen manejo el haber dejado a su muerte un regular patrimonio.

El señor Marín comunicaba a su esposa desde las provincias argentinas todas las noticias que podían interesar a los patriotas que aquí quedaron, i ella los reunía en su casa o los buscaba cautelosamente para leerles esas cartas i reanimar los espíritus abatidos. Al fin, llegó la carta más deseada la que anunciable que una expedición libertadora estaba alistándose, que la comandaría el general San Martín, jefe de tales i cuales prendas, con muchos interesantes pormenores que hacen sentir ahora más que nunca la destrucción de ese documento. Todos los amigos de confianza fueron luego instruidos de su contenido, i el secreto se conservaba como el tesoro de un avaro. Pero un día fué a visitarla su paisano el cura Garro (después canónigo de la catedral de Santiago) i viéndole la señora Recabarren muy abatido al contemplar la melancólica perspectiva que esta ciudad ofrecía en 1816, en un momento de irresflexiva compasión, le dijo: «ánimo, amigo mío estos males tendrán pronto término, San Martín viene a libertarnos de este yugo ominoso. — ¿Cómo, cuándo? — Reserva, curita!..... Hé aquí la carta de Marín que nos lo asegura..... Garro rebosó de júbilo al oír leer la carta; i, como los gozos, así como pesares, suelen oprimir el corazón de tal manera que es preciso aligerarlo del peso, nuestro buen cura fué a consolar con la noticia a Laviña, Laviña la comunicó i su vecino Palazuelos Al-dunale, i éste tuvo la ligereza de pasársela a Pisana, quien sobre la marcha la trascribió al presidente Marcó, exigiéndole caballerosamente las seguridades de que nadie sería molestado; promesa que Marcó cumplió. Esta era tal vez la primera noticia fidedigna que el gobierno recibía de la expedición que pronto debía alejar de la capital a sus odiosos opresores. Descubierta por la señora

Recabárren la indiscrecion de Garro, se reprendió a sí misma su importuna compasion, i quemó la carta para hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Cuando en enero de 1817 sorprendieron los españoles la correspondencia del muy hábil quanto infortunado Manuel Rodríguez, al sugar de Melilla, hallaron, junto con el papel en que se hablaba de la señora Recabárren como una de las personas presentes á la lectura de cierta *carta circunstanciada* de San Martín, la clave que descifraba los nombres de las personas citadas en dicha correspondencia. Nada era dudoso para el gobierno, i solo faltaba conocer los pormenores de esa carta. Marcó mandó en el acto (4 de enero de 1817) poner presa á doña Luisa, i San Bruno la condujo, aunque con mucho miramiento i civildad, al monasterio de Agustinas, donde fué detenida mientaas se le procesaba, hasta que el ejército libertador entró triunfante en esta ciudad despues de la batalla de Chacabuco (12 de febrero del año citado.)

¡ Con cuánto placer recordaba la señora Recabárren esas zozobras y sufrimientos, i otros muchos padecidos por diversas personas, al conjunto de los cuales se debía en gran parte la libertad de Chile ! Ah ! los politicos de esa época ignoraban que las persecuciones inflaman los odios, perpetúan los rencores, i que el martirio de nuestros padres arraigaba su fe i daba nuevo vigor a sus esperanzas. « Mucho, decia, nos cuesta esta hermosa patria para que no bagamos todos el sacrificio de mantenerla *siempre libre*, i elevarla, por medio de instituciones sabias, — i por un constante amor al orden, — i por un olvido jeneroso de los errores de sus caudillos, — i por una cooperacion uniforme de todos los hombres ilustrados, — i por un patriotismo desinteresado i puro — a la altura que la Providencia le señala entre los pueblos de América. A la juventud que se levanta en un horizonte ya despejado de tempestades, toca realizar nuestras esperanzas, i hacerse digna del rico patrimonio que le entregamos, trabajando

con perseverancia i entusiasmo por el engrandecimiento de la República. »

La mujer que se ocupa de objetos serios i que alimenta su espíritu con ideas grandes, no tiene jamas tiempo para pensar en las frivolidades del lujo, ni oídos para escuchar las sujestiones de la vanidad. I por eso la señora Recabarren nunca dió entrada en su casa a esos dos enemigos de la sencillez de costumbres, única que proporciona goces verdaderos, porque están exentos de remordimientos i cuidados. Aunque cumplía con la moda se abstenia de toda superfluidad; i solo así puede concebirse que pudiera hacer las muchas limosnas que hacia con sus módicas entradas.

Aunque de un jenio vivo i pronto, no podía guardar rencor alguno: sabía reconocer una falta i olvidar con nobleza un agravio.

De seis hijos que tuvo la han sobrevivido cuatro, dos hombres i dos mujeres, que hacen honor a su memoria. Doña Mercedes Marín de Solar, la primera i mas brillante de nuestras escritoras en prosa, la mas dulce i delicada de nuestras poetisas i cuyos apuntes biográficos se leerán con gusto mas adelante, es una de ellas.

La muerte de la señora Recabarren fué conforme a su vida, resignada, religiosa i ejemplar.

IV.

Doña Rosario Rosales.

Cuando en noviembre de 1814 fueron deportados al presidio de Juan Fernández los mas ilustres patriotas chilenos, se negó a sus hijas i esposas el permiso de consolarlos en su compañía. Una sola mujer, la señorita doña Rosario Rosales, pudo vencer las dificultades que se presentaban, i logró acompañar al autor de sus días. Contrariando la orden expresa de éste, que temía

aumentar sus propios pesares con el espectáculo de los padecimientos de aquella joven, obtuvo a fuerza de lágrimas i ruegos, i valiéndose de la amistad de Sir Thomas Staines, comandante de la fragata de S. M. B. la *Bretaña*, que el capitán de la corbeta *Sebastiana* le permitiese seguir a su padre.

Era éste el septuagenario don Juan Enrique Rosales, ciudadano benemérito i respetable, que había llenado los primeros empleos en el país, i estaba a la sazón mui enfermo. Los desvelos de esta buena i escelente hija, así en la navegación como en el desierto, fueron incesantes para aliviar los padecimientos de aquel infeliz, que se habían acrecentado de resultas de una caída que le obligó a hacer cama por espacio de seis meses. Cuando ella supo la derrota de los patriotas en Rancagua (2 de octubre de 1814) fué acometida de una enfermedad de nervios que la atormentó hasta sus últimos días; mas, a pesar de esto, insensible a sus propios males, solo se acordaba de su amado padre.

Con una solicitud infatigable, con sus propias manos labró también la tierra para sustentarse, i se despojó de su ropa para preservarla de la intemperie. En ranchos de paja, destachados, expuestos a las lluvias que allí caen lo mas del año, a los recios temporales que allí soplan de continuo, mal provistos de ropa, sujetos a una escasa ración de frejoles i charqui, pasaron aquellos desventurados mas de dos años con la mayor constancia, consolándose i ayudándose mutuamente; i la joven Rosales animaba a todos con su ejemplo.

A fuerza de dinero lograron las familias de los desterrados burlar alguna vez la vijilancia del gobierno español, i remitir a aquellos, viveres i ropa; una sola excepción hicieron los opresores, concediéndoles permiso para extraer una limitada porción de aquellos artículos, ¿Pero de qué servía este permiso? Lo que no robaban los conductores lo guardaba el gobernador de la isla; i éste i aquellos, con licencia superior, los vendían después públicamente a precios enormes.

A los dos años se incendió parte de la población de Juan Fer-

nández, i con ella el rancho que ocupaba Rosales i su virtuosa hija, i lo poco que tenian adentro para su abrigo. Reducidos a dormir a cielo raso, renovó aquel anciano los ruegos que repelidas veces habia hecho a su amada Rosario para que regresase a Santiago. «No, mi padre, contestó, la suerte de Ud. debe ser la mia. Permitame que siga acompañándole no puedo separarme de Ud.; el pensamiento solo de abandonarle me es menos soportable que la muerte. »

Enternecido a estas palabras, accedió Rosales a sus súplicas; i continuó ella consolándole hasta que la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817) puso término a tan larga serie de infortunios. La Providencia premió sus afanes. Esta escelente hija, tan digna de ser citada como modelo de amor filial i de patriotismo, estimada de todos, gozó por largo tiempo, al lado de su padre i apreciable familia, del dulce espectáculo de ver libre i feliz a su querida patria.

V.

Doña Mercedes Marin de Solar .

Esta célebre poetisa chilena nació en Santiago en 1802, siendo sus padres el doctor don José Gaspar Marin i la señora doña Luisa Recabáren, ambos de las mas nobles familias del pais.

La señora Marin se distingue notablemente entre las personas de su sexo, tanto por sus talentos, como por su modestia i virtudes. A su aplicacion únicamente debe la facilidad con que sabe expresar sus pensamientos en clara i elegante prosa, i en armoniosos versos; pues, nacida con la revolucion de su pais, solo alcanzó en los primeros años de su vida aquella mezquina enseñanza que se daba entonces a las personas de su sexo.

Esta señora ha resuelto, a nuestro entender, un problema difi-

cil, mostrando prácticamente cual debe ser el uso que de un espíritu cultivado debe hacer la mujer en el estado actual de nuestra sociedad. Ella estudia para educar por si misma la inteligencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, i para poder recomendar con elocuencia a la juventud del bello sexo, las ventajas de la ilustración, del saber i de la virtud.

Presidiendo una vez el acto de repartición de premios en un colegio de señoritas, les dijo estas palabras que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio: «La historia, la literatura, las bellas artes os ofrecen sus inmensos tesoros: a todo puede elevarse vuestra inteligencia, que no cede de viveza i penetración a la del hombre. De todo podeis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, i sin contrariar el destino que os ha deparado la Providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambición peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro i que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas i cubierto de precipicios: no obstante, su vida, que en gran parte forma la consagración al deber, i una modesta sumisión a conveniencias sociales, puede aun estar llena de encantos, si la sensibilidad i las luces, reunidas en proporción, forman los elementos de su carácter.... La solemnidad de este acto os dejará las mas puras e indelebles impresiones. Vosotras lo recordareis con gusto cuando mas adelantadas en la vida, conozcais el precio de la inocencia i del reposo; porque los goces de la virtud no se borran jamás i su memoria, como la de la infancia, esparce una suave i encantadora luz aun en los confines del sepulcro.»

No son comunes, modelos como el que presenta esta señora: los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos, i el ejercicio que ha hecho de ellos, es una lección de que pueden aprovecharse otras personas, particularmente hoy, cuando el monopolio del saber ya no es permitido al hombre, i cuando la educación del bello sexo entra en un camino mas luminoso i mas amplio.

Por esta razon de utilidad no trepidamos en copiar aquí parte de una carta que la señora Marin ha escrito recientemente, sin intencion de que viera la luz, i en la cual esplica, cómo se sintió llevada a cultivar las letras, i cuál es el fruto que recoje de esta dulce tarea. Dice así : « Ajena toda la vida de pretensiones al saber, solo he escrito cuando alguna fuerte emocion o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en la mano Desde muy temprano me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instruccion que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma, conocí cuán acertado era a este respecto su modo de pensar, i exagerándolo, tal vez en demasia, juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, a caso ridículo, i que un cultivo esmerado de la intelligenzia, exigía de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer libros útiles para la educacion de mis hijos Mis versos son como un lujo de mi vida privada i no pocas veces han contribuido a librarme de alguna fuerte impresion. »

¡ Discretas i elegantes palabras ! ¿ No muestran por si solas mas que una biografia minuciosa, la sensata moralidad i el finísimo tacto social de quien las ha escrito ?

La señora Marin vive consagrada al cuidado de su familia, i regalándose de vez en cuando las producciones de su talento, segun se lo permiten sus ocupaciones de esposa i madre. Han corrido mas de catorce años desde que se escribió sobre ella lo que precede; i desde entonces acá, se ha hecho admirar por nuevas composiciones tanto en prosa como en verso, entre las cuales no podemos dejar de citar la interesante biografia de su señor padre, una de las mejores que contiene la *Galeria Nacional de hombres célebres*, la oda al Presidente de la Republica don José Joaquin Pérez, i algunos magnificos sonetos que se encuentran en la tercera parte de este opúsculo.

Pero la ilustracion i las prendas del talento no son solo las únicas que adornan a la señora doña Mercedes Marín ; su caridad para con el pobre, su piedad i celo por el culto religioso, su virtud en fin, son otros tantos titulos que la hacen acreedora al respeto i veneracion de sus compatriotas. Muchas veces se le ha visto interponer su influjo a fin de mejorar la triste condicion del desgraciado ; como tambien socorrer al menesteroso i enjuagar las lágrimas del que sufre.

¡ Quiera el cielo prolongar la existencia de una matrona que tanto honra a nuestra patria por sus talentos i virtudes ! (1865).

Esta mujer ilustre i gloria de las letras chilenas, ha fallecido el 21 de diciembre de 1866. Su muerte fué la de una santa. La víspera de morir dictó el siguiente soneto, que es un tierno recuerdo a una de sus hijas.

A MI HIJA MATILDE.

¡ Último resplandor del claro dia
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo i mi alegría !

De tu edad en la bella lozanía,
De gracias i virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo i la ternura mia.

Tú, el solitario hogar con tu presencia
Adornas ; mi solicito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

I miéntras mi plegaria sube al cielo
I en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

El dia de su fallecimiento i ántes de recibir la absolucion papal, hizo la siguiente deprecacion, que consignamos aqui como modelo de fe católica i de buen lenguaje, recomendando a las alumnas la aprendan de memoria :

« Jesus mio, Jesus de mi alma, Jesus dueño de mi corazon, yo te suplico por tus méritos infinitos i los de la Santísima Virjen, mi buena madre, que uses conmigo de tu gran misericordia hasta el último instante de mi vida. Te ruego i te suplico, como siempre lo he hecho, por las necesidades de la Santa Iglesia Católica, mi madre, i especialmente te presento las del romano Pontifice i las de esta Iglesia de Chile, mi cara patria. Que libres este suelo de todos los errores, que me perdone todos los descuidos de mi vida respecto a mis obligaciones. Te encomiendo todos mis hijos, mi marido, mis yernos, mis nietos i todas las personas que me son queridas. Que suplas en ellos los descuidos que yo haya tenido.

« Yo perdono, como siempre he perdonado, a todos los que de cualquiera manera me hayan hecho o intentado hacer algun mal. Suple, Dios mio, respecto a las personas que me son queridas, a las que me han amado i a las que de algun modo me han favorecido, la falta de amor con que por ignorancia o descuido no les haya correspondido. Con todo mi corazon me resigno en tus manos i confio mi suerte en los brazos de la Santísima Virjen, mi buena madre. Yo te ofrezco con toda mi alma el sacrificio de mi existencia, que dispongas de mi vida, como i cuando sea tu santísima voluntad. — *Amen.*»

Las exequias que se le hicieron fueron magníficas. Una numerosa i escojida concurrencia llenaba las naves del espacioso templo de la Merced. Entre los concurrentes se notaban el señor Ministro de la Guerra, los edecanes de S. E. enviados por él, el rector de la Universidad, el almirante Blanco, muchas otras personas de reconocida suposición i las comunidades religiosas.

Un modesto pero elegante catafalco sostenia el cajón en que se encerraban los restos de la ilustre difunta. Despues de las proces de costumbre i de la misa, el acompañamiento se dirigió al cementerio general, que, en obsequio dela verdad, fué numeroso i como pocos hemos visto.

En el momento de depositar en la fosa el cadáver de la finada, el señor Valderrama pronunció un elocuente discurso.

Una respetable matrona que en la carrera de las letras sigue los pasos de la señora Marin, i que bajo el seudónimo de *Una Madre* cambió con ella mas de un afectuoso i tierno soneto, ha escrito el siguiente epitafio sobre el sepulcro de su ilustre amiga :

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA MERCEDES MARIN DE SOLAR.

Nacida para amar, corrió su vida
Como un arroyo manso i cristalino,
I al arribar al fin de su camino
El ángel de la fe le abrió un eden.
Dejó un ejemplo a la mujer cristiana,
A la patria el laud que fué su gloria
I a la inmortalidad una memoria
Do brilla el genio i la virtud tambien !

Valparaiso, diciembre 17 de 1866.

(ROSARIO ORREGO DE URIBE)

VI.

Doña Javiera Carrera de Valdez.

Esta ilustre matrona nació en la ciudad de Santiago el 1º de marzo de 1781, i fueron sus padres don Ignacio de la Carrera i doña Francisca de Paula Verdugo, personajes que tenian en la colonia los primeros puestos sociales, por el caudal de su fortuna i los blasones de sus casas solariegas.

El primer fruto logrado de esta unión, fué la mujer cuya memoria queremos arrebatar a la ingratitud i a las preocupaciones de sus contemporáneos. Sus tres hermanos nacieron en los diez años subsiguientes.—Juan José en 1782.—José Miguel en 1785, —Luis en 1791; siendo de notar que el primero i menos ilustre de aquellos exhibió desde la cuna las extraordinarias facultades físicas que formaron su principal valer.

En medio del círculo escojido de hombres serios i de alto merecimiento que frecuentaban la casa de sus padres, educóse doña Javiera con gran recogimiento hasta que cumplió su edad nubil.

Era ésta, bella, recatada, opulenta, i su madre pasaba por la primera matrona de la aristocracia santiaguina. Prendóse de tantos atractivos un jóven caballero que hubo de obtener su mano. Llamábase éste don Manuel de la Lastra, hermano del jeneral patriota don Francisco.

Doña Javiera vió en breve los frutos de su ternura i de su dicha. Naciéronle dos hijos bajo el blando techo de su madre; siendo así doblemente dichosa, porque jamás hubo mas dulce sombra para la cuna de los que amamos que aquella en que fuimos amados. Pero esta dicha no debía durarle mucho tiempo: su esposo tuvo que ausentarse de Santiago, i a los pocos días, sus tiernos hijos ya no tenían padre, pues éste moría ahogado en el río Colorado, camino de la cordillera de los Andes.

Quedó, pues, doña Javiera viuda i con dos hijos huérfanos en aquella edad de la vida en que para muchas naturalezas delicadas brota en el pecho la primera flor o la primera espina de las ilusiones. Mas, el hado trájole un segundo esposo por el mismo rumbo en que había perdido al primero.

Cuando sucedía la catástrofe del río Colorado, en esta parte de la Cordillera, llegaba a Mendoza un letrado español, hombre de seso a la antigua, de noble alcurnia i que venía a Chile con el encumbrado título de asesor de la Capitanía jeneral. Era éste el doctor don Pedro Díaz Valdez, oriundo de Asturias, hombre de grandes dotes, de bondad i emparentado en la Península con personajes de alto valer, pues era primo del teniente jeneral de la real armada, don Cayetano Valdez.

Oyó el sensible asesor la relación que hacían los caminantes de aquel lastimoso lance, i desde aquel instante le sedujo la ilusión de elejirla por compañera i consolarla en su temprana

viudez. El destino vino en su auxilio, i al fin su sueño de Mendoza fué una realidad en Santiago. Desde el año 1800 el honorable asesor Diaz Valdez fué el pacífico i consagrado esposo de la señora Carrera, cuya desdichada edad, de deslumbrador prestijio i desgarradoras desventuras, iba ya a abrirse.

Pasaron para la señora Carrera de Diaz Valdez los primeros diez años de este siglo en la monotonía de sus deberes domésticos. A ejemplo de su madre, era al mismo tiempo mui dada a las prácticas devotas, i en sus hábitos de dama i de cristiana, se alteraban los bailes i las corridas de ejercicios.

Concluye aquí la primera faz de la existencia de la señora Carrera. Su gran prestijio, sus relaciones de familia i el predominio que ejercia en sus tres hermanos, hicieron de ella la heroina de la *Patria vieja*, como en la nueva fué la mártir.

Así, en 1810 lanzando a sus hermanos, que fueron dóciles a sus consejos, en la arena de la agitación, se hizo un gran nombre político i casi una potencia en la República. Un año después, empujando a aquellos i a don José Miguel, recién llegado, a los vaivenes de la rebelión, se constituyó, por el éxito de sus empresas, en una suprema autoridad, i por último en el siguiente, el año 12, que pudo llamarse con propiedad el año de los Carreras, porque imperaron entonces con todo su esplendor i todos sus estravíos, fué aquella mujer la cúspide de la revolución i el irresistible consejo de sus promotores.

Pero si esto acusa a aquella matrona haciéndola figurar en un rol que parecía usurpado, abónala una consideración que, al hablarse de una mujer, no debe echarse nunca en olvido; i fué ésta la abnegación sublime con que se consagró a los suyos, cual si fuera mas que hermana, la madre i la tutora de cada uno de aquellos hombres que tuvieron tan poca ventura, i que arrancaron tantas lágrimas a los corazones que saben llorar ajenas desdichas.

Proscriptos los Carreras a consecuencia de la batalla de Rancagua perdida por los patriotas (1º i 2 de octubre de 1814),

doña Javiera, esposa de un asesor del reino i cidor honorario de su Audiencia, hombre de grandes influjos, que adoraba a su esposa con un orgullo casi insensato, i que en nada se habia comprometido contra los intereses de la metrópoli, pudo ponerla al abrigo de toda persecucion i aun colocarla a la altura social i politica a que sus empleos le llamaban. Mas, la noble matrona, como ella misma decia mas tarde en la intimidad de sus congojas, no era «ni un poquito egoista, i por esto se vió envuelta en ruinas de que nadie pudo librarl».

Siguiendo la suerte de sus hermanos, la señora Carrera trepó los Andes i se instaló en el seno de la emigracion patriota que habia encontrado asilo en Buenos-Aires, mas como madre solícita entre huérfanos hijos, que como mujer desposeída de honores i de poder. Belleza en Chile sin rival hacia pocos meses, realzada por la fortuna, la magnificencia de los puestos i la lisonja deslumbradora de los cortesanos de su gloria, todo habia cambiado ahora en derredor suyo, excepto su jeneroso i abnegado corazon. Doña Javiera era una señora que vivia en el desierto apartada de tratos sociales, modesta, laboriosa, empeñada solo en el bien de sus hermanos i del de sus leales amigos. Habitaba de prestado en casa del canónigo arjentino don Luis Bartolo Tollo, quien le devolvía ahora una jenerosa hospitalidad, que recibió de la casa de Carrera cuando se graduó en Chile en cánones; i como aquel sacerdote, tan benévolo como entusiasta, fuera pobre, la existencia de la señora, durante los dos primeros años de la emigracion (1815 i 1816), corrió en la miseria, hasta el punto de poder describirse su hogar en esa época, usando apropiadamente la lastimera expresion con que don Juan José Carrera pintaba a su hermano don José Miguel, ausente entonces en Estados Unidos, las aflicciones de su techo de proscripto. «¡Ya no nos queda prenda que vender, le decia, i muchos días no comemos sino lágrimas!»

Mas no pasó mucho tiempo sin que a las amarguras de la miseria se juntasen las de las catástrofes. A mediados de 1817,

don Luis i don Juan José Carrera fueron aprehendidos en Mendoza, procesados como reos de conspiración, sentenciados a muerte i ejecutados en la plaza pública el 8 de abril de 1818, tres días después de la jornada de Maipo. La infeliz señora, que había dado mil pasos i hecho los mayores esfuerzos por salvar a sus hermanos del patíbulo, supo la nueva de aquel desastre por las músicas i repiques que anuncianaban al Plata la victoria de sus hijos ; porque tan grande fué la desdicha de los Carreras en el otro lado de los Andes, que el destino les arrancaba aun la parte que debía caberle del común regocijo. Estuvo doña Javiera al perder la existencia por este suceso en que ella misma se acusaba de imprudentes insinuaciones. « Vuestra hermana, escribía á don José Miguel, el 23 de abril de 1818, un oficial extranjero que la acompañaba en Buenos-Aires, está postrada en cama i hubo momentos en que tuve pocas esperanzas de su vida. »

Pero las aflicciones de aquella desgraciada matrona iban solo a comenzar entonces. Su hermano don José Miguel, proscripto en Montevideo, meditó en los arcanos de su jenio una venganza de su sangre que fuera digna del holocausto de Mendoza ; i se lanzó a los ríos i a las pampas de aquella nación por él aborrecida, llevando en sus manos el azote de la perdición. Su jenerosa hermana corrió en todo su infeliz suerte, quedando a la distancia i en el desamparo.

Al saberse en Buenos-Aires que don José Miguel Carrera se había reunido al jeneral Ramírez en Entreríos, el gobierno de la ciudad arrestó a doña Javiera en su casa, poniendo dos centinelas a la puerta de su dormitorio. Desterraronla en seguida, cuando arreció la tempestad, a la Guardia de Luján, un fuerte de la Pampa donde el rigor del clima enfermaba aun a los soldados. Despues de muchos meses fué conducida, con su salud postrada, a la villa de San José de Flores, en la vecindad de Buenos-Aires, i mas tarde encerraronla en un convento.

Como los planes de su hermano pareciesen desvanecerse, la

señora Carrera consiguió al fin su libertad; pero apénas su sublevó el ejército del Alto Perú en la posta de Arequito (7 de enero de 1820) i Carrera se incorporó en sus filas, recelosa doña Javiera de nuevas vejaciones, escapóse a pié de Buenos-Aires, i siguiendo la playa del río, fué a refugiarse a bordo de una fragata de guerra del Brasil, que estaba anclada en la embocadura del riachuelo de Barracas. Doña Javiera Carrera, escribía el ministro de Chile Zañartu, al Director O'Higgins, el 26 de enero de 1820, fugó, sin que se sepa a dónde, el mismo día que llegó la noticia de Arequito. »

Consiguió después la infeliz proscripta navegar el río i fué a asilarse a Montevideo, hasta que el jenio de su hermano, en alas de la victoria, penetró en Buenos-Aires, ciudad que había sido, no solo el presidio de su familia, sino también el balón de su gloria; i se proclamó, en la plaza pública, dictador esfumero e intruso, pero omnípotente. Voló doña Javiera a abrazarle desde la otra ribera del Plata; i aquel encuentro en que ambos hermanos recordaron el luto de Mendoza i la gloria de sus mejores tiempos de prosperidad i grandeza, fué el último regocijo i el último adios de aquellas almas que nacieron predestinadas para el dolor.

Carrera no oyó esta vez los consejos de su hermana, deslumbróse con el éxito, i no solo confiò ciegamente en sí propio, sino que entregó su causa al imprudente Alvear, que había venido de Montevideo. El 26 de marzo (1820), aquel joven que tuvo asomos de jenio, salía calizbajo de Buenos-Aires, perseguido con piedras por los tercios del pueblo irritado de su petulante jactancia, miéntras Carrera le cubría la espalda con sus huestes de chilenos. Doña Javiera logró ocultarse en casa de una jenerosa amiga, la señora doña Dámasa Cabezon, cuya bondad pagó después con usura el aprecio de los chilenos i que, tanto ésta como sus ilustradas hermanas i su sabio padre, han jenerosamente retornado, ocupando la mayor parte de su vida en la

educacion de la juventud chilena. Una carta de esta señora, escrita a don José Miguel en aquella fecha, le anunciaba que su hermana estaba salva, i que al fin había conseguido por influjos un pasaporte para trasladarse a Montevideo.

Un dia, a últimos de setiembre de 1821, hallándose doña Javiera en esta ciudad en compañía de su joven amigo, el escritor don Manuel José Gendarillas i otros varios, recibió lo infiusta noticia de que su hermano José Miguel había sido fusilado en Mendoza, en el mismo sitio en que aun se levantaba el vapor de la sangre de sus otros dos hermanos, el dia 4 del mes i año citado! . . .

Esta segunda catástrofe abatió de tal manera el ánimo i la salud de la señora Carrera, que durante muchos meses se desconsoló de su vida. Tuvo esa enfermedad que ya ha desaparecido del mundo i que entre nosotros se recuerda solo como una tradición «La melancolia!» Se enflaqueció su cuerpo hasta parecer un esqueleto, amoratósele el rostro, rompiéronsele los labios, perdió el cabello, i por último se agotaron sus fuerzas, hasta el punto de que su sirviente, el siel Cornejo, la llevaba en brazos en sus peregrinaciones por las estancias de la Banda Oriental, que recorría acompañada de un médico para recobrar, a causa a pesar suyo, la salud de su físico, puesto que la del espíritu estaba para siempre perdida.

Restablecida de su enfermedad la señora Carrera, prolongó voluntariamente su destierro hasta que, derribada la administración O'Higgins i echadas las bases de un gobierno de conciliación i patriotismo, quedó limpia de estorbos la senda de sus desiertos hogares. Embarcóse, en consecuencia, en Montevideo, por el mes de febrero de 1824, i llegó a Valparaíso en otoño de aquel año, después de una próspera navegación de cuarenta y seis días. Fueron sus compañeros de viaje el capitán don Pedro Nolasco Vidal, don Manuel José Gendarillas i su siel Cornejo.

La señora Carrera fué recibida en Chile con grandes mues-

tras de respeto, porque aun aquellos que no olvidaban sus rencores políticos rendían el homenaje de una apropiada compasión a sus grandes infortunios. Pero doña Javiera no venía propiamente a buscar en Chile una patria, sino un hogar. Quería descubrir un sitio querido en que levantar á sus inmolados deudos un altar apartado que ella consagraria con sus recuerdos i sus lágrimas. Los hombres, como las aves, llaman pronto suyo todo suelo que les concede un nido donde abrigar su compañera i su prole, fruto i lazo de sus dichas.—Para la hermana de los tres mártires de Mendoza ese asilo, único que anhelaba su alma lastimada, era el nido de aquella feliz niñez que compartió con ellos i que ofrecía todavía sombra i sustento para sus viejos años en las selvas de San Miguel.

Apénas hubo llegado a Chile, la señora Carrera dirigióse a aquella propiedad, en la que ha vivido por un espacio de cerca de cuarenta años. Ultimamente dejó aquel lecho, que ella hizo hospitalario para todos, solo con el objeto de acercarse al cementerio.

Solo cuatro años despues de su regreso a Chile, i muerto ya su esposo (1826), el escelente i bondadoso Diaz Valdez, vemos aparecer el nombre de la señora Carrera en los acontecimientos de su patria que tenian alguna significacion política.

Pero esta única vez en que aquella mujer de corazon salió de su retiro, fué solo para pedir la espiacion de sus compatriotas sobre los manes de sus deudos. Todos saben las pomposas exequias que se hicieron á los restos de los Carreras, conducido desde Mendoza por una comision de chilenos autorizada por lei del Congreso nacional. Tuvo lugar aquella ceremonia el 14 de junio de 1828, durante la administracion del jeneral Pinto, a quien la señora Carrera contó, desde su infancia, entre sus mas leales amigos.

Desde aquel dia fúnebre, doña Javiera Carrera creyó dejar cumplida la mision que el amor de sus hermanos i el entusiasmo

de su carácter le había impuesto, desde los primeros días de la revolución. Estaban ya devueltas al suelo de Chile aquellas cenizas para ella tan queridas, i se había lavado con lágrimas de todo un pueblo la afrenta del patíbulo!

Alejóse, en consecuencia, la señora Carrera, i ya de una manera irrevocable, de todo contacto con la cosa pública de su patria, i desde aquel momento su existencia de mujer no ofrece otras novedades que las que podían caberle en las consideraciones sociales que eran debidas a su rango, a su cultura i a sus infortunios. La loza que había cerrado la tumba de sus hermanos, cabada en el suelo de sus mayores, sepultó también el rol histórico de la señora Carrera.

Tuvo ésta verdaderamente las dos mayores virtudes de su sexo: la resignación en Dios i la abnegación de sí propia en las congojas de la vida. Podrá acusársele de haber amado demasiado, pero no de ninguna culpa de egoísmo, que es la negación de todo amor.

En su retiro de San Miguel, la señora Carrera volvió a dar muestras de las altas prendas de su organización, que el infortunio, lejos de gastar, había hecho más finas. Gustaba rodearse de hombres que descollaran su inteligencia o su saber, sin que jamás se fijara en su posición política. Vera, Gendarillas, Bello, Mora fueron más de una vez sus huéspedes en su mansión de campo, que ella abría, a ejemplo de su madre, a todos los extranjeros de distinción.

La señora Carrera se alejó de sus gratos jardines de San Miguel, que ella cultivaba con sus propias manos, solo para prepararse cristianamente al viaje de la eternidad. Admira su ternura, no menos que su incontrastable entereza delante de la muerte. Nombró albaceas que hicieran inventarios póstumos de sus bienes; pero ella hizo solo lo que podría llamarse el inventario de su corazón. Repasó en su memoria todas sus aficiones, hasta las más pequeñas, para enviar a cada una una palabra de adiós; i no olvidó siquiera los compromisos de so-

ciedad, ni aun los encargos caseros mas triviales, porque desde su lecho de muerte ordenó se comprara con anticipacion el luto de su servidumbre. Menos se ha olvidado de los pobres, de quienes fué jenerosa protectora, gastando en deberes de familia i en obras de caridad mas de lo que le producian sus rentas; porque la señora Carrera tuvo, no solo la virtud reflexiva de la jenerosidad, sino sus mas sublimes i espontáneos arranques. Despues de la batalla de Lircay, muchos de los beneméritos jefes que habian militado bajo las banderas de sus hermanos, comieron por ella el pan de la persecucion, que hacia llegar á sus familias con las mas delicadas precauciones. Sabiendo la pobreza de las monjas Trinitarias de Concepcion, les hizo una cuantiosa limosna, sin duda con ocasion del terremoto que en 1835 asoló a aquella poblacion; por lo cual aquellas buenas religiosas le dedicaron una novena de la «Santísima Trinidad», que corre impresa, i en la que, ofreciéndole el sufragio de sus constantes oraciones, la llaman «su insigne bienhechora.» Tambien dejó en su testamento una fuerte cantidad para mandas piadosas i secretas.

Los últimos momentos de la señora Carrera pertenecieron a su espíritu identificado con la creacion a que iba a volver. Dábanle nieve para calmar su agonía, i ella esclamaba, admirándose de aquel obsequio hecho ya a un cadáver, «que el Salvador del mundo tuvo como ella sed, i le dieron hiel i vinagre.» Olvidaba la mártir de la historia, que ella había apurado ya en su caliz todas las amarguras de la tierra, por lo que su alma estaba de antemano purificada i restituida a su primer orígen.....

El dia 20 de agosto de 1862, a las doce de la noche, la ilustre matrona, cuyas virtudes e infortunios han hecho tan célebre su nombre, entregó su alma al Criador, i sus exequias fueron dignas de su alto merecimiento.

A LA SEÑORA DOÑA JAVIERA CARRERA.

¡Nació para sufrir!.... El hado insano
Probó su esfuerzo con amargas penas,
I al par de sus desgracias, las ajenas
Soportar supo con valor cristiano.

Sintiendo rebullir desde temprano
La sangre de los héroes en sus venas,
Del despotismo odiando las cadenas,
Guerra juróle al invasor hispano.

I siempre noble, jenerosa i fuerte
Sufriendo de la Patria la desgracia
O celebrando su temprana gloria;

Nunca su jenio doblegó la suerte,
Antes por su alma i varonil audacia
Dejó renombre en la chilena historia!

Marzo de 1867.

(J. A. S.)

VII.

Doña Antonia Salas de Errázuriz.

Voi a referiros, amables niñas, algunos rasgos de la interesante vida de la señora doña Antonia Salas de Errázuriz. Leedlos con mucha atencion, porque en ellos encontrareis nobles i virtuosos ejemplos que imitar.

Esta ilustre matrona nació en Santiago el 13 de junio de 1788, i fueron sus padres el célebre filántropo don Manuel de Salas i Corvalan, i la señora doña Manuela Palazuelos i Aldunate, ambos pertenecientes a la mas encumbrada aristocracia colonial.

Dotada la señora Salas de Errázuriz de un jenio alegre i festivo, se le vió, desde sus mas tiernos años, ser la compañera inseparable de su caritativo padre, ya en sus diarias visitas al hospicio, de que éste fué fundador, ya a las cárceles i presidios, llevando muchas veces en sus tiernos brazos el vestido que debia cubrir la desnudez del necesitado.

Tal fué su vida hasta el año de 1809 en que contrajo matrimonio con el señor don Isidoro Errázuriz Aldunate. Con el ejemplo del padre, los sentimientos de caridad habian echado hondas raíces en el corazon de la hija, quien, en lo sucesivo, no debia ya vivir sino para los pobres. En efecto, sus deberes de esposa i madre no le impidieron jamás el practicar la caridad, i nunca el menesteroso golpeó sus puertas sin que encontrara el socorro de sus necesidades en cuanto los recursos de la señora se lo permitian.

Inspirada en las ideas de libertad que germinaban en su corazon i que hicieron de su señor padre i esposo unos de los primeros mártires de nuestra independencia, la señora Salas de Errázuriz se portó como una gran patriota i una gran matrona. Su entereza i su resignacion no la abandonaron un momento en aquella época acriagada. No se le oyó una sola queja por los sufrimientos que le causaba el destierro a Juan Fernandez de su anciano padre i de su esposo; ántes al contrario, animosa i resignada, se ocupaba, ya en buscar recursos para cubrir las fuertes contribuciones que les imponía el gobierno español, ya en mandar víveres á los desterrados, ya en adquirir noticias que poder comunicarles i que pudiesen consolarlos en su destierro, i para lo cual tenia que burlar la vijilancia del gobierno por mil ingeniosos medios, hasta que, con la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817), volvieron aquellos de su destierro.

En los años de 1819 i 20 desarrollóse con gran rapidez la viruela, tanto mas temible entonces cuanto menos conocidos eran los medios de curarla; diezmaba la población i espacia por todas partes el llanto i el terror. La señora Salas de Errázuriz,

residente en esa época en su chacra de San Rafael, situada en el llano, lejos de huir de la epidemia, se preparó para combatirla; i al saber que en un mal rancho yacia abandonada la familia Leiva, compuesta de cinco personas todas atacadas de la viruela, corrió presurosa i la hizo conducir a las casas de la chacra; pero no habiendo piezas aisladas en que colocarla, la estableció en la inmediata a la que servía de dormitorio a sus hijos, sin otra separación que una débil puerta. A esta familia se agregaron pronto dos apóstados mas que se encontraron abandonados en un potrero; i todos ellos tuvieron la suerte de recobrar la salud, merced a la asistencia, cuidados i desvelos de la señora Salas.

Hé aquí, amables niñas, entre otros muchos, el noble i valeroso ejemplo de abnegación i de caridad que nos ha legado esta ilustre matrona. Ella espuso su vida i la de su familia por salvar la de siete infelices; ella no temía a la muerte cuando servía a Dios o a sus pobres.

Contenta i feliz vivía la señora Salas de Errázuriz, rodeada de sus hijos i esposo, cuando el 19 de noviembre de 1822 acaeció el gran terremoto que asoló la mayor parte del país i que sepultó bajo los escombros de las casas de Popeta a un hijo querido i parte de su servicio doméstico. Parecía natural que tan rudo golpe arrancase quejas a su corazón; pero la virtuosa señora, con una resignación i una conformidad que solo Dios puede dar, vió a su tierno hijo exhalar en sus brazos el último suspiro, del mismo modo que a la fiel sirvienta que, a la misma hora, moría también a su lado. Su cuerpo cedió al fin a tanto dolor, i fué atacada de una grave enfermedad que amenazó sus días i que la postró en cama durante ocho meses.

Restablecida apénas de esta enfermedad, la mujer caritativa continuó practicando sus buenas obras: su casa se convirtió muchas veces en hospital, donde se curaba al enfermo i desvalido, como sucedió en diciembre de 1829 después de la acción de Ochagavía. Sin atender a las opiniones políticas de los que combatían, la señora Salas recogió del campo de batalla su pri-

mera víctima, la hizo conducir a su casa i la salvó de la muerte curándole una gravísima herida.

Desde 1833 las desgracias domésticas persiguieron sin cesar a la señora Salas de Errázuriz: la muerte de su amante esposo i de varios de sus hijos postraronla nuevamente en cama i agotaron al fin sus fuerzas debilitadas. Restablecida completamente de su enfermedad, volvió de nuevo a su tarea favorita de hacer el bien i de servir a la humanidad que padece.

A consecuencia de la batalla de Longomilla (8 de diciembre de 1851), de triste memoria, centenares de heridos jemian en los hospitales de Talca; la señora Salas de Errázuriz intentó trasladarse a aquella ciudad; pero no permitiéndoselo sus fuerzas ni su edad avanzada, mandó a sus hijas para que hiciesen sus veces, quedando ella encargada de recojer los auxilios que el pueblo de Santiago podía proporcionarle.

Los hospitales, el hospicio i casa de huérfanos se encontraban en aquella época en un estado miserable, a pesar de los esfuerzos de algunas almas caritativas por levantarlos de su postración; pero esta dicha solo estaba reservada a la señora Salas de Errázuriz, tal vez como un premio que la Divina Providencia le concedía. También a su empeño es debido el establecimiento de la *Sociedad de beneficencia de señoras* que tuvo lugar en julio de 1852 i que ha producido tantos frutos para el alivio del indigente. Esa *Sociedad* recordará siempre el celo con que la señora Salas de Errázuriz supo impulsar sus trabajos, la actividad i vigor de aquella alma caritativa, que, sobreponiéndose a sus dolencias físicas i a la fatiga de los años, acudió siempre al clamor del necesitado i elevó su voz por todos los que sufrian.

Distribuido el cuidado de los establecimientos de beneficencia entre varias señoras socias, a fin de acudir mejor al remedio de sus necesidades, mui luego se notó en ellos, i especialmente en los hospitales, una transformación completa: sus salones, que por falta de ventilación i aseo no eran propios para seres huma-

nos, se convirtieron pronto en aseados i ventilados ; i una curacion esmerada i alimentos bien preparados, disminuyeron el número de las victimas. Los facultativos redoblaron tambien sus esfuerzos al ver que sus trabajos obtenian excelentes resultados.

La experiencia que la *Sociedad* habia adquirido en el ejercicio de sus deberes, le hizo notar la falta de una clase de obstetricia, que hacia tiempo se habia suprimido ; i con el objeto de remediar este mal, se dirijo i obtuvo del Supremo Gobierno que se volviese a establecer ; i gracias a esa clase, existen hoy hábiles matronas en los principales pueblos de la República.

Pero los cuidados i atenciones de la señora Salas de Errázuriz no se limitaban solamente a los establecimientos de beneficencia de Santiago ; pues, en cuanto se lo permitian los recursos con que contaba, estendia tambien su mano jenerosa a los de las provincias. El administrador del hospital de Ancud solicito algunos auxilios de la señora, i obtuvo de la *Sociedad* para aquel establecimiento veinticinco camas, gran cantidad de ropa i algun dinero. El empleado de igual clase del hospital de San Fernando pidió tambien algunos socorro á la *Sociedad*, i la señora Salas no trepidó en constituirse en su ajente a fin de conseguirlo.

Las mejoras introducidas en los establecimientos de beneficencia no satisfacian aun todas las aspiraciones de la *Sociedad* que presidia la señora Salas de Errázuriz ; pues los oficios de enfermeras, roperas, etc., eran desempeñados por personas asalariadas que no cumplian sus deberes con la exactitud debida ; i para llenar este vacio, trabajó la *Sociedad*, impulsada por su presidenta, en hacer venir a Chile las dignas i venerables hijas del mas santo de los santos San Vicente de Paul, las *Hermanas de caridad*, que tan bellos frutos han dado i están dando, ya en el cuidado de los hospitales i demas casas de beneficencia, ya en la educacion de la juventud menesterosa.

Atendidos ya los hospitales i demas establecimientos de bene-

sistencia, satisfechas ya casi todas sus necesidades, faltaba aun preservar a la huérfana abandonada de los riesgos que corre en su juventud ; faltaba aun arrancar del crimen a las víctimas que enjendran las malas pasiones, para convertirlas en miembros útiles a la sociedad. Para conseguir tan santo propósito, la señora Salas de Errázuriz propuso en setiembre de 1858 i la *Sociedad de beneficencia* aceptó i emprendió la fundación de la Casa del *Buen Pastor*, que pronto principió a dar los mas sazonados frutos, ya educando a la tierna i desemparada niña, ya recogiendo a la mujer de mala vida, quien, gracias a los cuidados de la casa, se convierte muchas veces en una buena madre de familia, o por lo menos en una nueva Magdalena.

Esta sola institución de caridad haría el mas alto elogio de la señora Salas de Errázuriz, si no la hubiésemos visto tomar parte en todas las que hemos mencionado ; pues es muy raro el establecimiento de beneficencia que no tenga para con ella una deuda de gratitud. Las escuelas de niñas pobres i el *Asilo del Salvador*, de que no hemos hablado en las líneas precedentes, fueron tambien el objeto de sus maternales cuidados.

En cuanto a su instrucción, la señora Salas de Errázuriz, aunque nacida i educada en la época del coloniaje, no era una mujer vulgar : había leído mucho ; hablaba el francés, traducía el inglés i escribía su propio idioma con bastante corrección, como lo comprueban algunas actas que, escritas de su puño i letra, han quedado en los libros de la *Sociedad de beneficencia*, de que fué su presidenta i su mas activo i laborioso miembro.

Los años i trabajos que había sufrido agotaron al fin sus debilitades fuerzas, i una fuerte fiebre amenazó su existencia el 7 de noviembre último ; la enfermedad continuó tomando cada día mas cuerpo, hasta que la madre de los pobres se preparó para llenar sus últimos deberes. Sus parientes i amigos rodearon su lecho ; i en medio de sus dolencias se le oía elevar votos al cielo por los establecimientos que le debían su existencia, i muy espe-

cialmente por el monasterio del *Buen Pastor*. La fiebre se hizo mas intensa, la debilidad llegó a su ultimo grado, i la ilustre enferma entregó su alma al Criador, el dia 8 de enero del presente año (1867), despues de dos meses de cama, empleados en ejercicios piadosos i en consolar a sus aflijidos deudos i amigos.

Al siguiente dia tuvieron lugar las exequias celebradas por su alma. Por una gracia especial, el señor Ministro del Culto accedió a los deseos de las monjas del *Buen Pastor*, de conservar en su propio cementerio los preciosos restos de la que fué fundadora de ese monasterio, i que consagró todos los momentos de su vida, hasta sus últimos instantes, al bien del pobre i al alivio del desgraciado. Colocado el cadáver en el centro de la capilla, rodeado de numerosos deudos i amigos, entonaron las monjas en coro las preces que la Iglesia eleva en tales casos por el descanso de los que fueron. A las doce regresaba el acompañamiento, i las oraciones de las monjas continuaron por toda la noche. En la mañana siguiente se continuaron los oficios en medio de una numerosa concurrencia de parientes i amigos de la finada. El servicio fúnebre fué dirigido por el señor prebendado Parreño i oficiado por toda la comunidad. Concluida la misa, el señor canónigo Martínez Gárfias, justo apreciador de las grandes virtudes de la señora Salas de Errázuriz, pronunció, en tono comovido, un sentido discurso que hizo derramar mas de una lágrima. El orador pintó con breves pero elocuentes palabras los rasgos mas notables de la vida de tan ilustre i virtuosa matrona.

Tal, queridas niñas, ha sido la vida i tal la muerte de la señora doña Antonia Salas de Errázuriz, mujer notable por su cuna, notable por su ilustración i notable por sus grandes virtudes cívicas i evanjélicas.

EN LA SEPULTURA DE LA SEÑORA DOÑA ANTONIA SALAS DE
ERRAZURIZ.

Manda el Señor sobre la tierra oscura

En ausencia del sol, a las estrellas;
I a sus almas mas nobles i mas bellas
A consolar la humana desventura.

Néctar de amor de májica dulzura
Nos brindan al oir nuestras querellas;
Los huérfanos, las viudas, las doncellas,
Son el iman feliz de su ternura.

Do quiera haciendo el bien cruzan el suelo;
I, desdeñando sus mentidas galas,
La modestia las cubre con su velo.

Un dia llega al fin.... baten sus alas....
Se despiden del mundo i van al cielo....
Tal el destino fué de ANTONIA SALAS.

Marzo de 1867.

FIDEL PALACIOS.

—
ANTONIA SALAS DEERRAZURIZ.

La caridad sublime, hija del cielo,
Formó su corazon desde la cuna,
I fueron sus acciones una a una
Actos de abnegacion i de consuelo.

Sirviendo con sollicito desvelo
A cuantos contristaba la fortuna
Siempre su accion heróica i oportuna
Supo calmar del infeliz el duelo.

Madre del pobre cariñosa i tierna,
Con la eficacia del amor mas vivo,
Supo, sembrando el bien hacerce eterna.

Pues do la Caridad tienda sus alas
I la miseria encuentra un lenitivo,
El alma allí estará de ANTONIA SALAS.

Marzo de 1867.

J. A. S.

VIII.

Doña María Cornelio Olivares.

La guerra de la independencia americana fué mui secunda en hechos heróicos de todo jénero, no solo de parte de sus valerosos hijos, sino tambien de sus ilustres matronas. Entre la multitud de acciones interesantes que hermosean aquella gloriosa época, es difícil elejir. Aun ántes de que las colonias españolas en América tratasen de sacudir el onuioso yugo que las oprimia, se presentó a las bellas arjentinas una oportunidad de señalar su consagracion al país de su nacimiento. La invasion de Buenos Aires por los ingleses en 1806 desenvolvió en ellas el jérmen de esta virtud. «Mujer hubo, dice el doctor Funes, cuyo postrer adios fué decir á su marido: «*No creo que te muestres cobarde; pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.*» No satisfechas con exhortar i animar a los hombres a la resistencia, se precipitaban en medio de la carniceria del campo de batalla; distinguiéndose entre todas doña Manuela Pedraza, que fué premiada por su heroicidad con el grado de teniente.

Mas tarde, cuando Buenos Aires rompió las cadenas que la ligaban a la peninsula, las madres escitaban a sus hijos, las hermanas a los hermanos, las esposas a los esposos, para que arrostrasen los peligros i sostuviesen la independencia.

En Bolivia se hizo notar por su acendrado patriotismo, entre otras muchas señoras, doña Mercedes Tapia, chuquisaqueña; hermosa jóven que sufrió con santa resignacion los mayores vejámenes i que espiró de puro gozo cuando recibió la noticia de la victoria ganada por los patriotas en Salta (20 de febrero de 1813).

Entre las hijas de Venezuela distinguióse notablemente la señora doña Josefa Palacios, viuda del benemérito jeneral don José Félix Rivas, la cual se condenó a un ostracismo voluntario

durante todo el tiempo que permaneció su patria en poder de los enemigos, no obstante las reiteradas instancias del mismo jeneral Morillo para que abandonase su destierro, i a cuyos comisionados siempre contestó la señora: « Digan vds. a su jeneral que Josefa Palacios no abandonará este lugar miéntras que su patria sea esclava; no lo abandonará sino cuando los suyos vengan a anunciarle que es libre i la saquen de él. »

Doña Juana Antonia Padron, madre de los célebres jenerales colombianos don Mariano i don Tomás Montilla, cuyo adios a sus hijos cuando iban a partir en defensa de la patria, lo recordará siempre la historia: *No hai que comparecer en mi presencia, les dijo, si no volveis victoriosos.* »

Esta señora se hizo igualmente notable.

De las margariteñas doña Luisa Cáceres, esposa del jeneral patriota Arizmendi, linda joven de diez i nueve años de edad, prefirió los mas crueles padecimientos i ser enviada á España bajo *partida de rejistro*, ántes de escribir a su marido aconsejándole traicionar la causa de los patriotas como lo pretendían sus opresores. Insurreccionada la isla i siendo corto el número de hombres, las margariteñas vinieron en su auxilio; i llegó a tal grado su patriotismo, que no solo hacían centinelas de noche para que aquellos pudiesen descansar, sino que se adiestraron tambien en cargar i disparar los cañones.

Entre las granadinas, la sombra de una víctima ilustre sale de la tumba para escitar la admiracion de todas las edades: es la de la virtuosa, la inmortal POLICARPA SALABARRIETA, que supo arrostrar, con semblante sereno i tranquilo, los suplicios i la muerte misma. La historia refiere que cuando esta mujer verdaderamente extraordinaria caminaba al fatal lugar donde debía ser sacrificada, exhortó al pueblo, que lloraba desconsolado i triste, del modo mas enérgico. « *No lloreis por mi, les dice, llorad por la esclavitud i opresión de vuestros abatidos compatriotas: sirvaos de ejemplo mi destino; levantaos i resistid los ultrajes que sufris con tanta injusticia.* » Llegada al patículo, pi-

dió un vaso de agua, mas observando que era un español quien se lo traía, se negó á admitirlo diciendo: « *Ni un vaso de agua quiero deber a un enemigo de mi patria.* » Un momento ántes de darse la señal de la ejecucion se vuelve á sus crueles verdugos, i con espíritu tranquilo esclamó: « *Asesinos, temblad al coronar vuestro atentado: pronto vendrá quien vengue mi muerte.* Tu predicción se cumplió, ilustre granadina.

Pero volvamos los ojos a nuestro querido Chile. Nosotros no teneímos que envidiar los sentimientos patrióticos de las mujeres de otros países. Para demostrarlo, ahí están, entre otros muchos, los nombres venerandos de Paula Jara, Agueda Monasterio, Javiera Carrera, Luisa Recabarren, Rosario Rosales i el que encabeza estas líneas, del cual pasamos a ocuparnos.

Doña María Cornelio de Olivares vivía en Chile en 1817. Pocos días antes de la batalla de Chacabuco (12 de Febrero del año citado), el gobernador realista de aquel pueblo perpetró un hecho atroz en la persona de esta señora, que se distingüía por su amor patrio. Sabido es que en concepto de los tiranos no podía haber mayor delito. Sin embargo, contenidos por el temor de la influencia que tenía la familia de aquella señora, en razon de sus muchos parientes i de su fortuna, se contentaron por algun tiempo con perseguirla ocultamente. Mas al fin se sobrepuso el despotismo agonizante a toda consideración. Cuando se supo en Chillán que los libertadores estaban salvando los Andes, no le fué posible a la patriota Olivares reprimir su entusiasmo. En medio de los enemigos, irritados mas que nunca por la tentativa de los independientes, tuvo ella valor de pronunciar públicamente sus sentimientos, sus deseos i esperanzas, i de pronosticar el glorioso éxito que a los pocos días logró aquella expedición en la cuesta de Chacabuco. Entonces la aprisionaron, le rasparon el cabello i las cejas i la tuvieron espuesta en Chillán a la vergüenza pública desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, cuyos ultrajes sufrió con inalterable firmeza de ánimo. Su heroicidad fué premiada por el gobierno de O'Higgins,

el cual, en decreto de 2 de diciembre de 1818, declaró a doña María Cornelio Olivares «una de las ciudadanas mas beneméritas del Estado», en atención a sus sobresalientes virtudes cívicas.

I nosotros ¿qué hemos hecho para conservar la memoria de esa heroica chilena? ¿Se ha dado siquiera su venerable nombre a alguna de las calle ó paseo públicos de la ciudad en que vivió? Tenemos pueblos i calles que llevan el nombre de individuos que ningún sacrificio han hecho en obsequio de la patria i a quienes nada debe su independencia; i no tenemos ni pueblos, ni calles que se llamen *Las-Heras, Rodriguez, Infante, Argomedo, Agueda Monasterio, Cornelio Olivares, &c. &c.*

IX.

Doña María Sanchez de Mandeville.

Vais a leer queridas niñas, algunos ragos biográficos de la ilustre matrona, Doña María S. de Mandeville a quien muchas de vosotras habréis conocido, i cuya muerte ha cubierto de luto a la culta sociedad de Buenos-Aires que le era deudora de grandes i relevantes servicios.

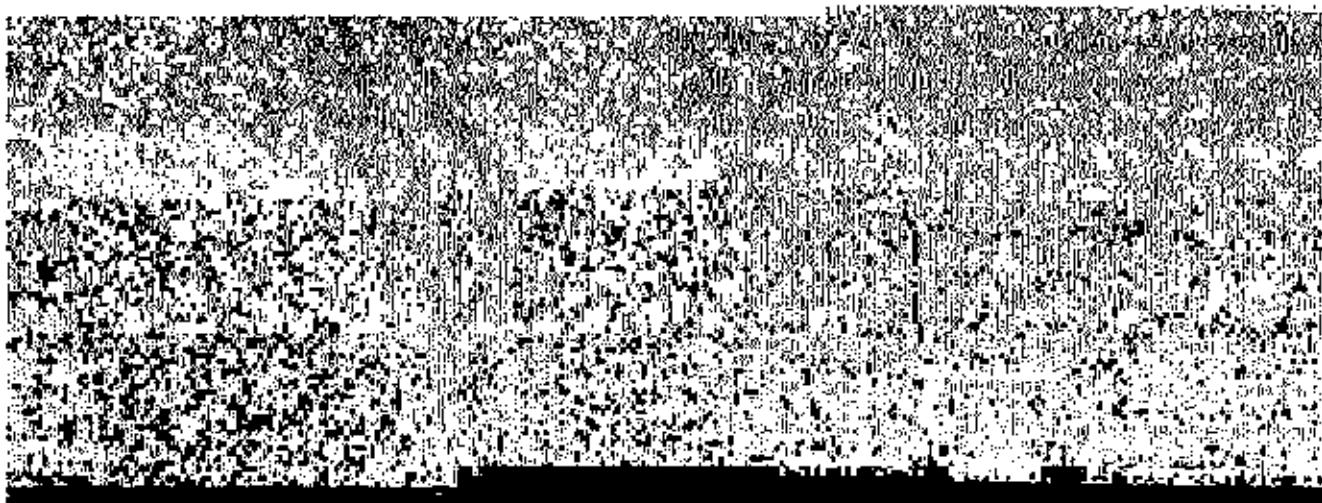
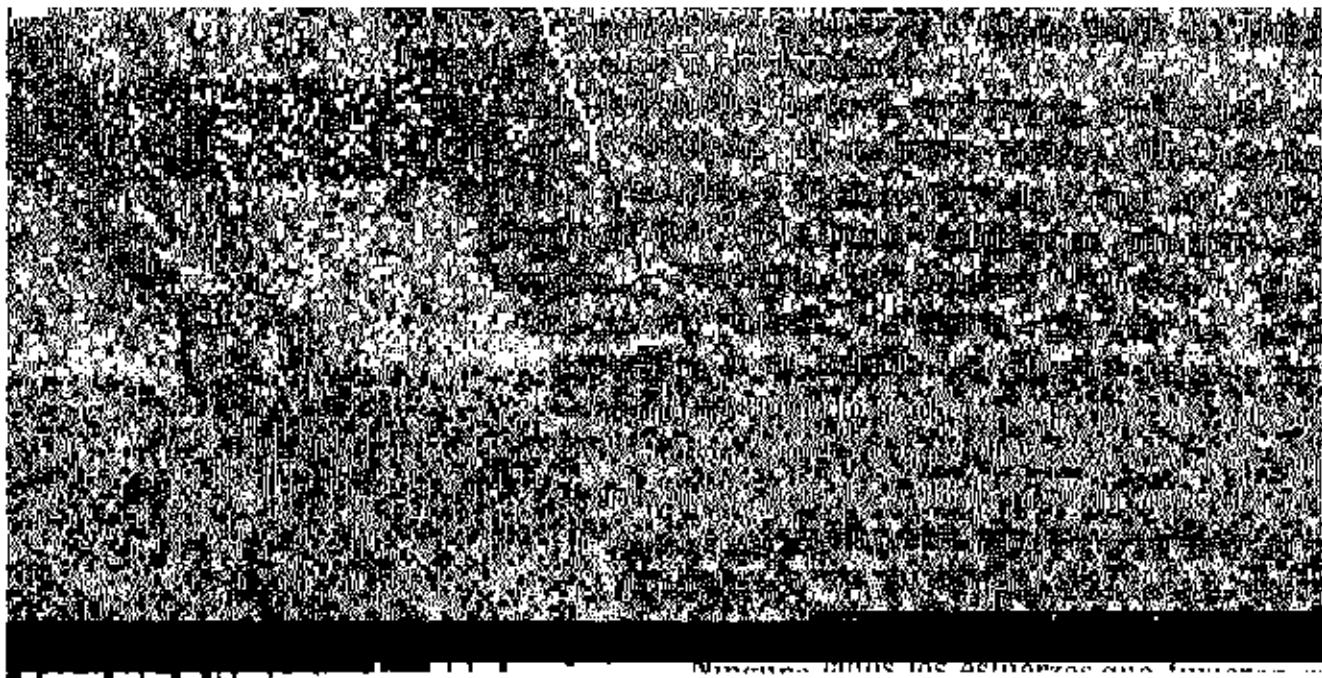
De todas las mujeres célebres de Sud América, cuya vida se bosqueja en este opúsculo, no hai una sola que merezca ser conocida de vosotras como la de la Sra. Sanchez, que consagró su juventud i su vida toda a las nobles tareas de la caridad, sobresaliendo por sus esfuerzos en favor de la educación del pueblo.—Leed, pues, con mucha atención las líneas que consagramos a esta magnánima argentina, i quiera Dios, niñas educandas, que los ejemplos de virtud i abnegación generosa que notareis a cada paso, se graven en vuestros infantiles corazones, encontrando un eco en vuestras almas, i despertando en ellas el deseo de imitarlos.

No nos es posible determinar fijamente la época del nacimiento de la Sra. Sanchez, solo sabemos que nació dotado de una inteligencia superior, cuando la República Arjentina era todavía colonia de los reyes de España, i que, a pesar de que la oscuridad de su siglo aprisionaba su imaginación, ella presintió los grandes destinos de su patria en medio de la esclavitud a que estaba condenada.

La defensa de Buenos Aires en 1806 en que fué invadida por un ejército inglés, que por sorpresa se apoderó de la capital, i que tanto en esta vez como en 1807, en que repitió su intento, fué obligado a rendirse ante el denuedo de los hijos del Plata, este suceso decimos i la revolución de la Independencia, que estalló el 25 de Mayo de 1810, colocaron a la Señora Sanchez en el camino que debía ilustrarla ante sus compatriotas.

Ligada por los vínculos de la sangre o de la amistad a los héroes de la independencia arjentina, no tardó en empaparse en sus doctrinas, asociándose en las mismas aspiraciones por el porvenir de su patria, adquiriendo esa fuerza de voluntad que inspira la conciencia del deber i de la justicia. El alma bien templada de la Sra. Sanchez llevó mas de una vez una palabra de aliento, de fe i de esperanza a los que jenerosamente echaron sobre sus hombros la responsabilidad de lucha tan giganteza; lucha que hizo resonar el nombre arjentino de un ángulo a otro de la América, e hizo que el nombre de sus próceres se inscribiese en las glorias nacionales de todas las Repúblicas del Continente.

Conquistada la libertad del pueblo i la independencia de la Nación, se emprendió la obra de su organización, i como base de ella, se abrió el cimiento de la escuela. El ilustre D. Bernardino Rivadavia, penetrándose de la elevación de miras de la noble joven, la inició en la idea de formar una Sociedad, en cuyas manos maternales quería depositar la educación de la mujer, descuidada por el gobierno colonial. Asociada a él i a las damas mas distinguidas de su época, comenzó la fecunda



Sin los poetas que dispertaban de tiempo en tiempo al pueblo que dormia entre cadenas, cantando como Jeremias sobre las ruinas de la patria; sin las mujeres que alentaban a sus hijos para el sacrificio, como la madre de los Macabeos a los suyos; sin la lucha del sentimiento de lo noble i de lo bello, con lo desforme i lo bárbaro, la tirania estaria hoi de pié, i a nosotros no nos seria dado honrar la memoria de los buenos.

Caido Rosas, la Sociedad de Beneficencia volvió a organizarse i a funcionar como en sus mejores dias. Los veinte años que la tirania ensangrentó al pais, solo habian sido para ella un receso.—Presididas las damas que la compusieron por el espíritu de su fundador, i llevando en su seno algunas de las reliquias de los antiguos tiempos, comenzaron sus trabajos. Nuestra ilustre matrona no abandonó, a pesar de sus años, su puesto de honor.

Los hospitales que aquella ha formado, los asilos que ha erijido i las escuelas que ha fundado, han contado con el apoyo eficaz de esta Señora, que pertenecia al número de aquellos buenos servidores de sus hermanos, que no descansan de sus nobles fatigas, sino en el seno helado de la tumba.

Ahora, hé aqui lo que sobre el trato privado de esta benemérita Señora escriba a su muerte un admirador de sus virtudes:

« El trato familiar de la señora Mandeville, su conversacion, espiritual, variada e instructiva, revelaban la juventud i el frescor de sus ideas, el comercio con los libros i la aspiracion estraña en la ancianidad de continuar desarrollando sus fuerzas intelectuales, a pesar de los años de la vida fatigosa que soportaba.

« Si alguna persona de su época tenia derecho en nuestro pais, a manifestarse orgullosa por haber sido honrada con la amistad de todos los hombres de letras, era la señora Mandeville, cuya casa fué el centro de la sociedad mas culta e ilustrada.

« El reloj que ha marcado desde la chimenea de su alcoba

la hora de su muerte, ha señalado muchas veces a los jueces, a los Diputados, a los Presidentes, la hora de sus tareas, olvidada por la sabrosa plática sostenida con aquella escelente mujer que les hablaba de la patria con la voz entusiasta de los tiempos pasados, de los dias magnos en que el corazon de los hombres no abrigaba otra aspiracion que la libertad de la República.

« ; Quién no se sentia atraido por aquella que animaba con su palabra los sucesos que ella contempló, i que para nosotros pertenecen al dominio de las tradiciones, transformándose a nuestros ojos en una historia viva !

« ; Quién no amaba aquel corazon que se estremecia de placer, cada vez que el bronce de nuestro Cabildo marcaba una hora mas para la libertad, cuyo nacimiento anuncio con júbilo, llamando al pueblo a los combates !

« Nosotros que respetamos la sabiduria de los viejos, que comprendemos el sacrificio, que amamos la vida que se consume en el altar de la caridad, profesábamos un cariño que rayaba en admiracion a esta mujer tan ilustrada, tan útil, tan buena, tan abnegada !

« Hemos pasado á su lado largas horas, contemplando en ella todos los recuerdos de nuestro glorioso pasado ; admirando hombres i sucesos que ella nos evocaba en el campo de la memoria, escuchando de sus labios tradiciones de familia, advertencias i consejos.

« Cuando penetrábamos en su estancia, nos imajinábamos que la historia había pedido al tiempo i a la muerte la conservacion de aquella existencia, para presentarla como el modelo de las almas templadas al calor de los días antiguos, de los días de Mayo. »

La señora Sanchez de Mandeville falleció en Buenos Aires el 22 de Octubre de 1868.—Hé aquí las sentidas palabras con que la prensa anuncio su muerte, que tan profunda impresion hizo en nuestra sociedad :

« Aquella mujer que se unió con el corazon a todo lo noble que se ha realizado en este país durante medio siglo, aquella que inspiró aliento a los defensores de Buenos-Aires en los años 1806 i 1807; aquella que rindió sus joyas para comprar armas a los soldados de la revolucion de Mayo; aquella que compartió con Rivadavia la tarea de fundar la Sociedad de Beneficencia; aquella que estableció en la campaña de Buenos Aires las primeras escuelas; aquella que dividió su vida entre los pobres i los niños; aquella que estuvo asociada al pensamiento de todos nuestros grandes hombres; aquella que nos enaltecía ante el extranjero, que veía en ella la representacion de una sociedad i de una tradicion; María Sanchez de Mandeville, en una palabra, ha entregado a Dios el espíritu que sustentaba su cuerpo, desfallecido por el peso de los años i las fatigas de la caridad!

.....
« La primera Escuela Normal de Buenos-Aires, fué establecida por ella, que comprendía la necesidad vital de formar el corazon i de instruir la mente del maestro, antes que educar e instruir la mente i el corazón del discípulo.

Como Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, como Inspector de los Hospitales de Mujeres, como fundadora de la zartos, ella ha demostrado en sus últimos años, que aquel espíritu de los días de la juventud, no había desfallecido en su corazon.

« El ocaso de su vida ha sido tan brillante como su aurora.

« El cuerpo ha caido vencido por la lei de la naturaleza, que señala al hombre su periodo de luchas i de trabajos, que termina fatalmente por el árbol cuando se marchita, por el hombre cuando las fuerzas físicas se agotan. »

.....
El Domingo 25 de Octubre, fueron, conducidos al cementerio del Norte los restos mortales de la Sra. de Mandeville, acompañados de un cortejo.—La Sociedad de Beneficencia recibió el

ataud a las puertas de la Recoleta. Cada una de las damas que componen esta digna asociacion; depositó sobre él un ramo de flores. Conducido a la capilla, rezó las preces de la Iglesia el Dr. D. Martín A. Piñero.

Bendita la fosa, el Sr. D. Héctor F. Varela pronunciò algunas palabras, en las cuales dibujó a grandes rasgos el tipo moral de la Sra. de Mandeville, poniendo en relieve sus importantes servicios i la parte que le cupo en las agitaciones de nuestra vida política.

El Sr. D. Santiago Estrada, Inspector de Escuelas de Buenos Aires, habló en seguido, de cuyo bello discurso extractamos lo que sigue:

« En torno de este ataúd lloran los pobres, lloran los enfermos desvalidos, lloran los huérfanos.

« El corazon de la mujer caritativa, ha dejado de latir; la visitadora de los hospitales, ya no existe; la madre de los huérfanos, ha muerto; la fundadora de la Sociedad de Beneficencia, descansa en el seno de los buenos.

« ¡Por eso lloran los pobres, los huérfanos, i los enfermos desvalidos!

« Yo voi a presentaros otros seres que tambien lloran la muerte de nuestra amiga, i a darle en su nombre el adios de la despedida en las puertas del sepulcro.—Hablo de los niños de las escuelas de Buenos Aires; hablo de todos los que trabajaban en nuestro país por la difusion de la enseñanza.

.....
« Las escuelas se han enlutado al circular la noticia de su muerte, porque su ausencia las deja en la horfandad.

« Los que siguen la huella de sus pasos, riegan con sus lágrimas la tierra que va a cubrir sus mortales despojos, porque pierden en ella la historia, la tradicion i el consejo de la escuela arjentina.

« Yo voi a repetir aqui, lo que tantas veces os dije, querida amiga, en nuestras horas de desfallecimiento: «*Si hai al-*

un triunfo digno de envidia, es el triunfo que vos vais a alcanzar en el cielo i en la tierra. »—Dios os ha llamado a su seno, porque enseñasteis sus caminos á la infancia. Las jeneraciones formadas en la escuela, levantarán vuestro nombre sobre el olvido i la muerte !

« En nombre de los niños de Buenos Aires i del Departamento de Escuelas, pronuncio el último adios sobre esta tumba, rodeada por la aureola de la caridad ! »

A continuacion el Sr. D. José Tomás Guido hizo uso de la palabra, enalteciendo los méritos i virtudes de la Sra. de Mandeville, deplorando el vacio que su perdida dejaba en nuestra sociedad.

El Sr. D. Juan Tompson, hijo de la Sr. Sanchez a nombre suyo i de la familia, expresó su reconocimiento por el honor que acababa de recibir, por aquel homenaje de respeto rendido a la que fué a la par de madre tiernísima, una buena argentina.

Tal fué, queridas niñas, la manifestacion tributada a la memoria de la Sra. Doña María Sanchez de Mandeville. ¿No es verdad que es hermoso ejemplo el que presenta esta Señora, que consagró toda su vida a practicar el bien, que bajó al sepulcro dejando una memoria querida i llorada por todos los buenos ?—*Hizo i enseñó, i por esto fué grande, i se hizo amar i admirar de sus compatriotas.*

Una de las alumnas de la Escuela Normal que ella fundó, al saber la muerte de su bienhechora, escribió las siguientes palabras que revelan la gratitud del corazon:—« Me he trasladado con el pensamiento junto al lecho de muerte de nuestra buena Inspectora, ~~que sembró de caridad su vida tranquila~~; parecía que dormía al son de músicas celestiales ! Ha sido tan caritativa ! Dios ama la caridad.

« Feliz aquel que como ella deja un largo camino sembrado de virtudes, i entre bendiciones i lágrimas de gratitud, se ale-

ja de este mundo, siguiendo el rumbo que le marca la divina antorcha de la f e! »

Inter esto pasaba en Buenos Aires, en un pueblo de la campaña, *El Monte*, tenia lugar una manifestacion tierna i sencilla, pero no menos elocuente. Las preceptoras de la escuela p ublica de aquel lugar, Doña Carmen i do o Petrona Almada, apenas supieron el fallecimiento de la señora Sanchez, se propusieron celebrar una misa de *requiem* por el alma de su benefactora. El cura p arroco Don Pedro Borserio no tardó en asociarse a este piadoso pensamiento. La misa fué humilde i desnuda de ostentacion i lujo, pero el modesto catafalco levantado en el templo i las preces que elevaban al Eterno las jentes de aquel pueblo, las Preceptoras i cien alumnos de ambos sexos, por el descanso de la que fué su protectora, su amparo i su consuelo, era un testimonio mui alto del pesar de aquéllos seres sencibles i agradecidos.

Tenedlo presente, niñas alumnas, Rivadavia i Doña Maria Sanchez de Mandeville, son dos grandes figuras, a quienes la historia arjentina dar  un lugar preferente en sus p ajinas (1).

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA MARIA SANCHEZ DE MANDEVILLE.

Para tu vida de virtud modelo
de mas, Señora, hubistes admiradores,
i hoy te prodigan al sepulcro flores
cuantos deben su bien a tu desvelo.
Inspirarte en lo grande fué tu anhelo,
tus riquezas en armas las trocaste,
o en la cartilla que a la mano alzaste

(1) Casi toda esta reseña biogr atica de la Señora Sanchez de Mandeville, la hemos extrañado de un extenso articulo publicado en *«La Tribuna»* por D. Santiago Estrada, i de varios escritos que sobre la misma Señora dió a la prensa de Buenos Aires, a la época de su fallecimiento. — Al mismo tiempo hemos pedido al Sr. D. Pedro Echag ue, joven escritor, que con tan bien éxito ha cultivado la poesía, una comparacion a la memoria de tan benem『rita arjentina, i al efecto tenemos la satisfacción de acompañar el soneto, que a continuación se reseña.

del niño, hoy hombre culto por tu celo.
En tí la Independencia Americana
una heroina incontrastable tuvo,
que valiente, leal, culta i humana,
la fe en los hombres que animó mantuvo.
¡Misionera del bien, paz en tu tumba,
que tu nombre en la tierra bien retumba !

Pedro Echagüe.

PARTE TERCERA.

LECTURA EN VERSO.

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

Dios.

Su nombre resplandece en la natura,
Que su poder divino fabricó :
Que todo es emanacion de un ser enterno,
Todo proviene de un inmenso Dios !

Ved los astros reinando en el espacio,
Que iluminan con vívido fulgor :
En ellos luce la divina lumbre,
Elios creencias dan al corazon.

Creó Dios el espacio ilimitado
I en él su aliento, grande derramó,
Dió al huracan rujidos aterrantes,
I dió á los mares imponente voz.

Eterno movimiento al universo,
Con mano poderosa señaló. . . .
¡ I los impíos niegan su existencia !
¡ I niegan los impíos á ese Dios !

F. R. MARTINEZ.

II.

A María Santísima.

PLEGARIA INFANTIL.

Que ilumines nuestra mente,	Entusiasta se electriza
Te pedimos ¡oh María !	La niñez ¡oh Virgen santa !
Pues la infancia noche i día	Cuando mira dicha tanta
Te venera reverente :	Que tu imájen simboliza.
En la clase alegremente	Tu candor bien patentiza
Te adoramos, Virgen pura,	Ser tu rostro divinal ;
Cual la estrella que fulgura	Con efecto sin igual
En el alto firmamento.	I la mas viva eficacia
Brillas, pues, con fundamento	Te suplica, pues, la gracia
¡Oh! esplendor de la hermosura !	I la gloria celestial.

III.

La niña en el colejo.

En este dulce asilo
¡Oh cuán feliz me siento !
Todo es placer, contento
Si empiezo a trabajar ;
Que la niña humilde i dócil
Cuando al estudio se hace,
Dice alegre en la clase :
Mi juego es estudiar.

De limpia haciendo alarde,
Al rostro el agua pura
Devuelva la blancura
Que el polvo oscureció ;
I aliñe con aseo,
Formando rizos bellos,
Sus nítidos cabellos,
Que el viento destrozó.

Cuando risueña el alba
Asoma en el Oriente,
La niña diligente
Despierta debe estar ;
I al pie del blando lecho,
Con devoción atenta
Al Dios que la sustenta
Su humilde ruego alzar.

Con humildad profunda
Al padre cariñosa
Irá respetuosa
Las manos a besar ;
Que el padre es en la tierra
Imájen del Eterno,
I el hijo bueno i tierno
En él ha de adorar.

IV.

A una niña orando.

Pídele a Dios que quite los abrojos
Del camino que tienes que cruzar ;

Pídele, niña, que a tus bellos ojos
Nunca se asome el llanto del pesar.

Ruégale aparte tu inocente alma
Del fango de este mundo corruptor ;
Ruégale, niña, que a tu dulce calma
Ni un recuerdo suceda de dolor.

Tú eres pura : tu voz a sus altares
El ángel que vela llevará,
Dios alienta la vida en los pesares,
I al lado de sus hijos siempre está.

La voz de la inocencia llega al cielo ;
Pronuncia sin temores tu oración ;
La madre del Señor tiende su velo
A quien eleva a ella el corazón.

Ella protege los preciosos años,
De la virgen que implora su favor,
I en medio de los pérvidos engaños,
Sobre ella vela con maternal amor.

Ora niña : la voz de tu inocencia
El cielo complacido escuchará ;
I bella i siempre pura tu existencia
En el mundo tranquila brillará.

JOSÉ A. TORRES.

V.

A una niña.

Bella cual primer rayo de la aurora,
Brillante de virtud tu casta frente,
Pura como el perfume que al ambiente
Presta la hermosa flor que mayo adora.

Débil como la tímida gacela,
Vive tranquila en protector regazo,
I recibiendo el cariñoso abrazo,
De quien perenne en tu custodia vela.

Mas ; ai ! que a los pesares de la vida
Tu cuello doblarás cual tierna palma
Por vendaval furioso combatida.

Entonces, niña amada, acude al cielo,
Que en su penar adolorida el alma
Allí encuentra esperanza... allí consuelo.

VI.

Al Sr. D. Andres Bello. (')

No tocaré, señor, la cruda herida
Que ha llenado tus días de amargura;
Raudales de consuelo i de dulzura
Verter quisiera en tu alma dolorida.

Alternan en la breve humana vida.
El gozo i el pesar, ; condicion dura!
No da el alto saber calma segura
A una alma en sus afectos combatida.

Mas veo ya tu jeneroso pecho,
Qual oro que el crisol ha depurado,
I a las tormentas avezado i hecho.

Lanzarse a Dios con ánimo esforzado:
Al Dios que ha bendecido tu quebranto
I amoroso te enjuga el triste llanto.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

VII.

En la sepultura del Señor don Manuel Vicuña.

PRIMER ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Yace bajo esta loza, muda i fria,
El despojo mortal del Pastor Santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grei solitaria, noche i dia.

La tierna Magdalena asi jemía,
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesus, i tal era su quebranto
Que la divina voz desconocía.

(') Composición dirigida por la poetiza que la suscribe al señor don Andrés Bello, con motivo de la prematura muerte de su hijo don Juan, encargado de negocios de Chile en la República de Norte-América.

Cumplióse aquí la lei de la natura :
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura.

Mas si rauda se eleva hácia la gloria
El alma humana, refujiente i pura,
¿ Dónde está de la muerte la victoria ?

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

VIII.

A Jesus crucificado.

BELLO SONETO DE LA DIVINA DOCTORA DE LA IGLESIA SANTA TERESA
DE JESUS.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido ;
Ni me mueve el infierno, tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios ; muéve el verte
Clavado en una cruz i escarnecido ;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido ;
Muéveme tus afrentas i tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiese cielo yo te amara,
I aunque no hubiese infierno te temiera,

No me tienes que dar porque te quiera ;
Porque si cuanto espero no esperára,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

IX.

La Existencia de Dios.

« El universo es Dios , » dice el impio
Que otro tiempo dijera « Dios no existe » :
De humana corrupcion jemido triste,
De la frájil razon hondo estravio.

La luz, la tierra, el sol, el monte, el río,
El prado, que de flores se reviste,

El aire, el ancho mar, tú lo hiciste
¡ Oh Señor ! con tu inmenso poderio.

Pero toda esta gran naturaleza
A sí misma se ignora i al potente
Autor de sus arcanos i belleza.

Solo al hombre, ser libre, inteligente,
Dios reveló su nombre i su grandeza,
¡ El necio huye de Dios ciego i demente !

MERCEDES MARIN DE SOLAR

X.

Plegaria.

Deten, Señor, tu diestra vengadora,
No descargues el golpe merecido,
Que tu siervo en el fondo confundido
I humillado ante tí perdon implora.

Aparta esa mirada aterradora
Por la cual el infierno estremecido,
Lanza espantoso i lugubre jemido
I el universo se commueve i llora.

¿ No dijiste, Señor, tú mismo un dia
Que volviendo hacia a tí la criatura
Implorando perdon lo alcanzaria ?

Mas ya veo brillar allá en la altura
Tras el rayo mortal de tu venganza
El iris de la paz i la esperanza.

MANUEL JOSÉ OLAVARRIETA.

XI.

Plegaria.

Ser de bondad, eterno i poderoso,
Tú que das vida al guanillo leve,
Que distes al Andes su perpetua nieve
I al mar su fuerza i flujo misterioso :

Tú que dices el canto melodioso
A las pintadas aves de ala breve :
Perdona si mi acento vil se atreve
A llegar a tu trono majestuoso.

Tambien yo, buen Señor, soi tu gusano,
Ave triste sin alas ni armonía,
Que necesita de tu santa mano.

Sé tú, en mi soledad, amparo i guia,
I haz que mi ruego no se eleve en vano,
Porque ¿quién sino tú me ampararia ?

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

XII.

A la distinguida poetisa cubana

DOÑA JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

¡ Musa sublime en cuya mente pura
El lauro de Corina reverdece,
I en cuyo noble corazon parece
Que revive de Safo la ternura !

Al oír de tus versos la dulzura,
Aura suave, que las flores mece.
El alioa enajenada se embellece
I recibe de su ser nueva frescura.

¿ Por qué léjos de ti quiso el destino
Colocarme al nacer, cuál si mi suerte
Solo fuera admirar tu estro divino ?

¡ Ah ! pero hay una vida tras la muerte
Del genio i la virtud brillante esfera,
¡ Allá con Dios mi corazon te espera !

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

XIII.

Al señor obispo de la Concepcion don José Ignacio Cien-fuegos.

De aquella religion pura i divina
Que al esclavo le abrió puerta sagrada,

Fuiste ornato, Cienfuegos, ilustrada
Tu mente con su lunbre peregrina.

En tu senda de honor, la cruda espina
Brotó del infortunio i mas osada
Tu alma grande se alzara alborozada
Al blanco a que la suerte la encamina.

Tu alto civismo, clara intelijencia;
Tu libre voz, tu paternal desvelo,
Tesoros eran de virtud i ciencia.

Dios i la libertad fueron tu anhelo,
I al terminar tu plácida existencia
El ángel de tu patria te abrió el cielo.

Octubre 25 de 1863.

MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

XIV.

Existencia de Dios.

Mirad el universo, contempladlo,
Do quier escrito un nombre en todo ved,
Prestadle adoracion i ante él postraos:
De Dios el nombre es ese, en Dios creed.

Ved esa estrella que atraviesa el cielo,
Ved esa nube que camina en pos,
En el espacio ved sentado al tiempo,
¡ Todo confirma la creencia en Dios !

GUILLERMO BLEST GANA.

XV.

Improvisacion.

Señor, Señor, Dios mio,
Una pobre mujer os pidió un dia
Que vida dieseis a un cadáver frio;
Vos lo hicisteis, Señor... Hoy la agonía
Destroza el pecho de mi pobre madre;
Ella te ama, Señor, ella te adora;

En tí tan solo su esperanza fija ;
Ella llorando tu piedad implora ;
¡ Oh ! déjale, Señor, déjale su hija !

GUILLERMO BLEST GANA.

XVI.

Dos niñas.

FÁBULA.

Divertiase en bailar
Una niña bulliciosa,
En tanto que sin cesar
Otra cosia afanosa.
—Deja, tonta, la costura,
Le decia la primera,
¡ Mira qué hermosa figura
Me ha enseñado la bolera !
—No, amiga, pues si disfruto
En el baile gran placer,
No me deja ningun fruto
Como me lo dà el coser ;
Bien estoí aquí, por cierto,

Adornando mis moñitas :
Que a la par que me divierto
Logro ponerlas bonitas.
De mamá cumple además,
Los encargos repetidos :
Cose, me dice, i sabrás,
Mañana hacer tus vestidos.
Esta niña, sin querer,
Nos dió la sabia lección
De que es bueno anteponer,
Al transitorio placer,
Dulce i útil distraccion.

XVII.

Adriana i las Habas.

FÁBULA.

Por en medio de un habar
Pasaba Adriana una tarde,
I con desdeñosa voz
Aquesto dijo á su madre :
« ¡Vaya una planta mezquina !
Ni fragante olor esparce,
Ni tiene, como otras muchas,
Hojas que a la vista encanten » .
No habria corrido un mes
Cuando ambas paseantes
Tornaron al mismo campo,
Sentándose en medio a un valle.

« ¡Ai que olor tan delicioso !
Esclamó Adriana al instante ;
Mamá, mamá, este aroma
¿ De qué planta ó yerba sale ?
—Hija mia, es de esas habas
Que con desprecio miraste,
Cuando sin flor todavía,
No perfumaban el aire. »
¡ Oh ! niñas, tened presente
Que bajo un grosero traje,
Suele hallarse un corazon
Tan puro como el de un ángel.

XVIII.

Rosa i su muñeca.

FÁBULA.

Oye, Adela,	Decia esto
Una fábula	A su muñeca,
Que mi madre	Imitando
Me contó	A su mamá :
Con acento	« Me abochorna
Cariñoso	Tu pereza ;
Cuando chica	Me da grima
Era yo.	Verte aquí . . .
Una niña	Ea, niña,
Caprichosa	Al estudio,
E indolente	I de hoi más
Como tú	No sea así. »
No estudiaba ;	La muñeca
I por tanto	Tal oyendo,
No sabia	A Rosita
Ni la Q.	Dijo : « bien !
Por su madre	Eso mismo,
Reprendida	Con cariño,
Dia i noche	Diz tu madre
Con razon	Veces cien.
Nunca Rosa	<i>* No prediques,</i>
Hizo caso	<i>Si no cumples ;</i>
Del retórico	<i>Pues no puede</i>
Sermón.	<i>Reprender,</i>
Pero en cambio	<i>(Te lo digo</i>
La culpable,	<i>En confianza)</i>
Que ignoraba	<i>Quien no llena</i>
Hasta la A,	<i>Su deber. »</i>

XIX.

El Còndor i la Lechuza.

FÁBULA.

Miéntras sobre una alta roca	Oh principe de las aves,
Destroza un Còndor su presa,	Tú que de fuerte te precias,
Uña chismosa Lechuza	Vé a la Araña que te insulta,
Decíale de esta manera :	<i>¿Por qué de ella no te vengas?</i>

A lo que el Cóndor responde:

Porque a esta altura no llegan *Si alguna vez en tu rida*
Jamás los necios insultos, *Con algun chismoso encuentras*
Ni los chismes de tu lengua ; *No le hagas el menor caso*
I siguió despues comiendo, *Ni le dês otra respuesta.*
Con no poca indiferencia.

DANIEL BARROS GREZ.

XX.

El Patan i el Bolsillo.

FÁBULA.

Una bolsa mui soplada
Se encontró un dia un Patan :
Creyendo hallar un teroso,
Halló viento i nada mas.

Así hoi cabezas lucidas
Que, al irlas à examinar,
Se encuentra, en vez de un tesoro,
Solo riento i fatuidad.

DANIEL BARROS GREZ

XXI.

La Hortensia i la Rosa.

FÁBULA.

Oh poetas que cantais
La belleza de otras flores,
¿Por qué mis lindos colores
Olvidais ?
Mirad mi bello semblante
I hermosura,
I de mi talle elegante
La finura !

Asi deeria una Hortensia,
Alabando su presencia ;
Mas replicóle una Rosa :
Aunque la verdad digais,
Vuestro mérito anulais,
Con decir solo tal cosa.
Sabed que el orgullo necio
Solo merece desprecio.

DANIEL BARROS GREZ.

XXII.

La presumida.

FÁBULA.

Mui satisfecha
Clorinda estaba
De su hermosura
Fresca i lozana :
Jóven no había
Que le gustara,
I altiva a todos
Menospreciaba.
Así sus años
Pasó la fatua
Sin que en ser vieja
Nunca pensara.
Mas . . . ¡ai! que pronto
La edad tiraua
Llenó de arrugas
Su linda cara.
Aquellos ojos
Que electrizaban
Turbios i hundidos
Ya solo espantan.

La gracia al talle
Tambien le falta
I es seca i mórmica
Su mano blanca.
En vano busca
A los que andaban
Tras su belleza
Con tiernas ansias ;
Que ya le vuelven
Todos la espalda,
I murió vieja
I despreciada.
*Mucho la yerra
Quien dejar pasa
El tiempo lleno
De confunza,
Pues no es lo mismo
Hoi que mañana.*

XXIII.

El padre nuestro.

Padre nuestro, Dios i hombre,
Que estás sentado en el cielo,
Sea alabado tu nombre :
Venga a nos para consuelo
Tu reino que tanto encierra..
Hágase tu voluntad
En los cielos i en la tierra.

El pan para cada dia
Dánosle hoi, Señor,
I perdoná nuestras deudas,
Cual yo perdonó al deudor.
Aparta de mi camino
La tentadora vision,
I librame de caer
En la mala tentacion.

XXIV.

El Ave María.

Dios te salve María
Virgen inmaculada ;

Tú eres la mas hermosa,
Tú eres llena de gracia.

El Señor es contigo,
Mujer privilejiada,
Entre todas bendita,
De todas la mas santa.

Del Rei del universo
Es tu vientre viorada;
Jesus, fruto bendito,
Es el de tus entrañas.

Por esto, Virgen pura,
Maria bella i santa,

Madre de Dios Eterno,
Como a nuestra abogada,
Ruega á tu amado hijo,
Que olvide nuestras faltas.

Abora, i sobre todo,
En la hora destinada
En que hemos de dejar
Este mundo i sus galas,
I habremos de dar cuenta
De la vida pasada.

XXV.

El Credo.

Creo en Dios Padre clemente,
Hacedor Omnipotente,
Del cielo i tierra criador;
Creo en su único Hijo,
Que tras tormento prolijo
Murió en la Cruz por amor.

Creo que fué concebido
I en pura gracia nacido
No por obra de varon;
Sí del Espíritu Santo,
Que en misterio sacrosanto
Infundió su concepcion.

En las entrañas purisimas
De una virgen sacratissima,
De hermosura sin igual;
De candor i gracia llena,
Mas pura que la azucena,
I mas limpia que el cristal.

Creo que con duro trato
Del fiero Poncio Pilato
Padeció bajo el poder;
Creo fué crucificado,
Despues muerto i sepultado,
Cuando acabó el padecer.

Creo que el dia tercero
Con asombro verdadero
Glorioso resucitó;
I a cumplir la profesia
Por salvar al que sufria
A los infiernos bajó.

Que luego entre densas nubes
I hermosísimos querubes
Ascendió al cielo triunfante,
Donde glorioso se muestra
Del Padre Eterno a la diestra,
Rodeado de luz radiante.

I que de gloria cercado
Al muerto i al vivo airado,
Ha de venir a juzgar;
I en el Espíritu Santo,
En la Trinidad i en tanto,
Cuanto el hombre debe amar.

Creo en la Iglesia Católica,
Romana, Madre Apostólica,
Verdadera e inmutable;
En la Santa Comunion,
De las culpas el perdon
I en la vida perdurable.

XXVI

La Salve.

Dios te salve, Virgen pura
Reina i Madre de concordia,
Fanal de Misericordia,
Nuestra esperanza i dulzura.

Dios te salve, siempreviva,
Con fervor a ti llamamos
I Jimiendo suspiramos,
Tu mirada compasiva.

Miserables hijos de Eva
En el mundo desterrados,
Llorando nuestros pecados,
Sufrimos terrible prueba.

Ea pues, Madre i Señora,
No nos mires con enojos ;

Vuelve a nos tus lindos ojos
I sé nuestra defensora.
I despues de este destierro,
Mostrando el fruto bendito
De vuestro amor infinito,
Implorad por nuestro yerro.
¡Oh clemente! ¡Oh piadosísima!
¡Oh santa Madre de Dios!
Ruega, Señora, por nos
Madre universal purísima.
Para que sea el hombre digno
De tus gracias alcanzar,
I las promesas gozar
De nuestro Señor benigno.

XXVII.

Salve. (*)

Salve, Señora,
Reina del cielo,
Madre i consuelo
Del pecador,
Vida i dulzura,
Nuestra esperanza,
Nave segura
De salvacion.

Los desgraciados
De Eva nacidos
Sin ti aflijidos
Solos se ven.
Vuelve, abogada,
Vuelve a nosotros
La tu mirada
Fuente del bien.
A ti de gracias
I donde llena,

Dicen su pena
Con triste voz
Los desterrados
En este valle,
Los condenados
Siempre a dolor.
Dadnos, Señora,
Deshecho el hierro
De este destierro,
Ved a Jesus,
Divino fruto
De vuestro seno,
Por nos tributo
Muerto en la cruz.
I en tanto ¡oh dulce!
Virgen piadosa,
Paloma hermosa,
Madre de Dios;

(*) El ilustrísimo señor don Antonio Posada Robin de Celis, Patriarca de las Indias, ha concedido cuarenta días de indulgencias por cada vez que los niños recen o canten esta Salve delante de alguna imagen de María Santísima.

Pues aguardamos
Santas promesas,

Tiernos rogamos
Rogueis por nos.

XXVIII.

La Confesion.

Yo pecador contrito i aflijido
Me acuso ante el Señor Omnipotente,
I en angustioso llanto sumerjido
Humilde doblo la manchada frente.

I a la Virgen María, i al glorioso
Arcángel San Miguel con triste acento,
Confieso, de mi pecho doloroso,
El oculto pecado i su tormento.

A San Juan, i a San Pedro, i a San Pablo,
I a la sacra reunion del alto cielo.
Arrepentido de mis culpas hablo
Con voz humilde i fervoroso anhelo.

I a vos, Padre Ministro reverente
Del venerado Autor de mi existencia,
Descorro con mi mano delincuente
El velo cubridor de mi conciencia.

Miserable mortal, mi pensamiento
El crimen albergó, mi lengua pura
Calumnias enjendró con duro intento ;
Al débil oprimió mi diestra dura.

I convicto, Señor, de mis pecados,
La ronca voz de la conciencia mia,
Al corazon le tiene desgarrado
Con el encono audaz de la porfia.

I así ruego a la Virgen i al glorioso
Arcángel San Miguel en mis dolores,
Imploren la piedad del poderoso
Dios, para mis maleficos errores.

I a San Juan, a San Pedro i a San Pablo,
I a la sacra reunion del alto cielo,

Arrepentido de mis culpas hablo
Con voz humilde i fervoroso anhelo.

I a vos Padre, Ministro reverente
Del venerado autor de mi existencia,
Rogueis por el contrito penitente
Que os demostró su impúdica conciencia.

XXIX.

Acto de contricion. (1)

Hijo pródigo soy,
Que a tus pies adorables,
Me postro arrepentido
A implorar tus piedades.
Quisiera estar llorando
Con lágrimas de sangre,
Sin cesar miéntras viva
Mis culpas execrables.

Mas, ¡hai! que nada puedo
Hacer yo que te agrade,
Sin tu ayuda, un suspiro
Aun no podré exhalarle.

El juicio que me espera,
Solo el considerarle,
Me hace temblar de ver
Que no puedo escaparme.

Aparta de mis culpas
Vuestros ojos amables;
Sed misericordioso
Con este miserable.

Bien sé que no merezco,
Por mis graves maldades,
Que ejecutes en mí
Vuestras benignidades.

Pues sé que mil infiernos
No serían bastantes
Castigos, para quien
Se ha atrevido a ultrajarte.
¡Cuántas veces Dios mio,
He vuelto a renovarte
Tus azotes i espinas
Hasta crucificarte!

Mas, ¡oh Padre amoroso!
Baste de enojos, baste....
No permitas que en mí
Se pierda vuestra sangre.

Si al mundo viniste,
¡Oh Redentor amable!
A buscar pecadores,
Aquí estoy yo, el mas grande.
Ostentad, pues, en mí
Vuestras benignidades,
Que así mas resplandece
Tu bondad inefable.

Tú por mí padeciste,
Los tormentos mas graves
Que imaginar se puede,
Solo a fin de salvarme.

[1] Esta oración ha sido compuesta por una señora chilena. El Ilustrísimo señor D. Manuel Vicuña concedió cuarenta días de indulgencias por cada vez que se rezase devotamente. Otros cuarenta días concedió el Ilmo. señor Obispo de Agustópolis por cuantas ocasiones devotamente se rezase, pidiendo a Dios con lo íntimo de su alma el dolor de sus pecados (noviembre 7 de 1848). Y el Ilmo. i Rmo. señor Arzobispo Dr. D. Rafael Valentín Valdivieso ratificó las indulgencias concedidas por el Ilmo. señor Vicuña, i además concede ochenta días al que la recite después de la comunión.

Yo te prometo hacer
Cuanto esté de mi parte,
Como tú no me dejes
De tu mano un instante.

Por último ; Dios mio !
Tu bendicion echadme :
Apiádate de mí....
No quieras condenarme.

XXX.

Obras de Misericordia.

ESPIRITUALES

- 1^a—Enseñar al que no sabe. En este mísero suelo,
Al rústico, al ignorante Alívialo en su duelo ;
Enséñale con agrado, I si tu piedad implora,
Para que bien educado No le niegues el consuelo.
Practique de buen talante 6^a—Sufrir con paciencia las fla-
Los deberes de su estado. quezas de nuestros prójimos.
2^a—Dar buen consejo al que lo De los hombres las flaquezas
há menester. Soportemos con paciencia,
Al que se hallare perplejo I obtengan nuestra induljencia
En un apurado trance, Sus miserias i simplezas.
O por repentina lance,
No le niegues el consejo
En cuanto á ti se te alcance.
3^a—Correjir al que yerro. 7^a—Rogar a Dios por vivos i
Correjir al que va errado muertos.
Es obra de gran piedad,
Si con buena voluntad,
Viéndolo descarriado,
Le adviertes su ceguedad.
4^a—Perdonar las injurias. Mui pio es a Dios rogar
Las injurias i baldones Por nuestros hermanos muer-
Perdonarás jeneroso,
Siguiendo a Jesus piadoso,
Que perdonó a sus sayones
El trato mas afrentoso.
5^a—Consolar al triste. (tos,
Al que triste vive i llora I porque se digne guiar,
De lo preciso privado,
Visitalo con frecuencia.
I consuélalo en su estado.

CORPORALES.

- 1^a—Visitar los enfermos. 4^a—Visit the enfermos.
Al pobre que por dolencia Al que por dolencia
Se encuentra en cama postra-
De lo preciso privado,
Visitalo con frecuencia.
I consuélalo en su estado.

2^a—*Dar de comer al hambriento* 5^a—*Dar posada al peregrino.*

Procura dar de comer	Exige la caridad,
Al triste mendigo hambriento,	Que al infeliz peregrino
Tanto mas si su alimento	Fatigado del camino,
No te fuere menester,	Demos hospitalidad
Por ser bastante opulento.	Miéntras llega a su destino.

3^a—*Dar de beber al sediento.* 6^a—*Redimir al cautivo.*

Es la sed un grave mal	Al cautivo desgraciado
Que debemos aliviar;	Si puedes redimirás,
I fueras cruel en negar	I de Dios recibirás
A cualquiera racional	Cien veces multiplicado
Con que poderla apagar.	Lo que desembolsarás.

4^a—*Vestir al desnudo.*

El cubrir la desnudez
Del infeliz andrajoso
Es un acto mui piadoso,
Que premiará a su vez
Dios misericordioso.

7^a—*Enterar los muertos.*

A imitacion de Tobias
No permitas que los muertos
Permanezcan descubiertos,
I que las bestias bravias
Devoren sus miembros yertos.

XXXI.

Salmo XII.

¿ Hasta cuándo ese olvido, Dios mio ?
Hasta cuándo en eterno desvio
Te he de ver ese rostro apartar ?
¿ Cuánto tiempo con pecho dudosos
Todo el dia en afan doloroso
Tendrá el alma tan duro penar ?

¿ Hasta cuándo	Mira, oh Dios,
Así conmigo	Que no sociego :
Mi enemigo	A mi ruego
Triunfará ?	Atiende ya,

Mis ojos ilumina,
No me sorprenda el sueño de la muerte
I hecho con mi ruina

El contrario mas fuerte
Me diga un dia : Ya logré vencerte ;
Triunfando presumido
De verme así caído.
Mas no será ; pues firme mi esperanza
En tu misericordia se afianza.

Mi pecho en el misterio	Tu bondad i largueza
De tu salud se goza,	Celebrará mi canto ;
I en ver como reboza	Tu nombre sacro
Tu mano tanto bien.	Aplaudirá tambien.

(*Traducción de CARVAJAL.*)

XXXII.

Salmo IC.

CANCION EUCARÍSTICA.

De júbilo llena	Servidles contentos,
La tierra se goce,	I de su presencia
I en Dios se alborece,	Mostrad complacencia
Que es su Criador.	Que es Dios i señor.

Sabed que el autor de nuestro ser ha sido
I de él hemos tenido,
No de nosotros, el vital aliento.
Pueblo nos hizo suyo : en su rebaño
Pasto nos da i sustento
Regalado, sabroso i sin engaño.
Llegad á sus umbrales :
Tributadle alabanzas inmortales ;
I publicando al mundo su grandeza,
Humildes confesad nuestra flaquezza,
I en sus atrios ahora
Himnos cantad, en música sonora,
Al cielo levantando
El nombre del Señor, que es dulce i blando.

De un siglo en otro siglo
Pasando las edades,
Eternas sus piedades
Inmutables serán.

Los hijos de los hijos,
Los nietos de los nietos,
De su verdad completos
Los dones gozarán.

(*Traducción de CARVAJAL.*)

XXXIII.

Veni, Sancte Spiritus.

EDIMNO.

Venid, oh Santo Espíritu,
I enviad desde el cielo
De tu luz sacrosanta
Un puro rayo que penetre el pecho.

Venid, padre de pobres ;
Venid, liberal dueño
De celestiales dones ;
Venid, del corazón amante fuego.

Del pecho atribulado
Consolador escelso,
I del alma aflijida
Refugio suave, dulce refrijero.

Descanso en los trabajos,
En el bochorno intenso,
En la afliccion alivio,
I del llanto dulcísimo consuelo.

¡ O bienaventurada
Luz de esplendor eterno !
Llenad a vuestros fieles
Del corazón los mas profundos senos
Sin vos solo es el hombre
La nada de que fué hecho :
Todo sin vos es nada,
Pues sin vos nada ha santo, nada recto.

Lavad lo que está inmundo,
Regad lo que está seco,

I, médico divino,
Sanad en mí lo mucho que hai enfermo.

Doblegad lo inflexible
I fomentad lo yerto
De mi amor ; a vos vuelva
Lo que en mi se desvia de su centro.

Dad al que en vos confía,
Dad a vuestro fiel siervo
De celestiales dones
El septenario número de efectos.

Dadnos de las virtudes
El mérito i el premio,
Dad salud a nuestra alma,
I dadnos finalmente el gozo eterno.

XXXIV.

Canto a la Virgen de Mercedes.

Saludad, pobres cautivos,
A la Virjen enredador ;
Alze cánticos festivos
La devota cristiandad.
¡ Oh qué hermoso brilla el dia
En que al mundo su bandera,
Que a los cielos da alegría
Tremoló la caridad !

Oyó el cielo vuestros votos :
Cese el misero jemido :
Vuestros hierros serán rotos :
Libertados vais a ser.
¡ Virjen madre ! tú a la vida,
Tú a la fe, que desfallece
De peligros combatida,
Te dignaste socorrer.

Llegó a tí la queja triste
Del esclavo encadenado
I apiadándote quisiste

Poner fin a su dolor.
Coronada de luz hellia,
De los cielos descendiste ;
I la noche vió la huella
Del celeste resplandor.

Abrazado en santo celo
Se desvela el gran Nolasco,
I postrado rugea al cielo
Por la opresa humanidad ;
Cuando ve tu faz serena,
I tu dulce voz le envia
Al que yace en vil cadena
Para darle libertad.

Orden nueva en honra tuya
I de tu hijo soberano,
Le has mandado que instituya
I le ofreces ayudar :
Orden santa, que socorra
Al cautivo i le conforte

San Pedro Nolasco, fundador de la orden de la Merced instituida originalmente para la redención de los cristianos que jamán cautivos entre los infieles.

En la lóbrega masmorra,
I le vuelva al patrio hogar.

Virgen santa, tú proclamas
La embajada bienhechora ;
En las almas tú derramas
De piedad heróico ardor.
A tus hijos se encomienda
Alanar por el cautivo,
I aun dejar la vida en prenda
A su bárbaro señor.

Siempre pia, enjuga el llanto
Del que jiene en cárcel dura :
Dále alivio en su quebranto ;

Fortalece en él la fe :
Mueve el pecho compasivo
De la grei cristiana toda ;
I los medios al cautivo
De romper sus grillos dé.

En la orden que fundaste
Alimenta la encendida
Caridad con que abrasaste
De Nolasco el corazon.
I en el lance pavoroso
De la hora postrimera,
Dáños ver tu rostro hermoso,
Prenda fiel de salvacion.

ANDRÉS BELLO.

XXXV.

A Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz.

¡ Tú por mi amor de un leño suspendido !
¡ Tú que tienes por trono el firmamento,
Haber desde tan alto descendido
A dar así tu postrimer aliento !

¡ Tú, sufrir resignado de esa suerte
Tanta i tan honda i tan amarga herida ;
I tú del mundo recibir la muerte,
Cuando a dar descendiste al mundo vida !

Tú, rasgados los miembros soberanos ;
Tú, escupido en la faz cándida i pura ;
I al hombre ver clavándote las manos,
Esas manos, gran Dios, de que es hechura !

¡ Tú, que animas el rayo i das el trueno,
Así espirar entre amarguras tantas
Por un gusano de miseria lleno,
Que no vale ni el polvo de tus plantas !

¡ Tú, por mi amor, en fin, tan humillado !
I aun a ofenderte, Santo Dios, me atrevo

— Cuando yo uada a ti, nada te he dado,
I cuando tanto a ti, tanto te debo ?

¡ Miserable de mi ! Mas los enojos
Depon, Señor, del rostro esclarecido ;
Que ya cansados de llorar los ojos
Vuelvo a tu Cruz con pecho arrepentido.

Vuelvo, Señor, a demandar tu gracia ;
Vuelvo, Señor, como al pastor la oveja ;
Porque el dolor en tan cruel desgracia
Ni un aire ya que respirar me deja.

Vuelvo trayendo el corazon doliente,
Lleno de contricion, del luto lleno ;
I ante tus plantas a inclinar la frente
Con la profunda devocion del bueno.

¡ Escucha, pues, mi voz ! Yo no soy digno
De hallar; Señor, tu voluntad propicia ;
Mas suple tú mis meritos benigno,
I juzgue tu bondad, no tu justicia.

XXXVI.

A Nuestra Señora de los Dolores

Suplicoos, Reina gloriosa,	Que me concedais piadosa,
Hija del Eterno Padre,	Oh amparo de pecadores,
Del Divino Verbo Madre,	Devocion, llanto i ternura
Del Santo-Espíritu Esposa,	En vuestros siete dolores.

ESTRIBILLO.

*Recibid mi sentimiento
Pues en fe de lo que siento
Os rezo un Are-Maria.*

PRIMER DOLOR.

Duélome que traspasada	Del dolor, oh Madre amada,
Os dejó la profecia	El alma os desgarraria.
De Simeon, cuando un dia	¡ Qué tormento aquel seria !
Os predijo que la espada	

Recibid, etc.

SEGUNDO DOLOR.

Duélome que José tierno, ¡ Oh qué sentimiento interno,
Os dió el repentino aviso Ansias, temor i agonía
De que huir era preciso Vuestro pecho sentiria !
A Egipto i en el invierno.

Recibid, etc.

TERCER DOLOR.

Duélome que atormentado ¡ Oh con qué pena i cuidado
Tuvisteis el corazon A tal hijo que perdia
En aquella perdicion Tal madre le buscaria !
Del hijo hasta ser hallado :

Recibid, etc.

CUARTO DOLOR.

Duélome que al ver postrado Se opuso el pueblo malvado :
Con la Cruz a vuestro hijo, ¡ Qué dolor os causaria
En tormento tan prolijo, Tal残酷 i groseria !
Fuiste a ayudarle; engañado

Recibid, etc.

QUINTO DOLOR.

Duélome que envuelta en llanto En Jesus tres veces santo:
Al pie de la Cruz sintisteis ¡ Oh cuánta angustia seria
Las cruezaes que allí visteis La que allí os aflijiria !
Ejecutar sin quebranto

Recibid, etc.

SESTO DOLOR.

Duélome de que abrazado ¡ Oh qué cuchillo acerado
Al que vivo nos le disteis Tu corazon pasaria,
Por mi culpa le tuvisteis Viuda triste i madre pia !
Herido i desfigurado ;

Recibid, etc.

SÉTIMO DOLOR.

Duélome que con ternura ¡ Oh qué tremenda amargura
Al que todo lo ha criado Tu corazon sentiria
Le dejasteis enterrado Cuando sin él se volvia !
En prestada sepultura :

Miserere.

Piedad, piedad, Dios mio !
Que tu misericordia me socorra !
Segun la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame mas i mas, mi depravado
Corazon quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
I mi conciencia propia
Me acusa, i contra mi levanta el grito,

Pequé contra tí solo ;
A tu vista obré el mal ; para que brille
Tu justicia, i vencido
El que te juzgue temible i se arrodille.

Objeto de tus iras
Naci, de iniquidades mancillado,
I en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
I para mas rubor i afrenta mia,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduria.

Pero con el hisopo
Me rociarás, i ni una mancha leve
Tendré ya : lavárasme,
I quedaré mas blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo i de paz en mis oídos,
I celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz, oh Dios, de mi maldad horrenda,
I en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cria.
Un corazon que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo i recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me dejes airado,
Ni de tu santa inspiracion me prives.

Restaurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida i contento ;
I al débil pecho infunde
De un ánimo real el doble aliento.

Haré que el hombre injusto,
De su razon conozca el estravio :
Le mostrare tu senda,
I a tu lei santa volverá el impio.

Mas librame de sangre,
Mi Dios ! mi Salvador ! inmensa fuente
De piedad ! I mi lengua
Loaré tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza ;
I gozosa a las jentes
Anunciara mi lengua tu alabanza.

Que si victimas fueran
Gratas a tí, las inmolará luego ;
Pero no es sacrificio
Que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazon doliente
Es la espiacion que a tu justicia agrada :
La víctima que aceptas
Es una alma contrita i humillada.

Vuelve a Sion tu benigno
Rostro primero i tu piedad amante,
I sus muros la humilde
Jerusalen, Señor, al fin levante.

I de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, i propicio
Recibirás un día
El grande inmaculado sacrificio.

ANDRÉS BELLO.

XXXVIII.

Al Salvador.

PLEGARIA.

Dios clemente i justiciero,
Luz de luz. Dios eternal,
I Dios de Dios verdadero,
Tu misericordia espero
Para mi alma criminal.

Tu sangre preciosa diste
I espirastes en una Cruz ;
A los hombres redimiste ;
Mas jenquanto, Señor, sufriste
Para mostrarnos la luz !

Fué un misterio tu agonía,
Pues fuiste hombre siendo Dios;
El hombre en la Cruz moría,
Mas siempre Dios existía
I no iba del hombre en pos.

Tú existias espirando
En tu inmenso padecer,
Tu sangre estaba brotando,
I tú morías pensando
En la redencion del ser.

¡La redencion ! el bautismo
De la vida terrenal,
La luz que enseñó el abismo,

Consuelo que el cristianismo
Dió a una raza criminal !

Señor, i por qué necesario
Fue tan inmenso dolor ?
Espíritu humanitario,
i Por qué alzaste un calvario
Para probarnos tu amor ?

¡ Tu voluntad no bastaba
Para al hombre redimir,
Tu mirada no salvaba ?
Mas.... Señor, escrito estaba
I tú debías morir.

¡ Morir tú, vida en esencia
I luz de la humanidad !
¡ Morir quien da la existencia !
¡ Ai ! Señor, mi inteligencia
Se pierde en tu eternidad !

Las sombras cercan mi mente
I no puedo comprender
Cómo un ser omnipotente,
Sol de otro sol resplaciente,
Quiso aniquilar su ser.

Mas... Señor, yo no deseo Dame la luz que encendiste
Tus misterios penetrar; En la santa redención.
Yo tu omnipotencia veo, Diríjime, sé mi guía
I en tu omnipotencia creo..... En la densa oscuridad;
Nada quiero preguntar. Ilumina el alma mia,
Si tanto amor nos tuviste I a ella una chispa envía
Siendo la eterna razon, Del sol de tu eternidad.
Señor, consuelo del triste,

ADOLFO VALDERRAMA.

XXXIX.

Oracion para todos. (')

Ve a rezar, hija mia. I ante todo
Ruega a Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, i la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
I haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar i te dió la miel.

Ruega despues por mi. Mas que tu madre
Lo necesito yo..... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
I devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, a nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean
A ti jamas.... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,

O Por sujetarme al plan que nos hemos propuesto en este opúsculo, tenemos el sentimiento de no tomar íntegra esta bella composición de uno de nuestros mejores poetas, habiéndonos contentado con presentar a las niñas solo trece estrofas. Recomendamos a las señoras profesoras hagan aprender de memoria a las alumnas la mayor parte de estas composiciones i las máximas i sentencias que contiene la primera parte del opúsculo.

La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Viviendo, su pureza empaña el alma
I a cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al atahud.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mia, a rezar por mí, i al cielo
Pocas palabras dirijir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criastes;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon!»
I Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Ruega por mí, i alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz.
I pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

Ruega, hija, por tus hermanos, Que sufre el ceño mezquino	
Los que contigo crecieron, De los que beben el vino	
I un mismo seno esprimieron, Porque le dejen la hez.	
I un mismo techo abrigó. Por el que, de torpes vicios	
Ni por los que te amen solo Sumido en profundo cieno,	
El favor del cielo implores: Hace ahullar el canto obsceno	
Por justos i pecadores De nocturno bacanal.	
Cristo en la Cruz espiró. I por la velada virgen	
Ruega por el orgulloso, Que en su solitario lecho,	
Que ufano se pavonea, Con la mano hiriendo el pecho,	
I en su dorada librea Reza el himno sepulcral.	
Funda insensata altivez. Por el hombre sin entrañas	
I por el mendigo humilde En cuyo pecho no vibra	

Una simpática fibra
Al pesar i a la afliccion.
Que no da sustento al hombre,
Ni a la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido
Ni da a la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.
I por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
I en la alevé mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena ;

Por el que arrastra cadena,
I por su duro señor.
Por la razon que, leyendo
En el gran libro, vijila ;
Por la razon que vacila ;
Por la que abrasa el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan i trabajan,
I de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate del malvado
Que a Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita :
Nada agota su caudal.

ANDRES BELLO.

XL.

La fe.

NIÑA.— ¡ Por qué, papá, yo no veo
De esta diminuta flor
Toda su grande hermosura ?

PADRE.— Mírala con atencion.

NIÑA.— No puedo, a la simple vista
Descubrir tanto primor.

PADRE.— Pues toma este microscopio.

NIÑA.—
¡ Qué admirable perfeccion
En sus infinitos pétalos !
¡ Cuánto brillante color !
¡ Qué estambres tan delicados !
Sin este instrumento, yo
Tal maravilla no viera.

PADRE.— Es verdad. La creacion
Tiene abismos de bellezas
Que no siempre sondeó
La vista humana, hijo mio.
Pero, en el Sumo Hacedor,
Hermosuras hai mas altas,
De un orden mas superior,
Sobrenatural, divino;

Misterios que la razon
Sin el microscopio santo
De la fe, no alcanza, no.
La fe penetra lo inmenso
De la grandeza de Dios;
Sin ella, todo es un caos:
Ella es la luz, es el sol.

XLI.

Himno Nacional Arjentino.

CORO.

*Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.*

Oid mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad.
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva gloriosa Nacion,
Coronada su sien de laureles,
I a sus plantas rendido un leon.

Coro, &c.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.
Se commueven del Inca las tumbas,
I en sus huecos revive el ardor,
Los que ve renovando a sus hijos
De la patria el antiguo esplendor.

Coro, &c.

Pero cierras imuros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra i furor,
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestifera hiel.
Su estandarte sangriento levantan,
Provocando á lid mas cruel.

Coro, &c.

¿No los veis sobre Méjico i Quito
Arrojarse con zaña tenaz?
¿El cuál lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba i la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llanto i muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

Coro, &c.

A vosotros se atreve, Arjentinos,
El orgullo del vil invasor,
Vuestros campos ya pisa, cantando,
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre.
Fuertes pechos sabrán oponer.

Coro, &c.

El valiente Arjentino a las armas
Corre ardiendo con brio i valor;
El clarín de la guerra, cual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos-Aires se pone á la frente
De los pueblos de la inclita Unión,
I con brazos robustos desgarran
Al Ibérico, altivo Leon.

Coro, &c.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta i Tucuman,
La Colonia, i las mismas murallas,
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aqui el brazo Arjentino triunfó:
Aqui el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Coro, &c.

La victoria al guerrero Arjentino
Con sus alas brillantes cubrió,
I azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas se rinden

Por trofeos a la libertad,
I sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Coro, &c.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
I de América el nombre enseñando
Les repite—mortales, oíd!
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias unidas del Sud,
I los libres del mundo responden:
Al gran pueblo Arjentino, Salud!

Coro, &c.

Dos palabras a la conclusion.

Hemos conservado a este precioso opúsculo, que sin duda alcanzará en nuestras escuelas la aceptacion correspondiente a su mérito, la misma ortografia, con que su autor lo publicó en Chile, esto es con las reformas propuestas a aquella Universidad por el sabio Don Andrés Bello, i que son las mas lójicas, las mas naturales i conformes a la índole de nuestra idioma.—Las principales son:

1º La *y* es consonante i no debe aparecer jamas haciendo el oficio de vocal, Así escribimos *voi, estoí, Pedro i Juan*, en vez de *voy, estoy, Pedro y Juan*.

2º Las letras *r* i *rr* son dos caractéres distintos del alfabeto, que representan tambien dos distintos sonidos.

3º La letra *rr* no debe dividirse cuando haya que separar las sílabas de una palabra entre dos renglones.

Se escribirán siempre con *j* las sílabas *je ji*, pues es dificilísima de observar la prescripción de la Academia española, de que se conserve la *g* en las palabras que la tienen en su origen latino. Segun esto, *ímágen* i *virgen* deben escribirse con *g* porque vienen de las voces *imago* i *virgo*; pero como la jeneralidad de nuestros educandos no aprenden el latin i están en absoluta imposibilidad de conocer la etimología de las palabras, es mui racional aceptar esta reforma, aplaudida por muchos hombres de letras de la América Española i aun de la peninsula, i escribir *ímájen*, *virjen*, &c.—Finalmente, esta es la Ortografía que usan en sus escritos Sarmiento, Mitre i muchos literatos arjentinos.

TEXTOS DE ENSEÑANZA

EL LIBRO DE LAS ESCUELAS

Lecturas populares por **Vicente G. Aguilera.**

LECCIONES DE GEOGRAFÍA DESCRIPTIVA

Considerablemente aumentadas en la parte que trata de las Repúblicas Hispano-Americanas, conteniendo una estensa descripción de la República Argentina i con todas las variaciones que en los últimos años ha tenido el mapa de Europa.

Por **Vicente García Aguilera**... 10 $\frac{1}{2}$ m/c.

LECCIONES DE ARITMÉTICA

Elemental y Sistema Métrico-Decimal.

Arregladas al programa del Colegio Nacional de Buenos-Aires, i son igualmente aplicables a Colegios i Escuelas primarias.

Texto adoptado en el Colegio Nacional.

Por **Vicente García Aguilera**... 10 $\frac{1}{2}$ m/c.

Compendio de Gramática Castellana

Escrito con arreglo a las doctrinas de la Gramática del Sr. D. Andrés Bello, por **José O. Reyes**... \$ 10 m/c.

Analogía, Sintaxis, Ortografía i Elementos de Prosodia—Notaciones claras, exactas i completas de nuestro idioma.—Texto adoptado en el Colegio Nacional.

EL TESORO DE LAS NIÑAS

Texto de lectura, por **José B. Suárez**... \$ 10 m/c.

PRONTUARIO DE ORTOGRAFÍA CASTELLANA I NOTICIONES DE GRAMÁTICA PRÁCTICA.

Por **José B. Suárez**..... \$ 10 m/c

Librerías de Buenos Aires.





